

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN
-Editor académico-

200 AÑOS DE LA PRESENCIA ALEMANA EN COLOMBIA



Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO



Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá



UR

200 AÑOS DE LA PRESENCIA ALEMANA
EN COLOMBIA

200 AÑOS DE LA PRESENCIA ALEMANA
EN COLOMBIA

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

—editor académico—



Colección Textos de Ciencia Política y Gobierno, y de Relaciones Internacionales

© 2012 Editorial Universidad del Rosario

© 2012 Universidad del Rosario,

Facultades de Ciencia Política y Gobierno y de Relaciones Internacionales

© 2012 Javier Cárdenas Díaz, Juan Esteban Constaín, Álvaro Pablo Ortiz, Julio

Roballo Lozano, Enrique Serrano, Enver Torregroza Lara

© 2012 Jürgen Christian Mertens, por el prefacio

© 2012 Hans-Peter Knudsen Quevedo, por el prólogo

ISBN: 978-958-738-258-7

Primera edición: Bogotá D.C., mayo de 2012

Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario

Corrección de estilo: César Mackenzie

Diseño de cubierta: Miguel Ramírez, Kilka dg

Diagramación: Precolombi EU-David Reyes

Impresión: Javegraf

Editorial Universidad del Rosario

Carrera 7 N° 12B-41, oficina 501 • Teléfono 297 02 00

<http://editorial.urosario.edu.co>

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario

Fecha de evaluación: 25 de noviembre de 2011 | Fecha de aprobación: 13 de febrero de 2012

Constaín, Juan Esteban y otros.

Presencias de Alemania / Juan Esteban Constaín. —Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2011.

124 p.

(Colección Textos de Ciencia Política y Gobierno, y de Relaciones Internacionales)

ISBN: 978-958-738-258-7

Alemania – Relaciones Exteriores – Colombia / Colombia – Relaciones Exteriores – Alemania / Cooperación Internacional / Filosofía Alemana / I. Universidad del Rosario, Facultades de Ciencia Política y Gobierno, y de Relaciones Internacionales / II. Título / III. Serie.

327.861043 SCDD 20

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Contenido

Prefacio	ix
<i>Jürgen Christian Mertens</i>	
Prólogo	xi
<i>Hans-Peter Knudsen Quevedo</i>	
Estado del arte	1
Introducción	3
Relaciones del Estado colombiano con Alemania: doscientos años de amistad y cooperación.....	5
<i>Julio Roballo Lozano</i>	
Las misiones pedagógicas alemanas y la formación de las Escuelas Normales: el hilo conductor de la modernidad en Colombia	25
<i>Enrique Serrano</i>	
Humboldt en Colombia.....	39
<i>Juan Esteban Constaín</i>	
Los aportes de Geo von Lengerke al desarrollo comercial y empresarial del Estado soberano de Santander (1850-1882)	59
<i>Álvaro Pablo Ortiz</i>	

La recepción de la filosofía alemana en Colombia. Breve historia
del profundo impacto del pensamiento alemán en la conciencia
filosófica nacional..... 91

Enver Torregroza Lara

Javier Cárdenas Díaz

Prefacio

Jürgen Christian Mertens

Embajador de la República Federal de Alemania en Colombia

Para la Embajada de Alemania en Colombia es motivo de gran complacencia presentar este libro que en buena hora ha coordinado la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad del Rosario. En él se exaltan y se estudian, desde distintas áreas del saber —la formación del Estado, la filosofía, la industria, los viajes de exploración, la pedagogía—, algunos de los principales hitos de los primeros doscientos años de la presencia alemana en suelo colombiano. Celebrar este bicentenario es para nuestro país una prueba más de la amistad y el afecto por Colombia, amistad y afecto que se han construido y consolidado con ejemplos como los que este libro reseña de manera tan rica y variada. Los textos que aquí se recogen dan muestra de la calidad académica que siempre ha exhibido la Universidad del Rosario, y para nuestra Embajada es un gusto vincularse en este proyecto con una institución para la que el peso y el paso de la historia tiene tanto significado.

Prólogo

Hans-Peter Knudsen Quevedo

Rector de la Universidad del Rosario

Para la Universidad del Rosario la historia y sus celebraciones son una parte esencial de su misión educativa, de su naturaleza. Nuestra institución lleva más de trescientos cincuenta años exaltando los valores de la tradición, fiel a su lema fundacional: *Nova et vetera*. Siempre antiguo, siempre nuevo. Porque no hay mejor manera de construir el futuro —el futuro y el progreso, la prosperidad— que entendiendo el pasado, en cuyos misterios se van entretejiendo todos los caminos que dibujan el destino del hombre, su suerte, su porvenir. Por eso, este libro que conmemora los primeros doscientos años de la presencia alemana en Colombia, nos llena de orgullo y de satisfacción; de orgullo por el motivo, y de satisfacción por ver en él un episodio más de la feliz relación entre nuestro Claustro y la Embajada de un país amigo que encarna, sin duda, uno de los más grandes y entrañables paradigmas culturales de la civilización occidental. Es mucho lo que el mundo le debe a Alemania, desde la poesía de Hölderlin hasta la música de Brahms, y Colombia también; la gratitud suele ser el mejor puntal de la amistad entre los pueblos, y me llena de alegría que hoy, con este libro, nuestra Universidad sea la vocera de la amistad entre Colombia y Alemania. Una amistad que tampoco es nueva, valga decirlo sin exageraciones, pues rosaristas (o rosaristas por adopción como el sabio José Celestino Mutis) fueron algunos de los más intensos interlocutores del barón Alejandro de Humboldt, cuyos pasos vemos atravesar por este texto, mientras sus autores nos hablan de los más variados temas, desde la pedagogía hasta la filosofía, desde la industria hasta los viajes y el derecho.

Decía Goethe que no hay mejor amigo para el hombre que un libro, este libro que hoy presentamos podría ampliar de alguna manera la sentencia. No hay mejor amigo que un libro, sobre todo cuando en él se celebra la amistad. Doscientos años de amistad que nuestra Universidad hace suyos, con la certeza de que serán muchísimos más, llenos de aventuras y logros igualmente gratos, los que trae el porvenir.

Estado del arte

Desde un punto de vista historiográfico, el tema de la presencia de los alemanes en Colombia debe verse desde la perspectiva de un área de análisis más amplia: la de los estudios migratorios en Colombia. Particularmente aquellos que se han referido —ya de manera monográfica, ya de manera colectiva— a las colonias extranjeras y a los grupos de inmigrantes que se establecieron en el territorio nacional después de la Independencia y la fundación de la República, y aun algunos casos aislados durante el periodo colonial. Conviene establecer desde el principio, sin embargo, que en un plano cuantitativo dichos estudios no representan una tradición muy copiosa en la historiografía nacional, y que por el contrario, comparando nuestra producción bibliográfica e investigativa con la de otros países —Argentina, Chile, México, por supuesto—, podríamos estar ante un interés claramente especializado, y que en no pocos casos ha obedecido a proyectos institucionales y diplomáticos en los que los gobiernos de los países de origen de los grupos migratorios, han tomado parte de manera sustancial. No siempre ha sido así, pero puede rastrearse tal tendencia. También podría decirse que esa bibliografía “de nicho” con hitos notables pero dispersos, es una metáfora de la célebre actitud colombiana con respecto a la inmigración, que no siempre fue la más abierta y activa para convocar y celebrar la presencia de extranjeros que vinieran al país para quedarse y echar raíces. También en la metáfora cabe la referencia comparativa, pues comparar el caso colombiano con el caso argentino o el caso mexicano, por ejemplo, arrojaría unos contrastes enormes que se evidencian, obviamente, en aspectos esenciales de la vida y la cultura de cada uno de los países mencionados. Pero esto no quiere decir que no hubiera inmigrantes en Colombia o que su influencia fuera nula; al revés. Y lo mismo puede decirse de los estudios académicos e históricos que quisieron narrar y comprender la vida de tales inmigrantes en Colombia: no han sido tantos, pero sí han sido buenos y justos, y han surgido, muchos de ellos, del cariño, de los vínculos de

afecto que se generan entre las culturas cuando el destino y la geografía las pone juntas. Este libro que exalta precisamente vínculos de afecto entre Colombia y Alemania, nombra algunos de sus antecedentes más reconocidos e importantes y que se ocuparon del tema de manera monográfica y exclusiva.

Bibliografía

- Antei, Giorgio (ed.). *Kolumbien: presencia alemanas en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia y Biblioteca Luis Ángel Arango, 1998.
- Arciniegas, Germán. *Los alemanes en la conquista de América*. Buenos Aires: Losada, 1941.
- Biermann Stolle, Enrique. *Distantes y distintos: los emigrantes alemanes en Colombia. 1939-1945*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- Mayr & Cabal Ltda. *La presencia alemana en Colombia*. Bogotá: Nomos Editores, 1993.
- Meisel Roca, Adolfo & Joaquín Vilorio de la Hoz. *Los alemanes en el Caribe colombiano: el caso de Adolfo Held 1880-1927. Cuadernos de historia económica y empresarial*. Bogotá: Banco de la República, 1999.

Introducción

La idea principal de este libro es abordar y reseñar, desde distintas áreas —la educación, la industria, la formación del Estado, los viajes, la sociología, la filosofía y las escuelas de pensamiento—, el significado de los doscientos años de la presencia alemana en Colombia. Digamos que es un libro ecléctico y multidisciplinario, con un ánimo conmemorativo que no tiene un carácter científico ni el de una investigación sistemática y unitaria. En él se exaltan, con una gran variedad estilística, distintos hitos y figuras de la huella de Alemania en nuestro país. El profesor Álvaro Pablo Ortiz escribe un interesante texto sobre la vida del emprendedor y aventurero Geo Von Lenkerke, y desde su figura va desenmarañando un complejo juego de empresas industriales y mercantiles en el siglo XIX colombiano, y las claves fundamentales para rastrear, desde el punto de vista regional —los santanderes, la Costa—, la influencia germánica en la configuración mental de la sociedad colombiana. Por su parte, el profesor Enver Torregrosa señala, con gran precisión, la manera en que se asimilaron y se asumieron las escuelas filosóficas del pensamiento alemán, desde la doctrina kantiana hasta el marxismo, en la Universidad colombiana y en los ámbitos de la discusión filosófica del país. Enrique Serrano estudia la influencia de las misiones educativas alemanas en la tradición pedagógica y cultural colombiana, y desde dicho rubro sugiere algunas interesantes conclusiones sobre cómo el esquema de las Normales Superiores determinó en gran medida la manera en que los colombianos pensamos y somos desde nuestro sistema educativo. Julio Robayo, por su parte, explica desde la doctrina jurídica cómo el Estado colombiano fue beneficiario, en varios momentos de su historia, en una perspectiva estructural y administrativa que tenía sus orígenes no solo en Francia e Inglaterra sino también en las escuelas alemanas del Derecho y la Teoría del Estado. Juan Esteban Constaín explica el viaje del barón Alexander von Humboldt por el territorio de la Nueva Granada

y reproduce algunos de los pasajes más elocuentes de su diario de anotaciones en su viaje por el río de la Magdalena hasta llegar a Bogotá.

No pretende esta antología de aproximaciones ser un texto concluyente, sino más bien un aporte académico (un aporte más, con pocos pero interesantes antecedentes) para ulteriores esfuerzos en la comprensión de los vínculos culturales que nuestro país ha tenido con las naciones del mundo y particularmente con la nación alemana.

Relaciones del Estado colombiano con Alemania: doscientos años de amistad y cooperación

Julio Roballo Lozano*

Protohistoria: Alfínger, Federmán, el emperador Carlos V y el barón Alexander von Humboldt

El comienzo del siglo XVI está signado en Europa no solo por sus seculares luchas religiosas y políticas, que en cuanto a las instituciones estatales conllevaban la consolidación de las soberanías nacionales, sino por la irrupción de la América, como hallazgo nuevo, sorprendente y aun alucinante.

En el plano estatal, refiere el historiador Javier Ocampo López (1987, 59 y ss.) que antes de la conocida expedición de Nicolás de Federmán, que ha pasado a la historia como ocurrida en 1537, tuvieron lugar otras realizadas por alemanes de la Casa Welser, protegidos por la Corona española, y que actuaban al amparo de las capitulaciones suscritas entre los mencionados banqueros alemanes y el emperador Carlos V en Burgos en 1528.¹ Se trató de expediciones de descubrimiento y conquista que se realizaron en el interior del país, y que llevaron al descubrimiento de los Llanos Orientales y las tierras de la Cordillera Oriental.

De este haz protohistórico se menciona en primer término a Ambrosio de Alfínger,² cuya hueste alemana hizo en 1531 una expedición que recorrió el Valle

* Profesor de las Facultades de Ciencia Política y Gobierno, de Relaciones Internacionales y de Jurisprudencia, de la Universidad del Rosario.

¹ Cabe mencionar que tal documento versó sobre la exploración de un enorme y desconocido territorio conocido entonces solo con el nombre de “Venezuela”.

² Juan Friede (1999, 133 y ss.) refiere que De Alfínger había reemplazado en Venezuela al “Americano” Juan de Ampíes, a quien removió el Consejo de Indias, como consecuencia de conflictos de competencias y de reconocimiento de los conquistadores respecto de las autoridades metropolitanas.

de Upar y el río Cesar, en busca del tesoro *Xerira*, y llegó hasta territorio del actual departamento de Santander, más precisamente de Lebrija y de la meseta en la cual más tarde se fundó a Bucaramanga. De regreso hacia el Norte, refiere el mismo historiador que en el Valle de Chinácota Alfinger fue alcanzado por una flecha que le causó la muerte.

La siguiente gran expedición de alemanes de la cual se tiene noticia es la de Nicolás de Federmán, teniente de Jorge de Espira, quien en 1537, y bajo la misma égida y amparo, organizó una incursión desde Coro en busca de El Dorado. Previamente había explorado La Guajira, según Friede, y fundado la ciudad de Riohacha. En su itinerario, y siguiendo a Espira, cruzó los ríos Apure y Meta, en los Llanos Orientales, y remontó la Cordillera Oriental, y llegó a la altiplanicie de la nación chibcha por los llanos del Sumapaz, concretamente a Pasca, en marzo de 1539. De esta fecha data el bien documentado encuentro con los conquistadores Gonzalo Jiménez de Quesada y Sebastián de Belalcázar.³ También a los Llanos Orientales llegaron por la misma época otros exploradores alemanes como Jorge de Espira, ya mencionado, y Felipe Hutten.

Dentro del establecimiento del poder militar, político, religioso y, paulatinamente, administrativo de España en los actuales territorios de Colombia, cabe destacar la Real Cédula otorgada por el mismo Emperador Hispano-Germano Carlos V en Valladolid el 3 de diciembre de 1548, y que en su formulación castellana genuina expresa:

(...) E, por la presente hacemos merced e queremos e mandamos que agora e aquí en adelante la dicha provincia del dicho Nuevo Reino de Granada e ciudade e villas della hayan y tengan por sus armas conocidas un escudo que en el medio del haya un águila negra rampante entera coronada de oro que en cada mano tenga una granada colorada en campo de oro y por

Otro tanto ocurrió con el conquistador Hernán Cortés en México, y con García de Lerma, también banquero, a quien se designó en Santa Marta habiendo tenido negocios antes en Santo Domingo. La nueva autoridad de Coro, Ambrosio de Alfinger, asumió el territorio en nombre de la compañía comercial alemana Bartolomé Welser y Compañía.

³ Se encuentra documentada en la historiografía la secuencia de las relaciones de los conquistadores Federmán, Jiménez de Quesada y Belalcázar, quienes en junio de 1539 se embarcaron en Guatiquí y llegaron a Cartagena para iniciar un pleito ante el Licenciado Juan de Santa Cruz, que a su vez residenciaba a Pedro de Heredia. Federmán morirá en España en 1542, hecho que determinará el archivo del proceso iniciado contra sus patronos Welser, quienes lo acusaron de deslealtad.

orla unos ramos con granadas de oro en campo azul según va pintado e figurado.

Era ni más ni menos que la carta de naturaleza de la ciudad de Bogotá, como institución urbanística, como ciudad del Imperio, otorgada por un monarca español, pero ante todo alemán.

La política colonial de Castilla hacia América se tornó paulatinamente más excluyente, y es por esto que las huellas de una relación de los poderes públicos alemanes con los gobiernos de la Nueva Granada son poco menos que inexistentes durante el largo período colonial.

No obstante, persistieron muchas relaciones de tipo personal que florecieron en campos como la literatura, las artes y las ciencias. A esta última vertiente pertenece la muy interesante relación del barón Alexander von Humboldt con las instituciones del país y especialmente con el libertador Simón Bolívar.

La multiforme personalidad del barón von Humboldt lo llevó a interesarse por muchos aspectos de nuestra realidad. Logró una aguda observación sociológica de las diferencias entre criollos y españoles, que para finales del siglo XVIII, época de su paso por la actual Colombia, se había convertido en un problema mayor, fermento sin duda del movimiento independentista, sobre lo cual observó que “los criollos prefieren que se les llame americanos” (Ocampo López, 1999, 70, IX capítulo, tomo II).⁴

En el plano de las instituciones político-administrativas, vale la pena mencionar al menos dos de sus escritos, relativos a aspectos administrativos y económicos. En primer lugar, su *Memoria raciocinada de las salinas de Zipaquirá*, escrita a solicitud del gobierno virreinal, y que contiene una descripción del funcionamiento del monopolio estatal de las salinas y termina con recomendaciones para la tecnificación e incremento de la explotación. Y en segundo lugar, su *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*, en el cual, entre otras materias, adelanta observaciones respecto de la minería, que en su gran mayoría se explotaba mediante aluviones o de “oros corridos”, como entonces se llamaba,

⁴ Su observación de nuestra realidad se extiende también a la estética, y está bien documentada en la obra de Gabriel Giraldo Jaramillo, *Humboldt y el descubrimiento estético en América*, publicada en Caracas en 1959. Igualmente precisa es la observación que le merecieron las láminas de la *Flora de Bogotá*, realizadas en el taller de pintura de la Expedición Botánica por pintores destacados como Pablo Antonio García y Francisco Javier Matiz, frente a las cuales exclamó: “Jamás se ha hecho colección alguna de dibujos más lujosos, y aún podría decirse que en más grande escala”, según refiere María Teresa Cristina (1999).

y solo por excepción mediante minas de veta, que según su dictamen requería de técnicas y considerables capitales. Tales observaciones eran formuladas por Humboldt en 1801.

El funcionamiento y los mecanismos de control de la administración colonial no podían escapar a su aguda observación, y por ello escribió sobre la misma que:

Si un virrey es rico, astuto y tiene el respaldo de un desvergonzado consejero en América y poderosos amigos en Madrid, puede gobernar arbitrariamente sin temor a una residencia. Además, un oficial deshonesto estaba siempre listo a usar el soborno, con grandes probabilidades de éxito para vencer los escrúpulos del comisionado para escapar a las sanciones, y con frecuencia esta conducta delictuosa surgía de la misma información sumaria de la residencia. (Jaramillo Uribe & Colmenares, 1999, tomo I, 360)

La referencia al barón von Humboldt no puede terminar sin mencionar su relación con el libertador Simón Bolívar, con quien había tratado en París y Roma, y de la cual da cuenta el Libertador en los muy elogiosos términos que le reserva en la carta que con fecha 10 de noviembre de 1821 le envió por intermedio de Mr. Bollmann:

El Barón de Humboldt estará siempre con los días de la América presente en el corazón de los justos apreciadores de un grande hombre, que con sus ojos la ha arrancado de la ignorancia y con su pluma la ha pintado tan bella como su propia naturaleza. Pero no son estos los solos títulos que Vd. tiene a los sufragios de nosotros los americanos. Los rasgos de su carácter moral, las eminentes cualidades de su carácter generoso tienen una especie de existencia entre nosotros; siempre los estamos mirando con encanto. Yo, por lo menos, al contemplar cada uno de los vestigios que recuerdan los pasos de Vd. en Colombia, me siento arrebatado de las más poderosas impresiones (...) BOLÍVAR.

Este texto se inscribe en el entorno de una amistad que rápidamente tornó hacia el estímulo recibido de Humboldt para la causa de la liberación de Sudamérica del dominio colonial español y el establecimiento de un país soberano, y que había de prolongarse mediante cartas durante varios años, y aun de la muerte

de Bolívar, con ocasión de la visita que su edecán, el general O’Leary hiciera a Humboldt en Berlín en 1853.

3 de junio de 1854: El Tratado de la Nueva Granada y las ciudades hanseáticas

El establecimiento de la República de Colombia, mediante la guerra de independencia y la organización subsiguiente de las instituciones republicanas, significaron un rompimiento, en muchos casos abrupto, con las instituciones públicas heredadas de la España colonial. En tal entorno era natural que las nuevas autoridades buscaran nuevos referentes culturales, institucionales y comerciales.

En tales campos fue evidente el influjo inmediato de países como los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Ya en 1825 la Inglaterra del primer ministro Lord Canning reconoce a la nueva República de la Gran Colombia y suscribe un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación, vigente aún hoy en día, en desarrollo de una política concertada con el Imperio austríaco respecto de estos países, en la persona del Príncipe de Metternich, política que recordó el ex presidente Alfonso López Michelsen con ocasión de su discurso en la cena de Estado que en su honor se ofreció en Washington con ocasión de su visita oficial entre el 25 y el 30 de septiembre de 1975.⁵

No ocurría lo mismo con las unidades políticas que conformaban lo que hoy es Alemania. Así lo evidencia David Bushnell al historiar el gobierno del general Santander, específicamente en lo que al comercio exterior se refiere:

El comercio con los Estados Unidos tenía además la característica de que en él Colombia no presentaba una balanza desfavorable. Otros países que cumplían algún papel en el comercio exterior colombiano eran Francia y Alemania, pero ninguno de ellos pudo competir realmente con las manufacturas inglesas o con las “provisiones” de los Estados Unidos, además de que su comercio se veía entrabado por la falta de relaciones diplomáticas con Colombia. En consecuencia, ambos países permanecían en retraso con respecto a la Gran Bretaña y los Estados Unidos en lo que al comercio exterior de Colombia se refiere. (1985, 203)

⁵ De los términos y contexto de tan importante discurso da cuenta Randall (2007, 160 y ss.)

Es en este entorno institucional y de diversificación de alianzas en el cual aparece el primer instrumento oficial de relaciones entre la Nueva Granada y algunas de las unidades políticas de la Alemania de la época, esto es, las ciudades hanseáticas, denominado oficialmente FREUNDSCHAFTS -, HANDELS -, UND SCHIFFFAHRTSVERTRAG ZWISCHEN FREIEN HANSESTÄTEN LÜBECK, BREMEN UND HAMBURG UND DER REPUBLIK NEU — GRANADA von 3. Juni 1854.⁶

El instrumento diplomático había sido precedido obviamente por una serie de acercamientos a nivel comercial y por el establecimiento de relaciones consulares desde 1845, de lo cual da cuenta pormenorizada el texto denominado *100 JAHRE DEUTSCH – KOLUMBIANISCHE BEZIEHUNGEN 1845-1945* escrito en 1974 por Herr Reinhard Wolff, quien fuera canciller de la Embajada de la República Federal de Alemania en Bogotá.⁷

El tratado fue suscrito en París por el señor Vincent Rumpff, ministro residente de las ciudades hanseáticas en la mencionada ciudad, y, en representación de la Nueva Granada, por don Ezequiel Rojas.

Contenido en treinta artículos, contempló entre varias materias: 1) La cláusula de nación más favorecida; 2) Disposiciones sobre comercio y circulación; 3) Igualdad de banderas; 4) Equiparación de aduanas; 5) Navegación de cabotaje; 6) Nacionalidad de los buques; 7) Ayuda en caso de emergencia, naufragio y piratería; 8) Cláusula de neutralidad; y 9) Inmunidad consular.

Muy diversos fueron los desarrollos oficiales de este tratado, a cuyo amparo se establecieron progresivamente consulados de diversas ciudades hanseáticas en ciudades como Panamá (1851), Santa Marta (1854), Barranquilla (1863), Colón (1870), Cartagena (1870), Bucaramanga (1871). En este entorno surge la figura del señor Salomón Koppel, presidente de la firma Koppel & Schloss, fundador del Banco de Bogotá y Cónsul del Kaiser de Prusia en Colombia.

Las relaciones se fueron ampliando a diversos aspectos y fortaleciendo mediante la instalación de servicios consulares en diversas ciudades de Colombia (Estados Unidos de Colombia a la sazón) y del denominado Ministro Residente en la Capital de la República. De esta época datan las primeras misiones alemanas en materia de educación.

⁶ “Convenio de amistad, comercio y navegación entre las ciudades hanseáticas libres de Lübeck, Bremen y Hamburgo y la República de la Nueva Granada. 3 de junio de 1854”.

⁷ El autor de este texto expresa su profundo agradecimiento al señor Karl Josef Herter Stehle quien, enterado de este proyecto, tuvo a bien permitirle el acceso a tan preciado documento, que no se encuentra en los fondos documentales de común acceso.

1892: Tratado de Amistad, Cooperación y Navegación entre el Imperio Alemán y la República de Colombia

Con posterioridad a la Constitución Política de 1886 y al restablecimiento de Colombia como Estado unitario, así como con ocasión de la consolidación del Imperio Alemán, los dos Estados negociaron y suscribieron un nuevo convenio en Bogotá, el 23 de julio de 1892. Por Colombia, suscribió el instrumento Marco Fidel Suárez, subsecretario encargado del Despacho del Ministerio de Relaciones Exteriores; y por el Imperio Alemán, Karl Konrad Friedrich Lueder, ministro residente ante la República de Colombia.

Reinhard Wolff refiere los diversos hechos que llevaron a que en 1890 el texto del tratado de 1854, suscrito con las ciudades hanseáticas, aunque formalmente vigente, tuviera que ser reemplazado por otro nuevo que recogiera las nuevas realidades políticas de ambos Estados, pero también la nuevas realidades, más complejas y diversificadas, de las relaciones entre las dos naciones. Es así como se inician las negociaciones correspondientes que desembocaron en el tratado antes mencionado, de cuyo contenido pasamos a ocuparnos con mayor detenimiento, pues fue el instrumento que dio forma a las relaciones de los Estados firmantes no solo hasta el rompimiento de relaciones, el 18 de diciembre de 1941, previo a la declaratoria de guerra, ocurrida el 23 de noviembre de 1943, sino que es el referente histórico innegable hasta el día de hoy, cuando tales relaciones se encuentran plenamente restablecidas y muy diversificadas.

En veintiséis artículos, el nuevo instrumento de las relaciones entre los dos Estados recoge buena parte de los pactos que figuran en el Acuerdo de 1854, y añade otros. Su contenido es el siguiente:

- Libertad de comercio entre los dos países, con mención expresa de buques y cargamentos. Tratamiento especial para la navegación de cabotaje.
- Libertad de los nacionales de las partes contratantes, para fijar domicilio, residencia, viajar, traficar al por mayor y menor, y en general para desarrollar actividades civiles y comerciales sin limitación alguna. Consecuencialmente, se pactó la igualdad en materia de impuestos y obligaciones de cualquier tipo, con el obvio sometimiento a las leyes nacionales.
- Libre acceso a la defensa judicial.
- Dispensa de los nacionales respecto del servicio militar, con la prohibición correlativa de mezclarse en “cuestiones políticas o luchas interiores del país en que viven”.

- Los Estados se reservan el derecho de admitir o expulsar individuos de mala vida “o que por su conducta fueren considerados perniciosos”.
- Exención de contribuciones extraordinarias de guerra, empréstitos forzosos y requisiciones militares. En el caso de que fueren inevitables, deberán ser indemnizados.
- Libertad de culto y de conciencia, con el respectivo respeto de la moral y las buenas costumbres del país.
- Derecho de propiedad de los nacionales sobre sus bienes muebles e inmuebles y reconocimiento de los derechos herenciales.
- Previsiones para el caso de guerra o suspensión de las relaciones amistosas, respecto de bienes de los naturales de cada país.
- Igualdad de derechos de los comerciantes e igualdad frente al impuesto.
- Tránsito de buques en igualdad de condiciones.
- Reglas para el caso de naufragio.
- Libertad de navegación, entrada y estancia de buques de guerra de acuerdo con la cláusula de la nación más favorecida.
- Privilegios, exenciones e inmunidades de los agentes diplomáticos.
- Acuerdo de futura celebración de un tratado de extradición de nacionales con iguales derechos.
- Mecanismos de solución de conflictos.

El tratado fue ratificado, y el canje de notas correspondiente tuvo lugar en Bogotá el 12 de abril de 1894.

Al amparo de este instrumento se desarrollaron las relaciones entre los dos Estados hasta el rompimiento de relaciones mediante declaración del 18 de diciembre de 1941, proferida por el gobierno de Colombia, y que se materializó en la lacónica nota del 22 de diciembre del mencionado año, en la cual el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia informó al señor Martin Skowronski la cancelación del *exequatur* que lo acreditaba como cónsul de Alemania en Bogotá, mediante Resolución N° 437 de 19 de ese mismo mes.

Alemania y Colombia terminaban así una relación que desde el punto de vista de los servicios estatales había sido fructífera, y que había servido de plataforma para una gama de intercambios cada día más florecientes en aspectos como el comercio, la educación, la cultura y otros, que habían sido los canales para un acercamiento a las culturas de los dos países.

1933-1939: época de turbulencias geopolíticas. El nacionalsocialismo y su impacto en las relaciones de Alemania y Colombia⁸

Las opciones políticas de Alemania después de la Primera Guerra Mundial y su derivación hacia el nacionalsocialismo, influyeron en todos los aspectos de la vida de esa nación, de su Estado y administración y, obviamente, de la forma de relacionarse con otros pueblos y Estados. América Latina como un subcontinente, y Colombia como parte de él, no fue la excepción.

Bosemberg refiere que existen dos grandes debates en las relaciones de la Alemania nacionalsocialista hacia América Latina:

El primero intenta medir la presencia alemana en el continente. Para ello se han formulado dos grandes tesis: los maximalistas (en lo que a veces también podría ser una tesis de la conspiración), argumentan que se trató de una política exterior organizada sistemáticamente y de forma constante y que, por consiguiente había una inmensa presencia nazi en cada país, que Alemania era o bien hegemónica, o por lo menos pretendía serlo, constituía una amenaza verdadera por medio de una avanzada estratégica-política y junto con su quinta columna preparaba la invasión y la consiguiente toma de poder. Los minimalistas, por el contrario, arguyen que se trató de una política exterior inorgánica, desarticulada, artesanal, de pequeñas conquistas de parcelas de influencia en medio de un desinterés estratégico por América Latina. El segundo debate tiene que ver con los factores de la expansión alemana hacia Latinoamérica: económicos o político-ideológicos. (2006, 25-26)

En debate tan álgido el autor desecha ambas tesis y opta por el camino intermedio, por no encontrar elementos reales que justifiquen una u otra posición. Considera, quizás con razón, que las relaciones internacionales en la época referida se entienden mediante una serie de redes que al mismo tiempo se enfrentan a limitantes que permiten constatar sus debilidades y relativa presencia. En el caso de Colombia, menciona como de relevancia, razones económicas y de oportunidades para diversos actores.

⁸ Este apartado del capítulo sigue de cerca las ideas de Luis E. Bosemberg (2006, 25-44).

Como antecedente se debe mencionar que durante la República de Weimar las cosas marchaban bien, y existen informes del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, para ese momento en cabeza de Gustav Stresemann, que dan cuenta de Colombia como un buen país para invertir y en el cual se cuenta con una buena aceptación de la opinión pública, lo cual se manifiesta en la posición amigable hacia Alemania en la Primera Guerra Mundial. Es una época en que los flujos comerciales se duplican o triplican, se fundan los primeros colegios alemanes en Colombia; la comunidad alemana era bien vista por los nacionales y la prensa hablaba bien de Alemania. Los puntos de referencia de las relaciones eran lo cultural y lo económico. Es la época de la Scadta (la compañía aérea fundada en Colombia en 1919), el Banco Alemán Antioqueño y la Gutehoffnungshuette. Pero los documentos de la Legación Alemana en Colombia advierten de manera reiterada, clara y fundamentada, acerca de la sistemática influencia de los Estados Unidos que se planteaba como excluyente en muchos casos.

El 5 de noviembre de 1935 y el 21 de mayo de 1937 se firmaron sendos arreglos para regularizar el intercambio colombo-alemán, que fueron exitosos y cuya caducidad se precipitó con el inicio de la Segunda Guerra Mundial. El nombre de Wolfgang Dittler, ministro de Alemania en Bogotá entre 1936 y 1942, está ligado a estos desarrollos. Finalmente, el bloqueo aliado hizo poco menos que imposibles las relaciones que hasta entonces se habían desarrollado y fortalecido.

No obstante, los alemanes concurrieron a la fundación de la aviación militar colombiana en el marco de la guerra con el Perú (1932-1934), y esa presencia se manifestó en pilotos, observadores, especialistas en radio y mecánicos alemanes en Colombia. De ellos hizo parte el mayor Rolf Starker, quien dirigió la Escuela de Aviación de Cali.

En cuanto al Ejército, si bien la tradición colombiana es variada, sí tenía una fuerte influencia alemana que se manifestó en misiones de intercambio que interesaban a las diversas armas, y que se prolongan hasta 1939. Para la misma época, la Legación Alemana reporta que las emisiones de radio provenientes de Alemania se tornaban cada vez más difíciles de captar, por las mismas razones antes expuestas.

Sin perjuicio de las visitas de científicos en ambos sentidos, y de la difusión de diversas informaciones en los periódicos locales sobre Alemania, tal como lo menciona Bosemberg, citando un reporte del señor Dittler del 19 de abril de 1939, “Colombia era, en el contexto latinoamericano, un país de una impor-

tancia intermedia para los alemanes y Alemania no tenía grandes posibilidades allí” (2006, 43).

En esta secuencia, la derivación hacia el debilitamiento de las relaciones entre los dos estados no era de extrañar, luego de lo cual ocurrió el rompimiento.

Recuperación de la confianza

La superación de las secuelas de la Segunda Guerra Mundial fue un enorme reto para todos los países, para sus relaciones en todos los aspectos, y para Alemania en primer lugar.

La refundación de las instituciones políticas y administrativas tomó su tiempo, pero entretanto, ocurrió una inmigración de alemanes hacia América Latina. Sin que Colombia fuera el principal destinatario, sí ocurrió este fenómeno, muy bien descrito por el embajador Enver Schrömbgens, delegado para la política de América Latina y el Caribe, del Ministerio Alemán de Relaciones Exteriores, en discurso que pronunció en el Museo Histórico Alemán de Berlín el 12 de junio de 2009:

Los inmigrantes, con su empeño y sus habilidades contribuyeron en gran medida al desarrollo de los países que se convertirían en su nueva patria. Convirtieron terrenos baldíos en cultivables, introdujeron nuevos ramos económicos y de producción. En muchos países las colonias creadas por los inmigrantes son claramente visibles hasta el día de hoy. Benévolamente se les aprecia como “típicamente alemanas” y en parte son conocidas más allá de las fronteras de los países —por ejemplo Blumenau en Brasil o Tovar en Venezuela.⁹

Sin perjuicio de otras iniciativas relativas a las instituciones estatales y administrativas, en este renacer es del caso mencionar, así sea de manera breve, la interacción de la cooperación alemana en la innovación y el fortalecimiento de diversos aspectos de la vida institucional de Colombia.

⁹ El discurso fue pronunciado en el marco del Simposio Internacional “Perspectivas de la historia europea de ultramar en exposiciones y museos al interior y fuera de Europa”, y llevó por título *200 años Europa y América Latina desde el punto de vista alemán*.

El profesor Diego Younes Moreno (1998, 214) menciona el convenio de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP), con la Fundación Friedrich Naumann, para la capacitación de promotores de desarrollo rural. No obstante, esta cooperación, que se prolongó durante varios años, se extendió a muchos aspectos de la vida institucional y administrativa, como evidencia una enumeración libre de los documentos que con su apoyo llegaron a ver la luz: Ecología. Suelos del trópico; Elecciones de 1978 en Colombia; Bases programáticas de política municipal (1977); Clientelismo; Democracia y sociedad civil; El Grupo Andino y sus relaciones con la Comunidad Europea; Guía legal de los derechos de la mujer (1989); Indigenismo (1978); Integración andina (1978); Inversión pública (1988); Los medios de comunicación al servicio de los derechos humanos y el desarrollo (1987); Pobreza absoluta, cinco programas bandera: Críticas y expectativas, el modelo de desarrollo (1987); La reforestación en Colombia (1976).

Esta relación da buena cuenta de los temas muy diversos que interesaron a esta exitosa y fértil experiencia de acompañamiento alemán a la estructuración de políticas públicas, a la proyección de los elementos para construirlas, o simplemente para visibilizar temas que, a poco andar, tomarían en la Constitución de 1991 todo el escenario de las preocupaciones sociales y de las instituciones públicas.

No debe olvidarse que esta colaboración con la joven Universidad del Estado, la ESAP, aparecía a poco tiempo de su fundación, como consecuencia de lo dispuesto en el artículo 17 de la ley 19 de 25 de noviembre de 1958, y se prolongaría en esa primera forma hasta el fin de los años ochenta.

La cooperación alemana: factor determinante en el fortalecimiento de las instituciones públicas colombianas

Buena parte de las relaciones de Alemania con Colombia en materia institucional se ha canalizado a través de la Cooperación Técnica que, fundada en 1975,¹⁰ está presente en Colombia desde hace treinta años. También son relevantes las múltiples acciones de acompañamiento de fundaciones como Friedrich, Ebert-Stiftung, Fescol, Fundación Konrad Adenauer y otras.

Resulta relevante mencionar que el proceso político, social y administrativo que desembocó en la Constitución Política de 1991, tuvo un fuerte apalanca-

¹⁰ Según se lee en página seis de la separata de *El Espectador* del 3 de octubre de 2010, titulada *Alemania, 20 años de unidad*.

miento de los interlocutores alemanes, entre los cuales descolló Fescol, cuyo apoyo fue determinante para la elaboración y publicación de una serie considerable de documentos que sirvieron de base para las discusiones de diversos temas, o que recogieron los avances en muy variadas materias sobre la marcha del Estado. Esta cooperación ha persistido en el tiempo.

Tratándose de Fescol, no debe dejar de mencionarse el apoyo que prestó de manera oportuna a la naciente iniciativa que luego se convirtió en la Federación Colombiana de Municipios. Creada a fines de los años ochenta por iniciativa de los alcaldes de Bogotá, Cali y Cartagena, en sus inicios funcionó “en una pequeña oficina que había sido prestada por Fescol, que de manera decidida apoyó esta iniciativa y respaldó las tareas necesarias” (Federación Colombiana de Municipios, 2009, 7). Por supuesto el apoyo no era simplemente logístico, sino de acompañamiento en su organización y en la estructuración de propuestas que en forma oportuna fueron presentadas a la Asamblea Nacional Constituyente de 1991, principalmente en el ámbito de su campo misional, es decir, la cuestión municipal y de descentralización territorial.

Igualmente, ha sido de enorme utilidad y pertinencia el interés de la Fundación Konrad Adenauer en temas estatales, tales como las instituciones electorales.¹¹

Buena parte de la presencia alemana en el desarrollo de las instituciones públicas de Colombia, se ha canalizado mediante el Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo, a través de la GTZ.¹²

Sin el ánimo de agotar la materia, cabe mencionar que la acción de acompañamiento de esta Agencia de Cooperación alemana en Colombia se orienta a construir la paz y prevenir los conflictos.

Tal orientación fue acordada como prioritaria por el gobierno de Colombia en el año 2001. Comisionada como empresa Federal por el Ministerio Federal alemán de Cooperación Económica y Desarrollo y el Ministerio Federal alemán de Relaciones Exteriores, la GTZ responde a este interés superior con su labor diaria. Apoya hoy en día la construcción de paz a través de

¹¹ No es interés de esta publicación hacer la historiografía de la actuación y presencia permanente de cada una de estas instituciones, pero su colaboración en diversos temas y de diversas maneras, ha sido permanente.

¹² Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit (GTZ).

medidas de creación de confianza entre instituciones y la sociedad civil, el fortalecimiento de la gestión de gobiernos locales y del Estado de Derecho. También contribuye a la implementación de la Ley de Justicia y Paz. (El Espectador, 2010, 6)

En materia de paz, cabe mencionar de manera destacada el Programa de Apoyo a la Descentralización y el Desarrollo Local para la Paz (PRODESPAZ).

Sus antecedentes deben buscarse en cuatro proyectos que se fusionaron para darle origen. Tales proyectos fueron:

- Programa Mejor Gestión de los Departamentos PMGD. Fomento municipal y departamental, agosto de 1994.
- Desarrollo Rural integral Bota Caucana. Desarrollo rural y municipal, febrero de 1999.
- Desarrollo rural integrado Alto Patía. Desarrollo social, económico y ecológico sostenible, marzo de 1999.
- Proyecto de gestión financiera municipal PROFIM. Fortalecimiento gremial, institucional y fiscal municipal, mayo de 2001.
- Con más de doce años de existencia, el programa se fijó como objetivo superior que “el Estado y la sociedad civil asuman conjuntamente y de mejor manera tareas propias del camino hacia la paz”. Para tal efecto, apoyan la gestión de los gobiernos subnacionales para mejorar las condiciones sociales y económicas. En tal sentido, más que ofrecer recursos, brinda asesoría técnica para lograr la sostenibilidad de los procesos, mediante la identificación de temas, metodologías y problemas.

En el marco de este gran proyecto, se ha contado con la presencia alemana en aspectos tan importantes y variados como:

- *Servicios públicos*, que inició en 2002, y se orientó al mejoramiento de la gestión en la prestación de los servicios públicos a través del fortalecimiento institucional del nivel intermedio y de la participación ciudadana. Estuvo localizado en los departamentos de Magdalena, Risaralda, Meta, Norte de Santander y Guajira.
- *Sistema Integrado de Información Administrativa Financiera*, que inició en 1999 y se orientó a la sistematización y automatización de información

financiero-administrativa de entidades territoriales. Estuvo localizado en los departamentos de Risaralda, Meta, Quindío, Cesar, Magdalena, Tolima, Cauca, Guajira, San Andrés y Córdoba, y el Distrito de Santa Marta.

- *Presupuesto participativo*, que inició en 2002 y se orientó a lograr un proceso democrático para la asignación de recursos públicos en entidades territoriales, como espacio de concertación de intereses y formulación colectiva de parte del presupuesto de inversión de las entidades territoriales. Estuvo localizado en departamentos y municipios de Risaralda, Quindío y Tolima.
- *Gestión financiera municipal*, que inició en 2001 y se orientó a mejorar las capacidades de actuación de las administraciones municipales para optimizar el recaudo de los ingresos y para su uso eficiente. Estuvo localizado en municipios como Marsella, Calarcá, Quimbaya, Apía, Aracataca, San Carlos de Guaroa, etc.
- *Rendición de cuentas*, que se inició en 2003 y se orientó a ser un canal de comunicación y actualización de la administración con la comunidad sobre el uso de los recursos financieros y el avance de la gestión. Estuvo localizado en los departamentos de San Andrés, Córdoba y Norte de Santander, y en los municipios de Santa Marta, Aracataca, Marsella, San Martín, Calarcá y Fundación.
- *Participación política de la mujer*, que inició en 2003 y se orientó a promover en el nivel local el interés y la participación política de mujeres. Se desarrolló en el nivel local.
- *Control juvenil*, que inició en 2005 y se orientó a motivar la participación de jóvenes en procesos de control social. Se desarrolló en municipios como Santa Rosa, La Celia, Puerto Rico, Belén de Umbría, Balboa, Santuario y otros.¹³
- También en el ámbito de las instituciones territoriales debe mencionarse la iniciativa de apoyo al estudio del sistema de Control Fiscal Territorial, en el cual la cooperación alemana orientó sus esfuerzos conjuntamente con sus contrapartes en el gobierno colombiano para mejorar la presencia y la aceptación del Estado, así como para proponer reformas que

¹³ De manera sucinta los datos que anteceden han sido tomados de la publicación *Experiencia PRODESPAZ* (sin año de publicación).

contribuyan a mejorar la gobernabilidad. De este proyecto se origina una importante publicación en el Control Fiscal Territorial liderada por Clara López Obregón y con la colaboración muy activa del Grupo de investigación de la Universidad del Rosario liderado por el Carlos Ariel Sánchez Torres (López Obregón, 2006).

Otro aspecto de las instituciones públicas colombianas que ha captado la cooperación de la contraparte alemana ha sido el de la justicia transicional, a través del programa ProFis, mediante el cual apoya al Estado colombiano desde 2008, en su intento de manejar los problemas por medio de la justicia transicional, es decir la búsqueda de un equilibrio entre la pena y la superación entre ella y la justicia. El proyecto ProFis se encarga, por ejemplo, de proveer las “salas móviles” desde las cuales las víctimas pueden participar en los procesos judiciales contra los paramilitares por medio de transmisiones satelitales.¹⁴

De la misma naturaleza y alcance es el programa CERCAPAZ, que busca fortalecer el trabajo conjunto entre el Estado y la sociedad civil, y que ha tenido especial impacto en Norte de Santander y el oriente de Caldas.

Finalmente, y sin ánimo de referenciar todas las iniciativas de mejoramiento institucional en las cuales el Estado colombiano en sus diferentes niveles cuenta desde hace años con la presencia alemana, cabe mencionar el programa FortalEsDer, dirigido a fortalecer el Estado de derecho.

Al respecto, en su intervención ante el Foro Internacional de Derecho Administrativo, celebrado entre el 27 y el 29 de agosto de 2008 en Bogotá, Diego Younes Moreno resumió bien el inicio y desarrollo de esta importante iniciativa institucional:

La GTZ viene preocupada por el tema del fortalecimiento del Estado de derecho en Colombia desde hace varios años. En el 2003 perfiló y definió sus quehaceres desde la perspectiva de la Cooperación Internacional en el denominado proyecto FortalEsDer, es decir, Fortalecimiento del Estado de Derecho. Si bien inicialmente se exploraron temas en el campo del Derecho Penal, Laboral, e incluso Civil, el proyecto se fue perfilando más hacia el tema de lo Contencioso Administrativo y muy en concreto hacia la Jurisdicción de lo Contencioso Administrativo, desde la perspectiva

¹⁴ Die GZT in Kolumbien, mai, 2008, y separata citada de El Espectador.

fundamental del acceso a la justicia, de la eficiencia en la justicia y de la capacidad de respuesta que puede dar la jurisdicción a todas las demandas de los asociados en el país.¹⁵

Muy fértil ha sido la producción documental de este proyecto, del cual cabe mencionar, sin que por ello se terminen sus ejecutorias, la colección “Reformas en la Rama Judicial”, que abarca temas como: la descongestión de la jurisdicción Contenciosa Administrativa; estrategias para la descongestión de la mencionada jurisdicción (proceso modelo y proceso testigo); Colombia y el Sistema Interamericano de Protección de los Derechos Humanos y la Corte Penal Internacional; y vía gubernativa-conciliación-arbitramento: una compilación temática y jurídica para la descongestión en lo contencioso administrativo.

De más está decir que muchas de estas iniciativas o propuestas han sido recogidas en instrumentos normativos o de gestión de las entidades judiciales concernidas, y especialmente en el proyecto de ley que contiene el Nuevo Código Contencioso Administrativo, instrumento de señalada importancia que ha de reformar las relaciones entre el ciudadano y las instituciones públicas.

También es importante reseñar otros campos de acción de la cooperación alemana en materia de fortalecimiento institucional. Por un lado, su interlocución con el Ministerio Público en proyectos como el seguimiento al programa de reparación individual por vía administrativa, y el Modelo de Gestión del Instituto de Estudios del Ministerio Público; y por otra, múltiples proyectos con la Defensoría del Pueblo, tales como el material de apoyo al programa de inducción en la Defensoría del Pueblo y el manual de servicios denominado *Sí hay derecho*.

Finalmente, y sin que por ello sea menos importante, ha sido notable la participación de la cooperación alemana en la difusión de la Convención de las Naciones Unidas contra la Corrupción, y su relación con el Derecho Interno colombiano.¹⁶

En suma, muchas son las iniciativas de fortalecimiento y de rediseño de instituciones públicas colombianas que en la época reciente cuentan con la compañía discreta, técnica y permanente de la cooperación alemana, profun-

¹⁵ GTZ, *Memorias del Foro Internacional en derecho Administrativo*, Bogotá, marzo 2010, pág. 6.

¹⁶ GTZ y Corporación Transparencia por Colombia, Cuaderno N° 11, *Convención de las Naciones Unidas contra la corrupción y Derecho interno colombiano*, Bogotá, 2006. En esta publicación se incluye un estudio del doctor Marino Tadeo Henao sobre la aplicación de la mencionada Convención en las instituciones y en la sociedad colombiana.

dizando con ello el partenariado que en los dos siglos transcurridos de la vida republicana de Colombia, ha tenido en Alemania un interlocutor calificado, multiforme y permanente.

Con razón el embajador de Alemania en Colombia, Jürgen Christian Mertens, en entrevista concedida al cumplirse veinte años de la reunificación alemana, señaló que: “Nuestras relaciones siempre han sido excelentes y se han intensificado en los últimos años. (...) Estoy convencido de que a pesar de los enormes avances, todavía tenemos que hacer mucho en el desarrollo de nuestras relaciones bilaterales” (*El Espectador*, 2010, 3).

Al observar en la perspectiva del bicentenario de la Independencia de Colombia las relaciones entre el Estado colombiano y Alemania, en sus diferentes formas políticas y administrativas, se evidencia una relación permanente que, teniendo como telón de fondo aspectos como el comercial y el cultural, ha ido extendiéndose a otros aspectos como el de las instituciones públicas en el cual, aunque resultado de experiencias políticas y sociológicas a veces muy diferentes, se han potenciado los lenguajes y aprendizajes comunes en un marco de respeto y comprensión.

Bibliografía

- Bosemberg, Luis E. “Alemania-Colombia, 1933-1939”. *Iberoamericana* VI, 21. 2006.
- Bushnell, David. *El régimen de Santander en la Gran Colombia*. Bogotá: El Ancora Editores, 1985.
- Cristina, María Teresa. “Capítulo VIII: La literatura en la Conquista y la Colonia”. *Manual de historia de Colombia*. Tomo I. Bogotá: Ministerio de Cultura, Tercer Mundo, 1999.
- El Espectador*. *Alemania, 20 años de unidad* [separata]. Bogotá, 3 de octubre de 2010.
- Federación Colombiana de Municipios. *20 años en defensa de la descentralización*. Bogotá: FCM, 2009.
- Friede, Juan. “Capítulo I”. *Manual de historia de Colombia*. Tomo I. Bogotá: Ministerio de Cultura, Tercer Mundo, 1999.
- Humboldt, Alexander. *Memoria racionada de las salinas de Zipaquirá*. Bogotá: Banco de la República, 1952.
- . *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*. México: Porrúa, 1966.
- Jaramillo Uribe, Jaime & Germán Colmenares. “Capítulo V”. *Manual de historia de Colombia*. Tomo I. Bogotá: Ministerio de Cultura, Tercer Mundo, 1999.

- Ocampo López, Javier. *Historia básica de Colombia*. Segunda edición. Bogotá: Plaza y Janés, 1987.
- . “Capítulo IX”. *Manual de historia de Colombia*. Tomo II. Bogotá: Ministerio de Cultura, Tercer Mundo, 1999.
- Randall, Stephen J. *Alfonso López Michelsen: su vida, su época*. Bogotá: Villegas Editores, 2007.
- Younes Moreno, Diego. *La ESAP y el desarrollo institucional colombiano 40 años*. Bogotá: ESAP, 1998.

Las misiones pedagógicas alemanas y la formación de las Escuelas Normales: el hilo conductor de la modernidad en Colombia

Enrique Serrano*

El peso de la presencia alemana en la constitución del sistema de educación en Colombia ha sido fundamental y decisivo. En estas breves páginas me propongo mostrar cómo los diferentes factores de influencia de las misiones alemanas marcaron el paso del surgimiento de un sistema nacional de educación de lo que a la postre habría de ser todo el entramado normalista, y en general, de la concepción pedagógica a través de las misiones sucesivas que los alemanes enviaron oficialmente desde 1870 y que ya desde los días de Humboldt y a través de otros personajes alemanes de comienzos y mediados del siglo XIX habrían marcado el paso de un ejercicio radical de organización del sistema educativo que tuviese frutos.

Las llamadas misiones alemanas o misiones pedagógicas que fueron varias y que merecen ser estudiadas y asimiladas en profundidad, se iniciaron en efecto en 1870 durante el gobierno de los Estados Unidos de Colombia, cuando se expidió el Decreto orgánico de instrucción pública por medio del cual se intentaba modernizar y laicizar la educación. (García Estrada, 2006, 155)

* Profesor-Investigador de las Facultades de Ciencia Política y de Relaciones Internacionales de la Universidad del Rosario.

Esta disposición obedeció claramente a la intención de contratar una misión pedagógica alemana para dirigir la enseñanza normalista en las capitales de los Estados soberanos, los entonces llamados Estados Unidos de Colombia. Llegaron al país pedagogos tales como Gotle Wiese para Antioquia, Julio Dual Walner para el de Bolívar, Augusto van Gogh para el de Cauca, Carlos Meizler para el del Magdalena, Orsual Virsel para el de Panamá, Alberto Blumer para el de Cundinamarca, Gustavo Ratlag para el del Tolima, Ernesto Hotchik para el de Boyacá y Carlos Hutterman para el de Santander.

Los pedagogos alemanes estaban dedicados a establecer las escuelas normales de los diferentes Estados, introduciendo los métodos más modernos para la formación de la enseñanza primaria y secundaria, y todos estaban influidos por la sombra del famoso pedagogo Johan Heinrich Petzalotsky (1746-1827). Este sistema de Petzalotsky fue la inspiración del sistema de escuelas normales que se adoptó en la Alemania que al año siguiente, exactamente 1871, habría de unificarse y fue el patrón de inspiración de escuelas normales alrededor de muchos países en donde las misiones de estos pedagogos heroicos tenían como objetivo sembrar las semillas de un sistema de escuelas normales que fuera reproducible y adaptable a una nueva ética del pensamiento de la acción modernizadora, como se decía en ese momento, y de carácter laico.

Hasta 1870 la totalidad del sistema de educación en Colombia tenía un sesgo religioso y ese sesgo siguió teniéndolo durante prácticamente un siglo más, pero paralelo a eso fue surgiendo un espíritu de formación laico o secular que tuvo un impacto extraordinario en la vida y en la lógica de la formación de instituciones, en la enseñanza misma, en la formación de los maestros de primaria y secundaria, en el diseño de los programas para primaria y secundaria, no solo en términos de contenido sino también respecto de la enseñanza de una cierta racionalidad en la acción, racionalidad de objetivo, racionalidad de fines y racionalidad de medios, para que por esa vía apareciese todo el inmenso proyecto de escuelas normales que tan intenso impacto habría de tener, especialmente durante los últimos treinta años del siglo XIX y los primeros cincuenta del siglo XX.

Por tanto, esta misión pedagógica alemana de 1870 es verdaderamente pionera dentro del universo de formación de un sistema educativo cuyas características, cuyas demandas, cuyas posibilidades, cuyas prerrogativas, estaban a la orden del día para adaptarse a este modelo. Incluso una parte interesante e importante de la educación que se prestaba en colegios católicos y que estaba

sometida a los viejos métodos intentó adaptarse a estos nuevos tiempos que representaba la misión alemana con todos estos maestros.

Según la cita de Javier Ocampo López, el método petzalotsiano, que era la inspiración de los maestros de la misión pedagógica alemana, era el siguiente:

Los educandos empezaban con elementos simples de experiencia, los cuales combinaban en totalidades mayores con sentido de lo simple a lo complejo, de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo general. Interesaba en este movimiento educativo una enseñanza con el estilo de los objetivos reales y concretos al aprendizaje mediante los sentidos, la exposición individual de las ideas, la disciplina del amor reflexivo, en contra de las disciplinas generalizadas antes como “la letra con sangre entra” y la “labor con dolor” que se generalizó con el método lancasteriano en Colombia desde la primera mitad del siglo XIX. (Ocampo, 1978, 38)

Lo interesante de este esfuerzo por construir una escuela normal racional, ordenada y adaptada a las necesidades de cada región, respondía a lo que podemos llamar carácter federal de facto que tenía Colombia en el siglo XIX. Como las regiones estaban tan dramáticamente separadas unas de otras y como la construcción de infraestructura para conectarlas era una verdadera proeza que solo habría de completarse a finales del siglo XX; como las poblaciones en general obedecían a una lógica absolutamente local que estaban referidas a una economía local y a unas prioridades estrictamente regionales, pues la misión pedagógica alemana contribuyó a sembrar estos mismos objetivos en todo el país, de manera simultánea, respetando eso sí las particularidades que cada región tenía y las formas tradicionales de asimilación del conocimiento que eran propias de cada zona.

No obstante, los maestros emprendían el análisis de los objetivos con tal rigor, con tal seriedad, además estaban formados en escuelas similares y marcados por un prurito de tener en todos los casos la mayor cantidad de elementos posibles o razonables de juicio para concluir una determinada cosa.

Se podría decir que el método inductivo vino a reemplazar, como en general a todos los ámbitos de la modernidad, al tradicional método deductivo. El empleo de la memoria cambió puesto que aunque la memoria seguía siendo fundamental en el aprendizaje, la repetición en sí misma no razonada de los contenidos aprendidos no era suficiente. La misión pedagógica alemana de todos

estos maestros petzalotsianos insistía en la necesidad de dar razón de las cosas, explicándolas conforme a sus causas, es decir, desde una perspectiva estrictamente causal y también refiriendo los fenómenos a sus consecuencias.

De esta manera, tanto en las ciencias puras y básicas como en las ciencias aplicadas y ciencias sociales, fue posible ir descubriendo campos y abriendo posibilidades expresivas para los jóvenes maestros de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

La importancia de la misión pedagógica y, en general, la importancia que se dio al impulso a las escuelas normales fue absolutamente decisiva. No se puede olvidar que mientras Manuel Ancizar y otros pioneros fundaban la Universidad Nacional sobre criterios modernos en 1837, las escuelas básicas que habrían de proveer a los futuros estudiantes necesitaban de todo un arsenal y de todo un ejército —por usar metáforas militares que además resultaban muy apropiadas al mundo prusiano de aquellos días— de maestros criados más o menos con el mismo metro y los mismos parámetros y la misma estrategia de reconocimiento ilustrado de la edad adulta de la razón, que los niños por sí mismos y en virtud de sus propias conclusiones; que los maestros en virtud de sus propias lecturas y averiguaciones van construyendo el conocimiento que la sociedad habría de requerir. Tomado, por supuesto, eso sí de la larga tradición occidental.

Hoy resulta una larga paradoja que se recuerde que el sistema educativo colombiano nació como un esfuerzo denodado por salir del atraso o de la sensación profunda de atraso que se tenía durante los siglos coloniales, en virtud de la perspectiva de que un sujeto iletrado que sabía hacer cualquier función técnica se conformase con esta escasa educación no tuviese ni bibliotecas ni libros a su acceso y en sus conversaciones o en su manera particular de asimilar el mundo, no estuviese el esfuerzo racional de las ciencias y los saberes, incluso de su propia situación en el mundo, de un conocimiento filosófico básico, de un desarrollo matemático general que le permitiese por medio de abstracciones y a través del ejercicio constante de interpretación de sus propias inquietudes abrirse al mundo, un mundo cada vez más amplio.

La misión pedagógica alemana, entonces, es uno de los mayores logros del ingreso a la modernidad del mundo colombiano, mientras que el modelo político no se definía, mientras que la inestabilidad partidista habría de causar conflictos muy serios que habrían de conmover las profundas raíces de la vida nacional durante los años finales del siglo XIX y los primeros del siglo XX, bajo el nombre

de la guerra de los Mil Días. Sin embargo, la misión pedagógica siguió fundando escuelas normales y sacando promociones de maestros que habrían de surtir y de proveer a las escuelas rurales y urbanas de comienzos del siglo.

Al fundar y dirigir la normal nacional de Medellín, el maestro protestante Gotle Wiese, se comprometía a: fundar y dirigir una escuela normal y una escuela elemental modelo a ella adjunta y a dar en la primera las enseñanzas que dan en las escuelas de Prusia, e indicar al maestro maestros que dirijan la segunda, el método de enseñanza petzalotsiano como se practica en las escuelas elementales prusianas. (García Estrada, 2006, 156)

Este método prusiano, probado largamente ya en aquellos tiempos, habría rendido frutos excelentes, no solo por la maleabilidad que tenía en sí mismo, no solo por la adaptabilidad de la que hacía gala, sino porque en lugar de rechazar los conocimientos pasados, los asimilaba de una manera moderna; los alumnos eran capaces de razonar y de concluir a partir de los saberes que estaban adquiriendo y que más necesitaban saber y hacia donde debían tender sus iniciativas y sus preocupaciones futuras y qué cabría esperar en un sentido estricto de su formación; hasta dónde se impartía, cómo iban a dividir las ciencias que habían de estudiar, qué bastaba de matemáticas, de historia, de geografía, economía, de los saberes básicos que era preciso impartir; cómo organizar el lenguaje y dentro de las disciplinas del lenguaje, la enseñanza de la lengua y del manejo de la misma y de la interpretación de los textos para que fuera posible a los maestros descifrar los misterios del conocimiento que iban a impartir a su vez a sus futuros estudiantes.

La escuela petzalotsiana alemana también insistía en la necesidad de poder poner en escena la práctica inmediata de lo adquirido a través de escuelas modelo, es decir, escuelas elementales que funcionasen como escuelas adjuntas a las escuelas normales. Esto sirvió como factor inmediato de conexión con la comunidad y multiplicador de una estrategia de conocimiento cuyas dimensiones habrían de alcanzar medidas extraordinarias durante la primera mitad del siglo xx.

La lucha contra el analfabetismo en Colombia no ha terminado y muchos contrastes y dificultades ha tenido que atravesar durante los años de su desarrollo; no obstante, si no hubiera sido por el peso extraordinario de la misión pedagógica alemana de 1870 y por los esfuerzos que de una manera y de otra se prestaron en los años siguientes, la perspectiva de su asimilación futura y de las

consecuencias que habrían de derivarse en la educación superior habrían sido mucho más lentas.

Puede decirse en justicia que estas misiones alemanas, no solo la que ya he mencionado sino las que habrían de venir durante la primera mitad del siglo xx, ayudaron de un modo extraordinario a la conformación de una rápida alfabetización, a la difusión de un sistema educativo razonablemente ordenado y coherente que rindió sus frutos en las generaciones de comienzos del siglo, y que a pesar de las contradicciones y reveses, y del ambiente caldeado de un país en guerra, supieron remontar esas dificultades y continuar tozuda pero sesudamente con sus labores y llevarlas a buen término.

De modo que el resultado fue, primero, una altísima influencia del método petzalotsiano en la formación de maestros; segundo, la aparición de universidades pedagógicas inspiradas en este patrón y en el de Decroly, y una transición mucho más armónica entre la escuela secundaria y la educación superior en los años que habían de seguir, es decir los años finales del siglo xix y comienzos de los del siglo xx. Así, fue posible tener una élite formada que diera cuenta de las materias principales que el país tenía que enfrentar durante aquellos difíciles años, así como diseñar la infraestructura que era preciso diseñar, llevar los recursos nacionales con la disciplina y la responsabilidad debidas y proyectar al menos las necesidades del país hacia el siglo xix.

En ese contexto resulta muy llamativo lo que dice la socióloga suiza Aline Helg, en su trabajo *La educación en Colombia en 1918-1957*, para referirse de manera particular a la influencia alemana. La autora hace las siguientes precisiones que me parecen absolutamente claves:

La idea de la misión pedagógica ya había sido expuesta por los liberales en su plataforma política de 1917 y los colaboradores de la *Revista Cultura* que fue retomada en 1923 por el Gobierno que se había lanzado a un vasto programa de contratación de consejeros extranjeros, cuando el Ejecutivo presentó el proyecto de la misión ante los parlamentarios, la confederación nacional de estudiantes invadió al Congreso y exigió una reforma educativa, el Congreso aceptó y para ello el nuncio del Papa, Monseñor Bizantini, hizo conocer su opinión al Gobierno acerca de cuál habría de ser el patrón de la reforma, la discusión de la reforma, de modo que se respetase escrupulosamente el Concordato. (Helg, 1987, 116)

Sin embargo, el Ministro de Instrucción Pública renunció, y para ello solicitó la venida de una misión católica belga, pero el ministro de Instrucción Pública de la época, Miguel Arroyo Díaz, rechazó la venida de los belgas y aceptó la propuesta de Alemania, la que en aquel entonces era la República de Weimar y que enviaba las misiones después de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, una propuesta que presentaba candidatos profundamente católicos aceptables para la Iglesia, pero dotados de viejo espíritu de la misión de 1870. Probablemente, Miguel Arroyo Díaz consideró en aquel momento que era más razonable continuar la obra de los petzalotsianos y reforzar e incluso multiplicar el número de las escuelas normales en Colombia, llevándolas a cada ciudad recién fundada, a cada departamento recién constituido.

La misión pedagógica alemana, la segunda después de 1870, llegó en octubre de 1924; a los tres profesores que la integraban, se adjuntaron tres consejeros colombianos. Anton Aitel, director de la misión, se encargó de la reforma universitaria conjuntamente con el conservador Emilio Ferrero, quien había sido ministro de Instrucción Pública; Karl Gloetnof se dedicó a la enseñanza primaria y normal con Gerardo Arrubla, un conservador profesor de historia que había dirigido la instrucción pública de Cundinamarca entre 1918 y 1922.

Lo que a la postre resultó más interesante y más importante fue la enseñanza secundaria que correspondió a Karl Decker, asistido por el pedagogo liberal Tomás Rueda Vargas. Esta alianza tuvo un impacto realmente extraordinario en la conformación de las nuevas escuelas normales continuadoras de la escuela petzalotsiana, que no solo se multiplicaron por el país sino que avanzaron en sus métodos, se adaptaron a las nuevas necesidades del siglo XX, y sin ir en contravía de la Constitución y del Concordato fueron capaces de hacer una lanzadera para que el aparato pedagógico del país reanudara su paso y llegara a la mayoría de la población colombiana.

Una cosa muy interesante que tuvieron en cuenta Tomás Rueda Vargas y Karl Decker, en aquellos tiempos, fue la necesidad de que los medios de comunicación, como la prensa escrita y la radio, contribuyesen de modo decisivo a las misiones multiplicadoras que las escuelas normales ya estaban teniendo en el país.

Para remediar el problema del analfabetismo la misión había propuesto la fórmula de educación obligatoria pero escuela libre, “obligando a los padres a suministrar una instrucción elemental a sus hijos, pero dejándolos libres para escoger el lugar para dicha educación. Pensó la misión no contrariada hacia la

Iglesia, a propósito de la libertad de enseñanza, pero el artículo se criticó porque no respetaba el carácter no obligatorio de la educación que figuraba en la Constitución” (Helg, 1987, 117).

Es decir, cuando la misión se estrelló con aspectos legales, algunos de sus techos y de sus objetivos se vieron postergados durante largo tiempo. Esto fue objeto de polémicas, incluso muy duraderas, algunas de las cuales todavía no han terminado de resolverse. Sin embargo, dentro de tales circunstancias y en virtud de los ejercicios de conformación y consolidación de la educación en Colombia, el valor de las escuelas normales, su funcionamiento casi inmediato a partir de la misión de 1924, su ininterrumpida labor hasta nuestros días, el carácter de apostolado que muchas de ella tuvieron y su presencia efectiva en la conformación del sistema educativo nacional y del contingente de maestros que el país ha necesitado desde entonces, no podrían pagarse con ninguna suma.

Si Colombia tiene hoy cerca de 95% de alfabetismo, si las escuelas han podido llegar con calidades desiguales a todo el país, si han podido atravesar y completar los procesos de colonización y estar muy pronto presentes en todas partes, si los medios de comunicación han recibido influencia de las mismas y, en general, en todos los aspectos de lo que podemos llamar la formación de una *intelligence* que como un grupo de intelectuales en Colombia han alcanzado metas que en aquellos tiempos se consideraban astronómicamente lejanas, ha sido en gran parte por la simplicidad, la diligencia y el tesón, digamos el buen espíritu de acierto que tuvo la misión alemana de 1870 y que fundó las escuelas normales y la misión de 1924 a 1926 que corrigió su rumbo y las consolidó después de algunos años de tradición y un poco de desgaste que habían sufrido a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

El ambiente de guerra, las muchas contradicciones por las que Alemania habría de pasar en los años treinta y cuarenta, hicieron que, aunque esas misiones se interrumpiesen durante los años de la guerra, Colombia fuese uno de los países mejor beneficiados y mejor observados por los investigadores en pedagogía durante la primera mitad del siglo XX, y que misiones posteriores como la misión *zaidel* tuviesen éxito y llegasen a metas absolutamente loables.

Lo más importante que se deriva de tales misiones, a modo de conclusión, es, en primera instancia, el valor extraordinario del método que era de fácil acceso, universalista, amplio, flexible, pero suficientemente exigente, y la asimilación de los conocimientos básicos con que los maestros contasen, una base de enseñanza amplia y unas generosas posibilidades de aprendizaje.

En segundo lugar, la tenacidad con la que ese modelo fue defendido durante los años más difíciles, en los que prácticamente estaba todo por hacer. Y en tercer lugar, es de destacarse la muy arriesgada pero valiente descentralización que el modelo suponía desde el comienzo, de modo que una gran escuela normal o dos no eran suficientes. El descubrimiento de esa lógica de ciudades y de regiones desde el siglo XIX permitió que tales escuelas llegasen pronto a ciudades como Pamplona, Tunja, Bucaramanga, Barranquilla, Medellín, Bogotá, Cali, Popayán, cuando el país todavía no tenía carreteras ni medios suficientes, ni trenes, ni recursos para conectarlas de manera constante.

Otra virtud inmensa de las misiones pedagógicas alemanas, y sobre todo aquellas que tuvieron que ver con la formación del sistema de escuelas normales, fue la adopción de sistemas de evaluación continuados y la valoración extraordinaria que daban las misiones pedagógicas al conocimiento adquirido por cuenta propia. Es decir, un autodidactismo guiado, una asimilación del conocimiento libresco vigilado por los maestros a distancia sin intervenir de modo abrupto en el proceso pero siendo capaces de vigilarlo cuando se identificaba una desviación o alguna deformación evidente.

Dentro del cuadro que supone la reforma de la enseñanza secundaria y en general, se aprecia la aparición de sistemas primarios y secundarios permanentes, especialización de maestros en todos los frentes, la aparición de los escalafones, la revisión constante de los programas de enseñanza básica, y la edición de textos escolares en una cantidad suficiente para alcanzar la totalidad del sistema o por lo menos a la mayor parte. Todos esos elementos, si bien tuvieron tropiezos y si bien los tienen hasta nuestros días, fueron inspirados en los principios que las misiones pedagógicas alemanas impartieron desde 1870 en Colombia.

Como ya decía al comienzo, la sombra que ha dejado Alemania sobre la vida cultural e institucional en Colombia es de una envergadura inmensa; prácticamente todos los conocimientos especializados en ciencia y filosofía vienen de una vertiente alemana. Si bien la influencia inglesa o francesa se dejan sentir, si bien la influencia liberal española también tiene algo que decirnos, han sido los alemanes los verdaderos inspiradores de lo que nosotros hemos hecho en la educación por cuenta propia y de los modelos que de manera tan eficaz y tan generosa funcionaron en la Alemania de finales del siglo XIX y en la de comienzos del siglo XX.

Es curioso, y hay muchas pruebas para demostrar esto, que buena parte de la tradición filogermánica que quedó en Colombia y que se hizo muy evidente en los años treinta y cuarenta cuando había sociedades filonazis y otras agrupaciones

de esa naturaleza política en Colombia, dejase particularmente de Alemania lo mejor y rechazase lo peor. Si bien no se puede menospreciar el impacto que las ideas políticas alemanas hayan tenido estrictamente en algunos sectores de la vida nacional durante el siglo xx, lo cierto es que los elementos inconscientes sutiles que están presentes en los programas, que la sombra de Petzalotsky, que la naturaleza misma de la educación cobra como un ejercicio continuado se hayan generalizado en Colombia durante el siglo xx, y hayan adquirido un peso auténticamente nacional en todas las regiones y que sea esta la hora, doscientos años después de la Independencia y por lo menos ciento cuarenta años después de la primera misión alemana, de reconocer el legado que nos han dejado y las muchas consecuencias positivas que de allí se pueden derivar, las muchas implicaciones interesantes que este asunto trae consigo y los méritos que tales ideas tenían en su tiempo y que se demostraron cabalmente en los años posteriores.

Con respecto al contenido de los programas y de los métodos que se aplicaron en las primeras fases, con respecto a la interpretación que los propios maestros colombianos hicieron del método, hay muchas cosas para decir que son de naturaleza más bien antropológica. No obstante, lo demuestra Aline Helg en su libro *La educación en Colombia 1918-1957*, lo postula Rodrigo de Jesús García Estrada en *Los extranjeros en Colombia*, lo muestran los estados del arte de la investigación en educación y pedagogía en Colombia, la *Revista Colombiana de Educación*, los informes o memorias al Congreso de los años treinta, *El panorama de la educación colombiana* de José María Rodríguez Rojas, incluso el libro de Horacio Rodríguez Plata ya famoso sobre la inmigración alemana al Estado soberano de Santander en el siglo xix.

El peso de lo germánico, en un sentido general, se hizo sentir más en el método que en el contenido, más en la forma que en el fondo, y sin embargo esa forma resultó decisiva para el rediseño y reconcepción del fondo. Consideramos, en un sentido general, que la labor pedagógica en Colombia está ya en un estadio de madurez que atraviesa seguramente por muchas contradicciones todavía, pero cuyos aspectos generales de conformación se han dado y sus posibilidades de proceder autónomamente son muchas; además, si los programas se llevan a cabo de un modo consecuente, no solamente tendríamos un cubrimiento de 100%, un alfabetismo de 100% dentro de unos pocos años, sino posibilidades de revisar de modo cabal y eficaz la calidad de la educación. La mayor parte de estos aspectos interesantes se debe a las misiones alemanas, que comparten ese mérito.

La labor pedagógica en una nación como la colombiana ha estado marcada siempre por tres importantes presencias: en primer lugar la presencia de la Iglesia, en un sentido amplio, de modo que hay un nexo para las jerarquías católicas perfectamente establecido entre educación y evangelización, e incluso entre la consolidación de la Iglesia como un propósito y la aparición y desarrollo del Estado y de sus instituciones en un sentido amplio.

En segundo lugar, ha estado ligada a la consolidación misma de la idea de Estado. Claramente, desde los primeros maestros de la misión pedagógica de 1870, ha estado fuertemente vinculada a los propósitos liberales de un Estado secular, frente a un Estado religioso.

Y en tercer lugar, la educación ha estado vinculada a los aspectos absolutamente cruciales de la economía, a la conformación de una economía nacional y de una fuente de riqueza permanente, generada por los propios colombianos y administrada por ellos mismos. La autonomía, la soberanía, el desarrollo en un sentido amplio, tal como se entendió hasta los años setenta, la competitividad y la integración con el mundo, todo eso está fuertemente vinculado a la educación.

Las escuelas normales, como un ejemplo de la influencia alemana en Colombia, demuestran claramente un éxito silencioso o, por lo menos, más discreto, pero absolutamente definitivo en la conformación de maestros con pensamiento racional, perfectamente establecido, y capaces de transmitirlo a sus estudiantes y de convertirlos a su vez en maestros.

En algunos lugares del mundo se tenía estima en gran medida a la forma en la que se enseña en Colombia. Me refiero en particular al hecho de que además de la cátedra dictada como un ejercicio de difusión de los contenidos del conocimiento, este método petzalotsiano dejó en los maestros colombianos por más de cien años un influjo marcado en el esfuerzo de comunicación, de interpretación y de discusión a los contenidos, de modo que la posibilidad de tenerlos consigo y de utilizarlos como herramienta no sea mecánica sino que esté mediada por un profundo ejercicio de libertad y por el respeto particular de lo existente.

Si bien esos principios no han sido de universal aceptación, ni los únicos que han influido en la lógica de la educación colombiana, merecen ser tenidos en cuenta como un aporte de gran valía para que las generaciones posteriores tuviesen no solo un método sino un conjunto interesante e incluso muy diversificado de herramientas con el cual establecer la validez del conocimiento, renovarlo cuando es preciso, asimilarlo en la medida de las posibilidades de cada institución y de cada individuo, y evaluarlo a la luz de las propias necesidades.

Esas circunstancias aparentemente fortuitas fueron tratadas por las misiones pedagógicas de 1870 y 1924 y por las que vinieron a partir de 1950 que, por ejemplo, insistieron ya de manera particular en la transición de las escuelas normales a las universidades pedagógicas, muchas de las cuales han tenido un eco inmenso en la conformación del actual sistema educativo nacional y que además, atravesadas por la modernidad y por el paradigma contemporáneo, tienen una capacidad todavía insospechada de frutos y de modificaciones, de variaciones y combinaciones a través de las cuales producir una sociedad más adaptada a los tiempos, más versátil, incluso en algunos aspectos más competente para discernir la lógica ultraespecialista de la educación contemporánea hacia un patrón integrador, universalista, que correspondía a los intentos de Petzalotsky y a lo que los prusianos en el siglo XIX diseñaron para su propia sociedad y a lo que la propia sociedad alemana a través de su muy contradictoria historia del siglo XX dejó como herencia.

En conclusión, podríamos decir que la sombra de las misiones pedagógicas alemanas en Colombia ha ayudado de un modo definitivo a la aparición de una sociedad autónoma, razonable y racional, pero que no abandona su particular esquema intuitivo de asimilación del mundo, que no deja de ser hispánica y de tener pues las raíces que ha tenido, que no dejó de ser religiosa pero pudo asimilar el patrón secular. En fin, que fue sobre todo una escuela de escuelas, una exitosa y digna de recordación herramienta de reafirmación de la libertad y de la soberanía durante todo el siglo y que el siglo XXI se encargará de confirmar. Colegios como el Alemán de Cali o el Andino de Bogotá son un fiel reflejo de tal espíritu, así como la impronta pedagógica germánica que podría rastrearse desde las caminatas de Ernesto Bein en el Gimnasio Moderno, hasta la formación de los profesores colombianos que bebieron del sistema normalista durante décadas fecundas de amor por el conocimiento y aproximación a la realidad desde la experiencia, la disciplina y el rigor de un método en el que el Estado es un puente entre la sociedad y el individuo.

Bibliografía

- Congreso de la República. *Memoria del Ministerio de Educación Alfonso Araújo al Congreso Nacional*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1939.
- García Estrada, Rodrigo de Jesús. *Los extranjeros en Colombia. Su aporte a la construcción de la Nación (1810-1920)*. Bogotá: Planeta, 2006.

- Helg, Aline. *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social, económica y política*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC, 1987.
- Henaó Willes, Myriam & Jorge Orlando Castro V. (comps.). *Estados del arte de la investigación en educación y pedagogía en Colombia 1989-1999*. Tomo I. Bogotá: Grupo de procesos editoriales de la Secretaría general del ICFES, 2000.
- Herrera, Martha Cecilia. "Historia de la educación en Colombia, la República Liberal y la modernización de la educación: 1930-1946". *Revista colombiana de educación IUP*, Número 26. Bogotá, 1993.
- Revista colombiana de educación IUP, No. 3 (primer semestre de 1995) y No. 35 (segundo semestre de 1997). Bogotá: Plaza y Janes Editores.
- Rodríguez Rojas, José María. *Panorama de la educación colombiana*. Medellín: Bedout, 1963.
- Rodríguez, Horacio. *Inmigración alemana al Estado soberano de Santander en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Kelly, 1968.

Humboldt en Colombia

Juan Esteban Constaín*

En *La medición del mundo* (2007), la prodigiosa novela de Daniel Kehlmann, asistimos por obra y magia de la literatura a las intimidades del encuentro real entre dos sabios universales: Johann Carl Friedrich Gauss y Alexander von Humboldt. Ambos llegan a Berlín para estar en el Congreso Internacional de la Ciencia y los Naturalistas y allí, en una taberna, al calor de la cerveza y el aceite de una lámpara, comparten las cuitas de sus vidas contrapuestas. El uno, Gauss, desde niño como un genio de las matemáticas y de la física, y el otro como una celebridad que ha deslumbrado al mundo entero con las noticias de sus viajes y descubrimientos. Gauss es un cascarrabias que a duras penas sale de su casa —el viaje más largo de su vida fue precisamente ese que lo llevó hasta Berlín, y maldijo en el carruaje como si lo estuvieran botando al Amazonas; hombre parco y desdichado, solo le importaban los números mientras su mujer lo atormentaba con las cosas cotidianas— y en cambio Humboldt es un portento, un diplomático versado en mil ciencias que luce en el pecho las medallas de todos los gobiernos que lo han querido agasajar para honrarse con su nombre. Pero en el fondo, y esa es la trama sutil de la novela, ambos saben que cada cual encarna todo lo que el otro habría querido ser y jamás pudo, como en un espejo del destino malogrado. Un hombre de reflexión y de contemplación intelectual, en el caso de Humboldt, y un hombre de acción, un aventurero sin mujer ni hijos ni ataduras ni tristezas, en el caso de Gauss.

* Profesor-Investigador de las Facultades de Ciencia Política y de Relaciones Internacionales de la Universidad del Rosario.

Pues lo más interesante de la novela de Kehlmann es que está inspirada en la vida real, sobre la que apenas se permite unas variaciones y unas licencias casi secundarias. No solo porque el encuentro entre Humboldt y Gauss fuera cierto —tan lo fue que de allí surgió una asociación científica maravillosa, con un nombre digno de una secta mística: *La Unión Magnética*— sino por algo que ya se sabe, y que las vidas del siglo XVIII y el siglo XIX se han cansado de demostrar hasta el delirio: que la historia y la literatura están tejidas con el mismo material, y que la puerta giratoria entre la vida y la ficción no se aquieta nunca, y no sabemos de veras qué extraño dios (o qué extraños dioses) la hacen girar y en qué sentido, en qué dirección. Como Pierre Menard cuando escribe los célebres dos capítulos de su libro célebre *El Quijote*, Daniel Kehlmann nos regala una novela que acaso podría prescindir de la invención; una novela hecha de la acomodación ingeniosa, casi enternecedora, de los episodios reales que entretejieron las vidas de Gauss y de Humboldt. Sus sueños, sus pesadillas. Sus palabras, sus viajes.

Dejaré al pobre Gauss por ahora —su mujer le grita porque el desayuno ya está listo; luego tiene que ponerle la camisa blanca y peinarlo— para hablar de Friedrich Wilhelm Heinrich Alexander von Humboldt y sus viajes por el territorio de lo que hoy llamamos Colombia. Pero eso no quiere decir que allí termine la novela. Al revés: allí comienza, allí sigue. Si no, leamos al propio barón de Humboldt relatando su paso por Turbaco, muy cerca de Cartagena: “Estábamos sorprendidos de encontrar, tan cerca de la costa en una tierra frecuentada por los europeos durante más de tres siglos, gigantescos árboles pertenecientes a especies completamente desconocidas, tales como el *Rhinocarpus excelsa* (que los nativos llaman *caracoli* por sus frutos espiralados) el *Ocotea turbasensis* y el *Macondo* o *Cavanillesia platanifolia* cuyos frutos parecen faroles colgados de las puntas de sus ramas”. El macondo: un árbol emblemático cuyos frutos exhalaban un perfume sigiloso y adormecedor; con su madera ancha se hacían las canoas. Luego fue un pueblo, en cuyas casas habitaron las estirpes condenadas a cien años de soledad. De él barrió el fuego la hojarasca.

Humboldt nació el 14 de septiembre de 1769:¹ el mismo año que Napoleón Bonaparte, un mes después en el mismo verano: ese verano que en el hemisferio septentrional se inauguró con un tránsito de Venus por el sol,

¹ Para los datos biográficos del barón me baso, principalmente, en el excelente libro de Nicolaas A. Rupke, titulado *Alexander von Humboldt: a metabiography* (2008).

produciendo un eclipse que varios ojos ilustrados registraron con curiosidad y asombro. El capitán Cook, por ejemplo, lo vio desde la cubierta de su navío; y Louis Antoine de Bouganville desde su mansión en la Bretaña francesa. El primero iba en la mitad (en la Polinesia) del primero de sus viajes, y el segundo hacía tres meses, en marzo, que acababa de regresar para siempre del suyo muy famoso: la primera circunnavegación de la Tierra, bajo la bandera de Luis xv, hecha por un francés. Tres años: 1766 a 1769. De ese viaje, Bouganville llevó a Francia una flor americana que hoy guarda su nombre, la Buganvilia, que se cruzaría en el destino de Humboldt hasta doblarle el sendero (Arciniegas, 1984). Para fortuna suya y de todos, de la ciencia. De la Ciencia.

Pero antes de ver la Buganvilia en París —y al propio Bouganville de setenta años, quien lo invitó a una fallida expedición al Polo Sur; eran ya los tiempos difíciles de la Revolución y de las guerras, y Francia tenía que gastar el dinero de las investigaciones científicas en armas y en soldados—, mucho había ocurrido en la vida de Humboldt para forjar su talante ilustrado, su pasión por el conocimiento y los viajes, su voracidad intelectual. Su juventud podría describir perfectamente el arquetipo de la “educación sentimental” (para los niños ricos y afortunados) en el siglo xviii, el Siglo de las Luces. Hijo de un viejo oficial prusiano de raigambre feudal y de una viuda millonaria, Humboldt llega al mundo cuando ya se han producido las grandes revoluciones científicas que le abrirían la puerta a la Modernidad en Occidente. Es un siglo prolijo, en el que influyen por igual el doctor Johnson y Voltaire, Antonio de Ulloa y Giuseppe Baretti, Erasmus Darwin y Kant. Pero nada encarna mejor el signo de ese tiempo que los viajes y las aventuras. Casi todas las novelas que se escriben en él son epistolares justamente por eso: porque hay una necesidad radical, en todos los hombres, de evadir su condición sedentaria; así sea con la imaginación, pero mejor si es en cuerpo y alma. Porque no se puede ser moderno sin conocer el mundo; no se pueden leer las estrellas sin antes haber pisado el mar. En los libros de Fielding, en los de Smollett, en los de Richardson, esa es la consigna: viajar, viajar, que de los viajes algo queda. Pero no es solo una apuesta individual y estética, no. También se trata de un proyecto político de largo aliento (en últimas ese es el sustento material de lo que se llama la Ilustración —*das Aufklärung* en alemán, *the Enlightenment* en inglés, *les Lumières* en francés—: un proyecto de dominación a partir de las categorías mentales y culturales de la Europa capitalista y moderna, un discurso teleológico de construcción imperial), un

proyecto en el que los viajes y las expediciones ya no tienen por objetivo el descubrimiento y la conquista, sino el conocimiento y la utilidad. Se llega a los parajes más remotos del orbe, sin duda, pero con el claro propósito de clasificarlos y explotarlos según los nuevos patrones de la filosofía natural, de la geodesia, de la economía (no en vano es también el siglo de Adam Smith). Ya no es la poesía la que nombra al mundo, como cuando las expediciones españolas y portuguesas y aun inglesas y holandesas de los siglos xv y xvi y xvii, sino la Ciencia. Así, en mayúscula. Y una vez más se produce esa extraña simbiosis entre la realidad y la ficción, cuando a las novelas epistolares de viajes y aventuras las superan, y luego las inspiran, los relatos de los exploradores de verdad. Las noticias de Jorge Juan, las de La Condamine, las de Joseph Banks, todas se leen por igual en los gabinetes y en las tertulias, como magníficos referentes para el establecimiento de negocios, y también como relatos dignos del mejor Sterne.

Esa es, pues, la circunstancia cultural en que Humboldt forma su carácter y sus ambiciones. En una de las regiones más ricas de Europa —el Margraviato de Brandeburgo—, además, donde confluyen tres tradiciones igualmente prósperas: la de la nobleza prusiana de gran protagonismo en la Modernidad alemana, la del feudalismo histórico de la Marca, y la de una burguesía altiva con profundos intereses científicos y culturales más allá del exclusivo lucro económico. La madre, Marie Elizabeth Colomb, ha heredado una inmensa fortuna de su primer marido, el barón de Hollwede. Una inmensa fortuna y un castillo, el castillo de Tegel, adonde se muda cuando se vuelve a casar, ahora con el Chambelán Real de Prusia Alexander Georg von Humboldt. De los hijos nace primero Guillermo y luego Alejandro. La vida transcurre allí plácidamente, interrumpida solo por los viajes a Berlín que hacen las delicias de los niños. Ambos aprenden de todo, según la usanza formativa de la época, desde latín y música hasta botánica y geología. El mayor tiene una facilidad pasmosa para las lenguas (su nombre también se haría famoso, precisamente ayudando a descifrar la complejidad del entendimiento humano en la construcción del discurso), y el joven Alejandro una fascinación insaciable por las cosas del mundo, los insectos y las plantas y las piedras y los ríos; de hecho, ya desde niño, colecciona trozos de la naturaleza que suscitan su atención, y los guarda con sigilo en la recámara. Siempre bajo la mirada entrañable de su tutor, otro típico sabio de la Ilustración: Gottlieb Johann Christian Kunth.

En 1779 muere el padre y la presencia de Kunth se hace tanto más decisiva; es él quien termina por encaminar a los hermanos Humboldt en sus respectivas vocaciones, la filosofía para Guillermo y la naturaleza para Alejandro. Ambos van primero a la Universidad de Fráncfort del Óder a estudiar Derecho y Economía respectivamente, pero al poco tiempo cambian de sede y, con un año de diferencia —en el mismo orden de siempre: primero Guillermo y después Alejandro—, se van los dos a Gotinga, que entonces era una suerte de epicentro intelectual del mundo germánico y donde enseñaban algunos de los mejores profesores de Europa, entre ellos el genial físico y aforista Georg Christoph Lichtenberg. Fue allí también donde Alejandro conoció a Georg Forster, quien ya era famoso, a pesar de su juventud (entró con veintidós años a la Royal Society), por haber estado junto a su padre en todo el segundo viaje del capitán Cook. De hecho eso era lo que más conmovía a Humboldt de su nuevo amigo: no sus conocimientos de entomólogo y botánico, sino sus noticias inagotables de otros mundos, de parajes lejanos, de viajes maravillosos atravesados por la selva y las serpientes y las aves. No sería exagerado decir que nada influyó tanto en la decisión de Alejandro von Humboldt de ser el científico que fue, como la amistad y los relatos de Forster, en los cuales él tuvo un ejemplo y un estímulo que lo hicieron dedicarse de lleno al ideal de ser un sabio y un aventurero, un científico de verdad, con un solo laboratorio: el universo. Desde entonces no perdió un minuto más de su tiempo el barón de Humboldt y se puso a estudiar sin descanso todo aquello que pudiera servirle en su objetivo, en su obsesión. Aprende finanzas, lenguas, astronomía, anatomía, botánica; va a Jena, a Hamburgo, a Friburgo, allí donde hubiera alguien que pudiera mostrarle algo nuevo de la Ciencia. Pero sobre todo, viaja. Viaja como un loco bajo el estímulo de Forster, con el que va hasta Inglaterra para ver el gabinete de las maravillas que alberga Joseph Banks, el célebre naturalista y demente de los viajes de Cook (O'Brian, 1997). También va a Austria y a Suiza y a Italia, siempre con su morral lleno de aparatos para medir lo que se le atraviere, desde la temperatura hasta el grado longitudinal del sitio en que lo sorprendiera la noche. Lo intrigan los volcanes; siente que en su interior no duerme la lava sino importantes secretos.

Tanto se había dedicado Humboldt a aprender y a pensar y a medir (ya tenía listo su *Florae Fribergensis Specimen*), que en febrero de 1792 recibe un mensaje con membrete real en que se le dice que “Su Majestad ha decidido aprovechar los conocimientos teórico-prácticos adquiridos por Alejandro

von Humboldt en matemáticas, física, historia natural, química, tecnología y mineralogía, y en consecuencia le nombra hasta el fin Asesor Técnico de la explotación y administración de minas del Reino...” (Paz Otero, 1974). Se trata de un honor, por supuesto, pero también de una oportunidad para ahondar en todas sus investigaciones y curiosidades, y por eso su desempeño como funcionario excede los límites del rigor y la dedicación profesionales. No: Humboldt no hace nada a medias cuando lo convocan la Ciencia y la pasión, y para él su trabajo en las minas no es el de un burócrata sino el de un apóstol del progreso. Esa podría ser otra característica² de los “ilustrados” del Siglo de las Luces que están en el servicio público: su obsesión por combinar la utilidad científica con la utilidad económica; su interés en que su vocación como individuos esté ligada íntimamente con la idea del progreso que su concepción del mundo está imponiéndole a la sociedad toda. Así que Alejandro tampoco para en el ejercicio de sus funciones; al revés: las minas bajo su mando son más rentables que nunca, a tal punto que el Real Ministro de Prusia para la minería acoge todos sus informes como dogma indiscutible y derrotero, y además le propone que viaje por todo el Reino verificando que las cosas se estén haciendo según su criterio y sus luces. Viajes y más viajes y más investigaciones, y mientras tanto su pasión se acrecienta dentro de su alma como el fuego dentro de esos volcanes que tanto le siguen interesando y que frecuenta aún con su uniforme de funcionario del Estado. Su nombre empieza a ser reconocido en Europa y varios eruditos y sabios le responden con amabilidad y cariño sus cartas; incluso Priestley, el descubridor del oxígeno —también el inventor de la gaseosa, lo cual es más importante—, le agradece porque sus observaciones le han servido mucho para su descubrimiento. Se está volviendo tan importante Humboldt que incluso el Reino le asigna algunas misiones militares y diplomáticas que ejecuta con el mismo brillo de siempre. Hay cuadros suyos de esa época con uniforme castrense, pero los ojos, absortos en el paisaje, siempre revelan en él su verdadera pasión que es la naturaleza.

Y desde 1789 Europa estaba mudando de piel desgarradoramente con la Revolución Francesa, por la que Humboldt tuvo cuidadosas y hondas simpatías, y también su vida estaba a punto de hacerlo para siempre. Habían sido

² Tipificada brillantemente por Jenny Uglow en su libro sobre la Ilustración en el siglo XVIII y el ideal del progreso en la Gran Bretaña: *The Lunar Men* (2002).

años de una gran agitación y los ojos de todos los ilustrados no se movían de París. Allí lo habían visto todo, desde el brote popular hasta las decapitaciones y el triunfo de la demagogia; desde la perversión del ideario enciclopédico hasta la aparición de Napoleón Bonaparte, ese otro niño nacido en aquel verano de 1769 cuando Venus se le atravesaba al sol. No lo sabía entonces Humboldt, pero también Napoleón y sus guerras se le iban a cruzar en la vida para obligarlo a cambiar de planes; para obligarlo a cumplir su destino, a escribirlo en la selva. Pero hasta entonces él seguía en lo suyo: la Ciencia, las minas, el progreso. En noviembre de 1796, sin embargo, un hecho vino a remover del todo las perspectivas de su tranquilidad como funcionario y servidor del Estado. Su madre, Marie Elizabeth, muere tras una larga enfermedad en el viejo castillo de Tegel, dejándole por fin el uso pleno de la herencia familiar que era una enorme fortuna. No es que antes no pudiera lanzarse al cumplimiento de sus sueños como viajero y explorador, pero varias cosas lo retenían: el aprendizaje, claro, y el amor por su casa y su mamá; y también, por qué negarlo, la imposibilidad de gastarse su herencia como se le diera la gana. Varios tutores (por ejemplo el viejo Kunth, siempre atento y quien seguiría siendo el custodio financiero de los Humboldt por mucho tiempo) rondaban ese colosal patrimonio, que curiosamente no era ni siquiera de su padre sino del primer esposo de la señora Colomb, muertos ya todos los tres. Pero qué más daba: allí había dinero hasta para empapelar los salones de toda Gotinga, y con él se podían organizar los viajes más provechosos para la Ciencia y la Humanidad. Los Ilustrados, no está de más recordarlo, escribían muchas de sus obsesiones con mayúsculas.

Así que Humboldt renunció a su cargo en las minas de Prusia e hizo lo primero que se le vino a la cabeza, lo que siempre había querido: un viaje exploratorio por el Tirol con su amigo Léopold von Buch, y tres meses de asueto en Jena con nadie menos que Goethe y Schiller. Aunque un asueto a su manera, claro está, plagado de lecturas y de nuevos descubrimientos y de estudios de anatomía bajo la supervisión de Loder. Quiso hacer otro viaje más a Italia, esta vez para analizar de cerca la actividad del Vesubio y del Etna. Pero la Revolución y Napoleón habían llegado también al Piamonte y a la Lombardía y toda la península (esa bota pateando un balón, como en el Calcio) era un hervidero de intrigas y soldados heridos. Entonces tuvo que quedarse en Salzburgo, el barón Alejandro de Humboldt, concentrado en sus pesquisas meteorológicas. En ellas estaba hundido cuando le llegó una curiosa

invitación de Lord Bristol: si quería, era muy bienvenido en una expedición a Egipto que estaba organizando el viejo noble, más loco que una cabra. No solo irían a Egipto sino también a Siria y a Palestina y se dedicarían a desenterrar antigüedades y maravillas. Emocionado por el viaje, Humboldt fue a París a comprar instrumentos para sus investigaciones, y allá le cayó la noticia como un baldado de agua fría en pleno invierno, aunque fuera la primavera de 1798: Napoleón —otra vez él— había zarpado hacia Alejandría, y en Milán el Ejército francés tenía detenido a Lord Bristol bajo la grave acusación de ser un espía inglés (para los franceses todos los ingleses eran espías en ese momento) que preparaba un peligroso viaje a Oriente. Los nuevos planes, así, quedaban otra vez abolidos; otra vez por Bonaparte y la Revolución. Y Humboldt se quedaba en París a la espera de un nuevo viaje que se le cruzara en el camino, no alcanzaba a imaginarse cuál, de qué manera.

París era una fiesta. En guerra, sí, pero con las mejores galas. Allí estaban los sabios más grandes de Europa y con todos ellos Humboldt empezó a tratarse de igual a igual. Hablaba con Cuvier, Jussieu, Lamarck, Desfontaines, Laplace, etcétera, y a cada uno lo deslumbraba a su manera. No había cosa que no le interesara al prusiano barón, y prácticamente sobre todas las que le preguntaban tenía una idea original; y cuando no, tenía una pregunta original, que acaso fuera aún más importante. Fue allí en París, también, donde Humboldt conoció a su gran compañero Aimé Bonpland, que sería como una sombra bienhechora para él en los años y aventuras por venir. Cirujano y navegante y naturalista —ayudante de Guy Lussac, discípulo de Bichat—, era el mejor amigo que la vida le podía poner justo en ese momento en que todo estaba por revelarse en su destino, definitivamente. Ambos, ya unidos en torno a un sinnúmero de planes e ilusiones, oyeron con muy buenos ojos el plan que les ofrecía Bouganville para viajar a América y al Polo Sur, dentro del cual podían llevar a cabo todas las investigaciones que se les diera la gana. Pero Bouganville ya estaba viejo y cansado y le había dado la vuelta al mundo una vez, y muchos creían que sus planes más que eso eran achaques, delirios de un anciano sin dientes. Fue cuando el Directorio nombró a Nicolas Baudin para comandar esa expedición, y a Humboldt en verdad no le importaba: mientras zarparan los barcos, no era problema suyo quién gritaba las órdenes desde el castillo. Mientras el mundo estuviera allí para él, le daba igual quién fuera su dueño y su señor. Pero otra vez Napoleón se le hizo en medio, ahora enfrentado a Austria. El Directorio no podía dilapidar

las energías en viajes de sabios. Eran ya los tiempos difíciles de la Revolución y de las guerras y Francia tenía que gastar el dinero de las investigaciones científicas en armas y en soldados.

Un plan más que fracasaba —ya se estaba impacientando el barón, con su fortuna allí lista para pagar la colección de pájaros y rocas del trópico— cuando otra invitación lo sedujo de nuevo. Se la hizo el cónsul de Suecia en París, el conde de Skjöldebrand, quien tenía el encargo de llegar hasta Egipto (¡otra vez Egipto!) donde Humboldt tenía el secreto propósito, ya que así se le presentaban las cosas, de unirse a los ejércitos de Bonaparte dentro de los que militaban algunos de los más notables sabios franceses, muchos de ellos sustrayendo a saco los tesoros arqueológicos de la vieja civilización del Cairo. Hasta Marsella llegaron el barón y Bonpland y esperaron junto con Skjöldebrand a que los recogiera la fragata de nombre *Jaramas*. Jamás. Esperaban y esperaban y esperaban, y nada: no se veía su velamen en el horizonte. Esperaban en vano, pues antes que la fragata llegó la noticia de su hundimiento, con toda la tripulación a bordo; habían sido feroces las tormentas, casi tanto como la guerra. Ya exasperado, Humboldt se remangó el abrigo y fue él mismo a fletar un barco, quizás un lugre, que los llevara, a él y a Bonpland, hasta Túnez. De allí pasarían a Egipto como fuera para unirse a la expedición de Bonaparte. Pero las autoridades de Marsella eran sensatas, así lo reconoció el propio Humboldt en una carta (De Humboldt, 1989), y le impidieron semejante desafuero: no solo estaba la amenaza de la guerra y los peligros de la zona, completamente convulsionada, sino también los peligros de la mar, tan convulsos como el Oriente con el que los dos científicos soñaban. Dice Humboldt allí mismo, en esa carta: “¡Época triste ésta donde no se puede ir con tranquilidad de un lado para otro, pese a todos los sacrificios y así se gastaron millones!”.

Y antes había dicho, en la misma carta: “No tenía nada mejor que hacer que renunciar, por el otoño, a mi viaje a Oriente, pasar el invierno en España y, desde ahí, hacer una excursión a Esmirna”. Así que con su amigo Bonpland se va para España —cuenta su viaje y lo pone como una caminata por el Mediterráneo hasta llegar a Barcelona— y allí no solo tiene que desmontar muchos de los prejuicios culturales que como buen hombre del norte alberga sobre los peninsulares,³ sino que es recibido en la Corte con gran deferencia,

³ Sobre este tema, recomiendo ver el excelente artículo de Charles Minguet, “Alejandro de Humboldt y los científicos españoles e hispanoamericanos” (1989).

y la gestión de un par de amigos poderosos, el señor de Tribolet-Hardy y el señor de Forell,⁴ le gana el favor de los Reyes pero sobre todo el del Secretario de Estado Mariano Luis de Urquijo y Muga, otro más de los exponentes de la Ilustración que encarnan aún el ideario borbónico en medio de la disoluta corte de Carlos y María Luisa. Ya en Madrid, Humboldt se acerca a los círculos intelectuales y científicos de la capital del Imperio, y establece relaciones con muchos de sus miembros (Antonio de Cavanilles, Casimiro Gómez Ortega, José Clavijo y Fajardo) de cuya labor queda sinceramente impresionado. Pero sus contactos con los ilustrados españoles no tienen el único propósito de celebrar las maravillas del Progreso y de la Ciencia, y hay en ellos también, obviamente, una innegable intención utilitaria: la de ambientar el viaje que el barón sueña realizar por fin a las provincias americanas del Imperio, esa mina; ese tesoro no solo de tesoros sino de plantas y animales y volcanes que Humboldt quiere conocer y comprender al fin. Se trata una vez más de la doble condición del pensamiento científico e ilustrado de la Modernidad: el conocimiento como aventura del individuo, y el conocimiento como instrumento de la dominación y la creación de la riqueza. Esos dos proyectos, no tan distantes, que el capitalismo hizo confluír en su ideario. Son sabios que aman el saber, sí, pero sabios que están al servicio de Imperios coloniales que quieren que su naturaleza se convierta en riqueza tangible y verdadera. Cuando se habla de la “riqueza natural” no es un juego de palabras, porque lo es en los dos sentidos de la expresión. Y Humboldt lo sabe y se le ofrece a Urquijo con dos cartas muy poderosas: primero, con su hoja de vida como experto en las minas de Prusia, en las cuales alcanzó unos niveles de eficiencia y rentabilidad (se diría hoy) admirables. Pero hay algo aún más importante: él mismo pone toda su fortuna como garantía del viaje, y le pide a la Corona una suerte de respaldo burocrático y formal. Permisos y pasaportes y licencias y cosas así; es decir, lo más importante que se requería entonces para un viaje de esa índole, más cuando se trataba de llegar a los reinos ultramarinos del Imperio castellano. También pide Humboldt, cómo no, apoyo “académico”, y para eso refrenda sus buenas relaciones con los sabios de la península, que constituyen un eficaz entramado que le da más solidez al proyecto del prusiano.

⁴ Un artículo excelente sobre este tema es “Humboldt, un prusiano en la corte del Rey Carlos IV” de Miguel Ángel Puig-Samper (1999).

En la *Memoria*⁵ que Humboldt le escribe al rey Carlos IV, en francés, le dice, palabras más palabras menos, que con tantos avances que se han hecho en la Física y en la Química y con la aparición de nuevos instrumentos de medición de la atmósfera, el naturalista tiene, nunca como en ese momento, las mayores posibilidades de conocer el medio en que viven los hombres. “Y no es, Señor —añade el barón—, sino en la enorme extensión de los Reinos bajo Vuestro cetro, como se puede estudiar la construcción del Globo...”. Y lo cierto es que el Rey, motivado por la posibilidad de que un gran sabio viajara a sus dominios a hacerlos más rentables y a catalogar sus maravillas y riquezas, y motivado también por las intrigas palaciegas de los amigos de Humboldt, y motivado porque el barón prácticamente corría con todos los gastos de la expedición, lo cierto es que el Rey acepta de muy buen grado y le confiere al prusiano un pasaporte que excedía las mejores expectativas de todos, empezando por las del propio Humboldt. Este es el texto del pasaporte —el segundo, mucho más preciso— emitido por Urquijo (AA.VV., 2001):

Don Mariano Luis de Urquijo Caballero pensionista de la real y distinguida orden española de Carlos III, del Consejo de Estado de S. M. su embajador extraordinario y plenipotenciario nombrado cerca de la República Bática, y encargado interinamente del despacho de la primera Secretaría de Estado. Por quanto ha resuelto el Rey, que Dios guarde, conceder pasaporte a Don Alexandro Federico Barón de Humboldt, consejero superior de Minas de S. M. el Rey de Prusia, para que acompañado de su Ayudante o Secretario Don Alexandro (sic) Bonpland, pase a las Américas, y demás posesiones ultramarinas de sus dominios a fin de continuar el estudio de minas, y hacer colecciones, observaciones, y descubrimientos útiles para el progreso de las ciencias naturales; por tanto ordena S. M. a los Capitanes Generales, Comandantes Gobernadores, Intendentes, Corregidores, y demás Justicias o personas a quienes tocase, no pongan embarazo alguno en su viage al expresado Don Alexandro Federico Barón de Humboldt, ni le impidan por ningún motivo la conducción de sus instrumentos de Física, Chímica, Astronomía y Matemáticas, ni el hacer en todas las referidas posesiones las observaciones y experimentos que juzgue útiles, como también el coleccionar libremente plantas, animales, semillas, y minerales, medir la altura de los

⁵ Dicho texto puede consultarse en: Puig-Samper, 1999.

montes, examinar la naturaleza de éstos, y hacer observaciones astronómicas, pues por el contrario quiere el Rey que todas las personas a quienes corresponda den al expresado D. Alexandro Federico y a su Ayudante todo el favor, auxilio, y protección que necesitaren, y ademas ordena y manda S. M. a todas las personas a quienes correspondiese por razón de sus oficios que reciban y hagan embarcar para Europa con dirección a esta primera Secretaría de Estado y del despacho, y con destino al Real Gabinete de Historia natural, todos los caxones que contengan objetos naturales pertenecientes a esta Historia, y que les fueren entregados por dicho Don Alexandro Federico Barón de Humboldt a quien se ha encargado que recoja y colecte las expresadas producciones para enriquecer el Real Gabinete de Historia natural, y los Jardines Reales, que así es la voluntad de S. M. De Aranjuez a 7 de mayo de 1799.

Mariano Luis de Urquijo.

No lo podía creer Humboldt, y febrilmente se empeña en los preparativos de su viaje. El 5 de junio de 1799, finalmente, zarpa de la Coruña en la fragata *Pizarro* con su entrañable Bonpland. Parado en la cubierta, quizá, Alejandro de Humboldt recordaba a las buganvillas en flor que había visto en el jardín del Palacio en París, un año antes, cuando su destino aún no cruzaba el mar.

Como lo dijo Germán Arciniegas (1984, 179), en las descripciones de Humboldt a su paso por la Nueva Granada está presente todo el realismo mágico, la condición novelesca de la naturaleza colombiana y americana, del trópico. Ha llegado el barón a Cartagena casi por azar, en 1801, pues su propósito era ir a Norteamérica y atravesarla de oriente a occidente para luego entrar a México y desde allí bajar por el Pacífico hasta Guayaquil, donde pensaba reunirse (ahora sí) con el explorador Baudin. De Venezuela —capitanía en la que estuvo un año y medio desentrañando los misterios del Orinoco— zarpó hacia Cuba, y en la isla también permaneció un buen trecho, del que incluso quedó un libro agudo y lleno de observaciones astronómicas y botánicas y sociológicas: el *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Iba pues rumbo del norte el científico prusiano, pero las nubes y el mar se ensartaron en una áspera polémica, en medio de la cual quedó el navío que lo llevaba sin ninguna certeza; el relato del viaje, de la singladura, que está en su diario y en sus cartas es una versión contemporánea de la Argonáutica de Apolonio de Rodas, y de él se extraen las escenas más agitadas de un naufragio inminente. Las maderas crujen, las velas se arquean como

palos de bambú. Nadie puede subir a la cofa a gritar “¡tierra a la vista!”, porque cada quien está salvando su pellejo aferrándose a lo único que no se mueva en esa nave de Dios. Una noche es tan dura la tormenta, que el palo de mesana se rompe en tres pedazos; el velamen parece ahora una tela de araña.

El barón decide entonces cambiar de rumbo, y desciende otra vez hacia el sur para llegar al Ecuador, y al Perú, atravesando los Andes. Es el mismo destino que se había trazado con el plan mexicano, pero ahora debe remplazar al mar y sus trampas por la tierra colombiana; por las alturas de la América equinoccial, desde las cuales podrá ver mejor a las estrellas, y con su luz podrá acercarse mejor a una vegetación absolutamente inédita, cuya comprensión habrá de maravillarlo y habrá de retenerlo por más tiempo del que él mismo se imaginó cuando el nombre de la Nueva Granada era apenas un rito de paso en su empeño alucinado por perseguir la sombra de Baudin. Pero esa sombra es esquiva y Humboldt le escribe desde Cartagena poco después de su llegada. Le dice que nunca pensó que se volvieran a ver luego de su encuentro en París —el lenguaje que usa es el de la Revolución Francesa, lo llama “ciudadano”— pero que qué curioso: ahora ambos andan por esas tierras feraces y exóticas, y quizás se puedan juntar para que él, el barón alemán que está en América gracias a los permisos del rey de España, se incorpore a la expedición del francés jacobino que quiere llegar a las propias Filipinas. El problema es que Humboldt no recibe respuesta, pues mientras él baja Baudin sube, y la carta llega a Lima pero el francés ya está muy lejos, camino del oriente. Entonces Humboldt se instala en la Nueva Granada y empieza a ver con mejores ojos los relatos que el señor José Ignacio de Pombo, su anfitrión, le cuenta todos los días sobre el ingenio de los colombianos. Hay un Caldas en Popayán, que si estuviera en Europa sería tan grande como Lineo; y está Mutis en Santafé, el sabio gaditano que se ha propuesto contra viento y marea hacer la Expedición Botánica, y lo ha logrado luego de años sin cuento de padecimientos y de intrigas y de miradas entreabiertas.

Es cuando Alexander von Humboldt emprende su viaje por el río de la Magdalena, buscando llegar a Bogotá y a su encuentro con la escuela de Mutis. Y su contacto con la vegetación de la “tierra caliente” —como diría Álvaro Mutis, descendiente del sabio— produce uno de los testimonios científicos y culturales más estremecedores de la Ilustración europea. Este es su relato:

El 6 de mayo queríamos salir de Mompós. Todos los remeros estaban reunidos. Tan pronto vieron que queríamos subir al champán, recordaron que

todavía no se habían bebido todo el sueldo que se les había adelantado, 8 de ellos se largaron y nosotros pernoctamos en el rancho del ladrillo, a un cuarto de milla de la ciudad. Una de las más venenosas y de las más osadas serpientes, la pequeña coral, cayó por casualidad entre nuestras camas. Ella trató de esconderse debajo de las almohadas. El ruido la puso furiosa. Saltó sobre los que la perseguían y solo la habilidad con que los indígenas la arrojaban lejos de sí, hizo que no mordiera a nadie. Estos incidentes son inquietantes, pero muy comunes; de allí que yo los mencione raras veces en este diario y en el de Río Negro. Aquí se conocen tan bien los antidotos, y la naturaleza es tan rica en ellos, que en total, muy pocos hombres mueren por mordedura de una culebra, solo aquellos que no saben utilizar con suficiente rapidez el remedio. Por ejemplo, en el Chocó (la región más húmeda, más caliente y por lo tanto más rica en culebras), han sido encontrados frecuentemente en el camino, viajeros, indios y negros, muertos por estas mordeduras; con frecuencia encontraron también hombre y culebra muertos, pues aquel se había defendido ya moribundo. La mayoría de las picaduras de culebra, especialmente las del pecho, (cuando la serpiente cae de un árbol), hace perder el conocimiento, y la culebra se dispone entonces a matar a su enemigo.

De Mompós hacia arriba, el paisaje que se disfruta desde el río es más variado, más verde y agradable. Las riberas son menos altas en largos trechos y el panorama está entonces menos restringido. La región está construida a la manera de las colonias españolas, bastante cultivada en comparación con el Orinoco. Se ven muchísimas casas y plantaciones aisladas junto a la ribera. La vegetación aumenta a cada paso a partir del 9. grado de latitud. Desde Munchiques hacia arriba es realmente muy bello. El río forma apacibles islas, cubiertas unas veces con altos y espesos árboles de grueso follaje cual bosque flotante, otras veces coronadas de aislados sauces de tiernas hojas, brindando una pradera de juncos. Estas islas de Sauces son en verdad, de una gran belleza y una ventaja del río Magdalena, pues esta especie arbórea, este *Salix*, falta en el Orinoco y Rionegro. Este sauce tiene ramas que cuelgan casi como *Salix babilonica*, pero solo las ramas jóvenes, no las más viejas, están inclinadas. Su hoja es siempre delgada y de verde más claro y delicado. Están diseminados en pequeños grupos, no muy apretados sobre llanos húmedos ricos en cañas; casi nunca tienen más de 12 a 15 pies de altura y contrastan agradablemente frente a la ribera de bosque denso. Estos bosques tienen

un carácter grandioso, solemne y severo, por la fastuosidad y cantidad de vegetación, por la dimensión del gigantesco *Bombax*, *Anacardio* caracolí, *Ficus indica*... Este carácter es, en general propio de las regiones cercanas al Ecuador, desde 0° hasta 9° de latitud. La legión de plantas trepadoras, las grandes hojas poco complicadas de las heliconias, cañagria, que cubren el suelo, llenan, por decirlo así, todos los espacios intermedios. A los animales más grandes les falta espacio para moverse, pues las plantas lo llenan todo. En Casiquiare los tigres aúllan desde los árboles. Esta es la casa de los animales de la clase de los monos y de las aves que viven eternamente sobre los árboles y no conocen el suelo en que éstos están arraigados. Allí donde la materia orgánica encuentra un espacio allí se extiende (Goethe, *Metamorfosis*) y estimulada continuamente por la luz solar y el calor húmedo, solo condiciones internas, (fruto y flor), ponen término a esta expansión orgánica. Pero precisamente esta visión de plenitud, este gigantismo de las formas, esta falta de lugares claros, esta medrosa oscuridad impenetrable que causa aquellos techos de follaje, trae al espíritu serias y escalofrantes emociones. A esta región del trópico le falta el amable carácter de nuestras praderas alemanas, de nuestras campiñas nórdicas. Nosotros anhelamos casi un curso de ideas más ligero, una naturaleza menos grandiosa, menos solemne y menos rica. De allí la bienhechora impresión que hace a nuestro ánimo una isla de sauces, una ribera llena de arbustos de mimosa pequeños y de hojas delicadas, una pradera de hierba cubierta de palmos y tamarindos aislados. Sobre todo los sauces, una forma nativa tan fielmente repetida como si fueran sauces de la ribera del Oder o del Sena. La naturaleza que dio a los hombres un espíritu inquieto y una fiebre intermitente de emigrar sin descanso de una zona a otra, la naturaleza ha mezclado la forma de las plantas tan amorosamente, que en cada región, una hoja, una flor, un fruto, recuerdan al extranjero su lejana patria. Qué agradable es esta remembranza, con cuánto gusto escucha el hombre cada voz de la naturaleza, se reconoce incluso en los hombres que los agricultores del norte han dado en todo el sur a los productos desconocidos para ellos. Los europeos han encontrado en todas partes ciruelas, cerezas, aceitunas, manzanas... El más lejano parecido de las plantas del trópico con las plantas de la patria ha sido captado por ellos. El danés ve en todas partes abedules, abetos, sauces, y robles; el español olivos y algarrobos (*Ceratonia siliqua*); a cada uno se le aparece en todas partes el cuadro de su patria ante los ojos. Para llenar la fantasía

con sueños agradables, el recién llegado da el nombre de su ciudad natal al nuevo lugar de su residencia. Ríos, lagos y montañas, todo el ambiente es saludado con nombres de la patria. Cada colina de Cataluña y de Vizcaya, cada vega de Andalucía tiene su nombre hermano en ambas Indias. Así los vástagos de aquellos pueblos, que una vez asombraron al mundo con sus descubrimientos, españoles y portugueses, tienen la ventaja de encontrar en ambas Indias no solo su idioma y conciudadanos, sino también recuerdos de los productos y de las relaciones locales de su patria.

Y se queja Humboldt:

La dificultad de la navegación por el río Magdalena se debe a 1) la falta de agua del dique de Mahates, 2) falta de recursos arriba de Badillo, donde no hay hombres en 80 leguas a pesar de que podrían fundarse pueblos fácilmente, 3) la incomodidad de los champanes que fueron imitados a los indios, cajas cuadradas con 2 puntas que prestan una desmesurada resistencia al agua. Botes en forma redondeada, navegan más rápido, aunque comúnmente les adjudican una tripulación menor, 4) la demora en la angostura de Carare. Yo propuse mejorarla por un canal subterráneo (socavón). Ver mi plano del río Magdalena en el cual está exactamente detallado el proyecto. El Virrey Don Pedro Mendinueta demostró interés por su ejecución. La Secretada del Virreinato y D. Mutis conservaron copia del plan.

Antes de llegar a Santafé, Humboldt es recibido por una comitiva de notables, entre la que se cuentan el marqués de San Jorge y Jorge Tadeo Lozano. Con el sabio viene su acompañante de todas las horas el señor Bompland y Luis Rieux y su hijo del mismo nombre, gracias a cuya pericia quedaron los registros gráficos de todas las impresiones botánicas y sociológicas del barón por el río Magdalena, desde cuando pintaron los volcanes de lodo de Turbaco. Así aparece en su diario:

En Santa Fé, la expectativa por nuestra llegada fue singularmente excitada. Yo había escrito desde Turbaco al famoso Mutis que el solo deseo de verle y de admirar su obra me habían movido a preferir el camino por Popayán al inmensamente más corto por Panamá y Guayaquil. Este sacrificio (y en realidad a causa del río Magdalena, no fue pequeño) movió al Señor Mutis y a sus amigos a movilizar todo para proporcionamos un recibimiento

honroso. Habían situado botes a todo lo largo de todo el camino a partir de Guaduas, para conocer el día de nuestra llegada. La fiebre de Bonpland y nuestra permanencia en Guaduas hicieron que Don Pedro Groot y sus amigos nos esperaran durante 10 días en Facatativá.

En Fontibón encontramos un recibimiento esplendoroso. Se había reunido lo más distinguido de la ciudad para darnos la bienvenida según la costumbre española, el asesor del Virrey, el Secretario del Arzobispo, el Rector del Colegio del Rosario, el marqués de San Jorge, Don José María Lozano (educado en España como su hermano Don Jorge, inteligente, muy instruido, especialmente lo último, en Química antiflogística, alumno de Proust)... Cerca de Fontibón admiramos las avenidas de árbol loco muy común aquí, una Polymnea de 20 pies de altura, hueca por dentro, de tal manera que un adolescente rompe el árbol con una mano, la bella *Vallea stipularis*, junto a los caminos la borrachera o *Datura* de flores grandes.

Ya en Bogotá, como lo cuenta Jorge Arias de Greiff en su texto “El encuentro de Humboldt con la ciencia en la España Americana: transferencias en dos sentidos” (AA.VV., 2001), Humboldt pudo decantar mejor sus impresiones sobre la geografía y la vida neogranadinas, pero también ahondó en su reconocimiento a la pericia científica de las “dos Españas”: la de allá y la de acá, la de Europa y la de América. Bastaría recordar su impresión de cuando vio en Cartagena a la expedición de Fidalgo, que le hizo pensar que se trataba de una de las más grandes proezas científicas de su tiempo. Según Santiago Días Piedrahita en su texto “La botánica y el viaje de Humboldt y Bonpland” (AA.VV., 2001), “gracias al ascenso de los Andes, Humboldt comprendió lo que en apariencia nadie había comprendido; la organización de los seres vivos respondía, en buena medida, al clima, y algo aún más importante: ese clima, en las zonas equinociales, estaba condicionado por la altitud”. La estancia del barón en Santafé fue provechosa y plácida, en parte gracias a las atenciones de Mutis. Humboldt esperaba encontrarse con un difícil y huraño personaje, y en cambio dio con una especie de Bouganville gaditano aclimatado como nadie al trópico. Bueno, un Bouganville matizado, al que se le parecía por lo menos en la edad y los achaques y la ausencia casi total y notable de dientes. Los pocos días previstos en la capital del Virreinato se volvieron meses —también por las fiebres del pobre Bonpland—, meses que incluyeron visitas a las salinas de Zipaquirá, al Salto del Tequendama, a Guatavita. De Santafé emprendieron los viajeros su camino hacia Quito,

yendo por Melgar y el Espinal. Llegaron a Popayán donde el padre de Caldas les mostró las observaciones de su hijo —que estaba en Quito él mismo, pero listo para salir a Ibarra a recibir al barón— y los dos europeos quedaron maravillados: cómo era posible que en semejante aislamiento, alguien fuera capaz de producir ciencia a ese nivel.

Y así podrían leerse las observaciones de Alexander von Humboldt: como una estupenda novela, más allá de sus observaciones sobre volcanes y costumbres, sobre plantas y animales y rocas; como una pieza literaria en la que la naturaleza va destejiendo un relato prodigioso: el de la América todavía por descubrir, dormida entre sus ríos y sus árboles, enrevesada como un laberinto. Y a cada paso de este sabio alemán que alguien llamó acertadamente “el nuevo Colón”, se van sembrando, o asentando, las ideas de la Ilustración que a la vuelta de unos pocos años llenarían las cabezas de quienes saltaron de los herbarios y de la escolástica, sin mucho beneficio de inventario, a la Revolución; de las quinas a la Independencia. Pero nada de eso habría sido posible —ni la República, ni la libertad— sin el ejemplo de este aventurero prusiano (¡nadie sabe para quién trabaja!) que cumplió el sueño de recorrer el mundo. Y su impronta se quedó entre nosotros, su herencia occidental.

Bibliografía

- AA. VV. *El regreso de Humboldt. Catálogo de la exposición*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 2001.
- Arciniegas, Germán. *Bolívar y la revolución*. Bogotá: Planeta, 1984.
- De Humboldt, Alejandro. *Viaje a la regiones equinociales del Nuevo Continente*. París: Casa de Rosa, 1826.
- . *Cartas Americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989.
- Elliston Allen, David. *The naturalist in Britain: a social history*. Estados Unidos: Princeton University Press, 1994.
- Kehlmann, Daniel. *La medición del mundo*. México D.F.: Editorial Diana, 2007.
- Minguet, Charles. “Alejandro de Humboldt y los científicos españoles e hispanoamericanos”. *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*. Vol. III. José Luis Peset (coord.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1989.
- O’Brian, Patrick. *Joseph Banks: a life*. Chicago: University of Chicago Press, 1997.
- Paz Otero, Gerardo. *Humboldt*. Bogotá: Visión, 1974.

- Puig-Samper, Miguel Ángel. "Humboldt, un prusiano en la corte del Rey Carlos IV". *Revista de Indias*. Vol. LIX, No. 216. Madrid: Concejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999.
- Rupke, Nicolaas. *Alexander von Humboldt: a metabiography*. Chicago: The University of Chicago Press, 2008.
- Uglow, Jenny. *The Lunar Men*. Londres: Faber, 2002.

Los aportes de Geo von Lengerke al desarrollo comercial y empresarial del Estado soberano de Santander (1850-1882)

Álvaro Pablo Ortiz*

Seguiré siendo el hombre misterioso, venido de lejos, con un pasado enigmático cuyo velo jamás va a descorrerse.

Pedro Gómez Valderrama, *La otra raya del tigre*

Introducción

De la franja relativamente amplia de inmigrantes alemanes que llegaron a mediados y en las postrimerías del siglo XIX al estado soberano de Santander,¹ ninguno ha logrado calar tan hondo en el imaginario colectivo como Georg (en adelante Geo) Ernst Heinrich von Lengerke. En efecto, dentro de la carga afectiva, emocional y de contenidos simbólicos desde la cual una sociedad construye su visión del mundo, sus esquemas de pensamiento y sus hábitos, Lengerke ha sido transformado en una leyenda, con la inevitable dosis de idealización y de estigmatización, propia de esta dinámica mental. A la luz, entonces, de estos fuertes componentes emocionales, la imagen de este alemán subsiste hasta el presente

* Catedrático de la Facultad de Ciencia Política de la Universidad del Rosario.

¹ A partir de 1858, en tono consecuente con el proyecto liberal de hegemonía, que aspiraba remodelar el estado, para hacerlo, aparte de federal, laico, librecambista, y dentro del marco de la carta constitucional de la confederación granadina aprobada en mayo 22 del año en mención, Colombia queda dividida en ocho estados soberanos: Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá y Santander.

en medio de un juego de polarizaciones y de calificativos extremos. Dentro de esa “lógica visceral”, su nombre, para muchos, es sinónimo de prófugo de la justicia de su propio país—en donde bajo un triple ritual, amor, honor y duelo dio muerte a otro hombre. Para otros, su parábola vital está estrechamente asociada al perfil de un Casanova, atribuyéndosele la paternidad de innumerables hijos por cuenta de sus furtivos encuentros sexuales consensuados o realizados a la fuerza, con mujeres del pueblo y también con las de estratos sociales elevados. Otros lo han acusado, basados en fuentes documentales fiables, de haber aprovechado su origen extranjero y sus relaciones de poder con las élites locales para obtener privilegios y ganancias económicas en beneficio propio con el fin de favorecer, entre otros negocios, los de importación y exportación de productos agrícolas. Muchos se han detenido, con particular morbosidad en otras presuntas facetas negativas de su personalidad: las de su alcoholismo, las de su total descreimiento en materia religiosa, las que lo conectan con lecturas blasfemas o con gestos excéntricos, en una cotidianidad convertida en piedra de escándalo que le representaron duras amonestaciones desde púlpitos y parroquias.

En contraposición, en esa memoria del que es considerado como “el otro”, desde esa tradición oral que ha resistido el paso del tiempo, tenemos, en ese mismo juego de dualidades, a un Lengerke pleno de virtudes personales y culturales. De un lado está el hombre de modales exquisitos, el sibarita, el anfitrión magnífico, el virtuoso del piano, el conversador profundo, el de una generosidad con el entorno rayana en el derroche. Del otro, el cosmopolita, el empedernido lector de Kleist, Schiller, Hoffman, Goethe y Novalis, Michelet, Lamartine y Víctor Hugo. De aquel que, en fin, era dueño de un extraordinario carisma. Y este don, esta facultad, este eco misterioso, hace las veces para el que lo posee, de una gracia y un estigma, desencadenando unas pasiones contradictorias de amor y de odio, de desafío y de repulsión. Al margen de esta ambivalencia —sin negarla de plano— de sentimientos y juicios con relación a Lengerke, lo que nos interesa privilegiar es al empresario, al comerciante, al constructor de realidades tangibles, al que logró desde su nivel, transformar y dotar de nuevo sentido a la región en la que vivió por más de tres décadas. Sin ignorar en ese proceso, pese al encanto que inspira, a un hombre cuya existencia osciló entre mareas de alta y baja intensidad, y en donde en más de una ocasión las segundas amenazaron con rebasar a las primeras.

Con todo, el mito de Lengerke se resiste a ser desmontado, y se opone desde el tiempo al examen crítico, al que trata de iluminar la realidad no bajo la

fascinación de la leyenda, sino desde la recurrencia a la lógica, desde la exigencia historiográfica de ahondar en los datos y en los argumentos, con el propósito que afortunadamente comparte hoy más de un estudioso, de seguir elaborando y editando trabajos decisivos y aclaratorios sobre Lengerke. Sabido es que la desvirtuación de la historia envenena la memoria colectiva, y sus efectos no pueden en ningún caso ser benéficos. Ojalá, entonces, más temprano que tarde, la historia de este emblemático alemán pueda ser reducida a proporciones soportables.

El origen

Geo von Lengerke nació en la población de Dohnsen,² el 31 de marzo de 1827, hijo de Abraham von Lengerke y de Emile Lutterlob, siendo el penúltimo de cinco hijos: Friedrich, Ferdinand, Emil y Louise.

Para la fecha de su nacimiento, Dohnsen, próxima a la emblemática ciudad de Bremen, pertenecía a la antigua provincia de Bodenwerder, bajo el reinado de Federico Guillermo IV y posteriormente, y luego del reordenamiento político y territorial que sobrevino una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, se llamó la Alemania federal. Si le damos credibilidad a los pocos datos que hasta el momento se tienen sobre la infancia y la juventud de Geo, este dio muestras desde muy niño de una inteligencia superior. Más adelante, estudió ingeniería, carrera que en Alemania, lejos de ser inusual, era y es una profesión recurrente, confirmándose en esa variable académica, el profundo arraigo, vinculación y afecto, que los alemanes profesan por las ciencias exactas, por la curiosidad científica y por el pragmatismo como actitud de vida. Aparte de los estudios de ingeniería, Lengerke logró dominar con propiedad además del idioma materno, el inglés, el francés y el italiano. No se descarta, de otro lado, en ese ciclo formativo, otra faceta: la de militar. Una contextualización del siglo XIX permite afirmar en síntesis más que apretada, que dicha época, es la época de la conciencia histórica; también de la filosofía y las ideas, en donde los nombres y los audaces planteamientos

² La casa donde nació Geo von Lengerke subsiste a cargo de los descendientes en Dohnsen. Que sepamos, la única persona que la ha recorrido a fondo es Anke Oesterreich, radicada desde su más temprana infancia en Colombia. En efecto, apasionada como pocas y pocos por la vida del futuro empresario y constructor de caminos, ha intentado en ese recorrido acopiar información sobre sus primeros veinticinco años transcurridos en Alemania, sin lograr resultados mayores pese a sus perseverantes esfuerzos, hasta la fecha. No obstante, y gracias a la amistad que ha logrado granjearse con los descendientes, confrontando el escudo familiar de los Lengerke al lado de soportes documentales, ha podido evidenciar el origen nobiliario de este apellido. Sobra expresar la gratitud permanente que el autor del presente ensayo tiene con Anke Oesterreich, por estos y otros documentos que generosamente facilitó sobre Lengerke.

de Marx, de Hegel, de Adam Schmidt, de Dilthey, de Proudon, de Owen, de Fourier, de Enrique Heine, de Hölderlin, desde luego, el de Goethe, el “Júpiter de Weimar”, el de Kleist y el de Novalis, en el terreno de la renovación poética y literaria, convivirán con una sociedad industrial sin corazón, al punto de que podría pensarse que las fábricas, las máquinas, los trenes, eran más importantes que el alma de las gentes. Cada nación europea vivirá, en mayor o menor grado, un estado constante de agitación en el que materializa el enfrentamiento entre dos fuerzas antagónicas que no quedaron ni mucho menos resueltas luego de la restauración de 1814. Vale decir, el fervor revolucionario que todavía duerme con sobresaltos en los corazones románticos, y el conservatismo que aspira a la tranquilidad y estabilidad que otorga la continuidad de las instituciones (Constaín, 2005, 63-64).

La llegada

Una de las tantas hipótesis que se han manejado en torno a la llegada de Lengerke a Colombia y, concretamente, al estado soberano de Santander, y que nos parece una de las más plausibles, es la que explica y justifica la huida del Alemán a lejanas y extrañas latitudes, como quiera que se supone que participó activamente en la revolución de 1848.

El señor Geo von Lengerke es un refugiado, en tal calidad, marcha a la larga procesión de aquellos que en el transcurso de los últimos cuatro siglos tuvieron que abandonar sus solares por la mala suerte de profesar un credo religioso (o adherir a una concepción política diferente de la oficial o por ambos motivos a la vez, como sucedía cuando el soberano aun le dictaba el catecismo al súbdito): los calvinistas flamencos bajo el régimen de Felipe II, los hugonotes franceses a raíz de la Revolución, los nobles de Francia en los días del terror Jacobino; los revolucionarios alemanes, austriacos, húngaros e italianos que en 1849 fueron derrotados por los ejércitos de Prusia, de los Habsburgo y del zar Nicolás I. Como al correr de los años se torna cada vez menos probable el anhelado derrumbe del régimen que obligó al rebelde a buscar refugio en otro país, llega inevitablemente el momento en que la necesidad de hacer cara al *Hic et nunc* se impone a la esperanza de regresar. Cabe suponer que fueron las consideraciones de esta índole las que influyeron en su decisión de quedarse, de echar raíces en tierra ajena; psicológicamente, esa solución es la más sensata, la que mejor se ajusta al temperamento de un hombre inquieto, lleno de energía, hecho para la pelea, la acción, las grandes obras. Geo von Lengerke, sin embargo, también es

un soñador a su manera, pero de sueños que claman por tornarse realidad y ser llevados a la práctica sin demora. Y al soñador que hay en él le aventaja el *merchant adventurer* de hiperbórea estirpe, mitad mercader, mitad pirata, un tipo astuto, batallador, mujeriego, bebedor consuetudinario y propenso al sibaritismo (Volkening, 1998, 126-128).

Adelantemos una última hipótesis: la de un hombre, la de un alemán, que con o sin el estigma del refugiado político, que con o sin un presunto homicidio a cuestas, llega a tierras santandereanas contando para ello con solvencia económica, y cartas de recomendación impulsado por otros móviles, nada desdeñables, como los de buscar la conexión con las metrópolis europeas para el intercambio comercial, sin que necesariamente esa visión comercial lo haya privado del derecho a la ensoñación. El hecho, ese sí comprobado documentalmente, es que a sus veinticinco años Geo von Lengerke llegó a Colombia en 1850. A una Colombia que aún no había superado la larga noche colonial; a una Colombia plena de guerras civiles mal llamadas de independencia; a una Colombia aislada a nivel de sus regiones, orientando sus fuerzas hacia adentro, a la manera de una orientación centrípeta (Londoño, 1955, 113) como si se tratara de una antigrecia; a una Colombia rural, en donde el Estado poca o ninguna presencia real tenía, lo cual daba lugar por lo mismo a toda una proliferación de ejércitos particulares; a una Colombia que había logrado su independencia política de España, pero que no había logrado (además por obvio) independizarse mentalmente de lo mejor y lo peor del imaginario hispánico, lo que es aún más grave: sin reorientar y sin recrear ese imaginario a futuro; a una Colombia, que en la construcción del estado nacional, tuvo quince constituciones generales o nacionales (Valencia Villa, 1997) a lo largo del siglo XIX; a una Colombia renuente desde las razones anteriores, a efectuar el tránsito de una mentalidad de aldea a una mentalidad universal, no obstante, el interés de las élites liberales y conservadoras por abrazar ideales cosmopolitas;³ a una Colombia empeñada en negarle fuerza y protagonismo a sectores y actores distintos de los de las élites criollas; a una Colombia abundante en conflictos raciales y étnicos, y en viejas tensiones regionales; a una Colombia que sin embargo aspiraba legítimamente, en un ideal que llega hasta nuestros días a conformarse como una nación grande, soberana y libre.

³ Sobre la mirada de las élites a un universo cultural predominantemente europeo, como fuente externa de legitimidad e inspiración política, en sus dinámicas, además, de modernización y progreso, véase: Martínez, 2001; Múnera, 2005.

A esa Colombia llega, pues, Lengerke. Llegaba como exiliado. Con todo el dramatismo (así se cuente como en su caso con bienes de fortuna y contactos del otro lado del mar) que esta condición encierra. En primer lugar, se manifiesta un sentimiento de desarraigo, común a todo migrante, que se manifiesta en no sentirse completamente de aquí ni de allá. Estrechamente conectado a este sentimiento, está el rompimiento con el pasado, con ese tener que doblar la página en materia de amistades, afectos, familia, vivencias, etc., quedando el alma escindida entre el olvido y el recuerdo. No cabe duda de que para poder sobrevivir, Lengerke tendría que reinventar su historia personal en una vasta tierra de límites imprecisos, debatida en guerras intestinas, en donde la unidad nacional, si es que alguna vez la hubo, se quebraba en mil pedazos. No cabe duda de que ante la trascendencia del cambio que se operaba en su vida, debía apostarle a la recuperación del placer de pensar, desear y, sobre todo, de la capacidad, tan marcada en él, de hacer proyectos a futuro. Dicha elaboración común a todo migrante que se respete, debía facilitar la integración de su cultura de origen con la nueva, con la que de golpe, abruptamente, tenía ante los ojos, procurando en esta disyuntiva anímica no tener que renunciar a ninguna de las dos. Para poder sobrevivir, y además con éxito, Lengerke tenía que promover hasta donde esto fuera factible un enriquecimiento de su propio yo con la consolidación de un “sentimiento de identidad remodelado” o, en su defecto, reeditando las formas de expresión de la cultura de la cual procede. O como tercera alternativa, y a modo de reparación anímica, compenetrándose con un nuevo entorno hasta desear, como lo deseó Lengerke en Santander: “[Que] estas montañas duras sean ahora tan patria o más que la antigua”.

¿Qué lo retuvo entonces? O mejor, ¿cómo lo retuvo Santander?

Digámoslo de entrada: lo sedujo hasta la fascinación el paisaje santandereano. De alguna manera esas montañas ásperas, como en estado de amotinamiento, como apostándole a la verticalidad, alucinantes en su arrogante desnudez, se ajustaban a su personalidad contradictoria, rica como la que más en altibajos. ¿Qué otros elementos de ese paisaje —que recuerdan al mundo en el tercer día de la creación— lo abrumaron, lo subyugaron, a él, que como europeo era ante todo un hombre de ciudades, de calles, de tabernas, de galerías de arte, de palacios, de salones? Lo cautivó también de ese paisaje la invitación que desde su imponente parece transmitir: la de invitar a la contienda, al combate, desde escenarios naturales como el cañón del Chicamocha o en los dominios turbulentos y apabullantes de los ríos Sogamoso, Fonce y Suárez. Paisaje cuya altivez deja honda

impronta en todo aquel que tiene la sensibilidad y la valentía para asumirlo, para apropiárselo hasta convertirlo en un estado del alma. Tal el elocuente ejemplo de Lengerke, al que el escritor Pedro Gómez Valderrama pone a reflexionar y a cuestionarse, como si esas reflexiones e interrogantes se hicieran al unísono con esa “fuerza telúrica” (Grinberg y Grinberg, 1984, 34) que el alemán tiene antes, durante y luego de 1850 ante sus asombrados ojos:

Después de haber visitado otros sitios, piensa ¿por qué se quedó en Santander? No fueron solo la quina, los sombreros, el tabaco, fue la cordillera, fueron los riscos, fue esa estructura furiosa, fue el deseo de abrir caminos y puentes en una topografía llena de soberbia. Soberbia, piensa, aquí las gentes dicen “soberbia” para significar cólera. La cólera se equipara al orgullo satánico. Pero la verdadera soberbia es la naturaleza misma. Le parece que los espíritus de las gentes son, también como la tierra y que también ha logrado abrirles los caminos y establecerles puentes. Ha nacido otra vez en este cerro. (Gómez Valderrama, 1977, 113)

Al lado o, mejor, de la mano de esta naturaleza indómita está la gente que la habita, gente ruda, individualista, de una austeridad rayana en el ascetismo, laboriosa y trabajadora al extremo, imbuida de un “sentimiento trágico de la vida”, desconfiando siempre de lo fácil, de lo mediático, de las victorias que se obtienen sin mayores esfuerzos. Ese formidable potencial humano, esa formidable “fuerza anímica” unida al culto por el valor y por la palabra empeñada, enmarcadas por un profundo sentido del honor de hondas raíces hispánicas, invitaban también a Lengerke a hacer de Santander su segundo hogar.

Ha llegado. Ha llegado definido por la imposición de la partida y la difícil posibilidad del retorno. Ha llegado haciendo gala de ansiedades depresivas, persecutorias y confusionales. ¿Quién que sea migrante no las ha padecido en mayor o en menor grado? Ha llegado. Para perecer o renacer. Para construir certezas o para terminar en la mitad de la nada. Ha llegado. Para encontrar en Santander la contraverdad de su existencia. El otro mundo prometido. El que ahora se le antojaba como una brillante extensión de alucinante tierra poblada de posibilidades. Eso era lo importante, lo único importante: las posibilidades. Alemania estaba a su espalda y Santander lo miraba de frente, directo a los ojos, con contenida simpatía. Quería pensar, así fuera a modo de ilusión óptica y mental, que sus miserias, sus guerras, sus rencores políticos, sus amores imposibles

y sus cansancios habían terminado. Lo importante: las posibilidades. Las que ofrecían un nuevo paisaje, un nuevo clima, un nuevo cielo, unas nuevas gentes. Un comprometedor interrogante lo asaltaba mientras tanto: ¿lograría adherirse y arraigarse al suelo santandereano? ¿Lo lograría? A los otros, por atroces, intentaba no darles cabida, aunque con pobres resultados: ¿Podré empezar otra vez y ser santandereano, o ser alemán como siempre lo he sido, en Santander?, ¿será que el tiempo dirá que no pude ser ni lo uno ni lo otro?, ¿podré conciliar con éxito las dos existencias?, ¿podrá evitar mi ser los dos extremos de esta disyuntiva que me demuele desde ahora, en este año del señor —como se acostumbra decir— de 1850? ¿Seré un antes y un después, o solo eso, lo primero, una suma de ayer, un ser entregado, en cuerpo y alma a los recuerdos?

Ha llegado. El piano vendrá después. No así el brandy del que consume una botella tras otra. Ha llegado. *Las crónicas de Bucaramanga*, salidas de la ágil pluma de José Joaquín García, son las primeras en reseñar el suceso.

Por la misma época de que tratamos (1852) vino a radicarse en esta plaza (Bucaramanga) el extranjero señor Geo von Lengerke, quien estableció negocios de tabaco y sombreros en grande escala. Era el señor Lengerke natural de Alemania, persona de agradable trato y de fisionomía distinguida y simpática, cortés y amable, a la par que obsequioso y de genio alegre, supo con sus buenas prendas captarse la estimación general. Sobresalía en las reuniones por sus buenas ocurrencias, y daba marcadas muestras de cultura, particularmente por el respeto que siempre manifestó en actos públicos hacia la religión dominante, que no era la que él profesaba. (García, 1896, 90).

Pero hay más. Nos referimos a la fundación que el alemán hizo de dos importantes casas comerciales: la primera de ellas bajo la razón social Lengerke, Lorent⁴ y Cia., dedicada a la extracción de quina cúprea.⁵ La segunda, llama-

⁴ De los varios alemanes que Lengerke convenció de las bondades que representaba inmigrar a Colombia está su hermano menor, Emil, quien permaneció poco tiempo en Santander, radicándose posteriormente en Inglaterra, y su sobrino Paul Lorent. Fue titular del consulado Alemán en Bucaramanga y primer gerente del Banco de Santander.

⁵ Esta denominación tiene un trasfondo anecdótico. En efecto, el ya citado José Joaquín García aparte de describir a Lorent como persona observadora y acertada en materia de negocios, y quien venía días atrás estudiando todo lo relacionado con las quinas de la región, el mismo cronista relata que un día llegó a la residencia de Pablo Lorent, un hombre de extracción social humilde a ofrecerle una carga de cáscara en apariencia de tan mala calidad que llevó a sospechar que, lejos de ser quina, era cualquier corteza vegetal. No obstante, el sobrino de Lengerke compró la carga por una suma risible. Acto seguido, Lorent exportó a Europa aquella muestra, y a la vuelta de unos meses obtuvo el informe de que dicha

da Sociedad Lengerke y García y Cia., que tenía como propósito administrar las tierras a lo largo de los caminos para “construir casas y cercas, al arreglo de potreros y al establecimiento de tiendas para el expendio de efectos” (Carreño y Maldonado, 2009, 20). Como puede verse, casi al momento de su llegada a Santander, Lengerke asume en sí mismo una doble función: la de comerciante y la de empresario. Esto es, que no solo creó en asociación casas y compañías comerciales en poblaciones como Bucaramanga, San Gil, Socorro y Zapatoca, sino que también participó en actividades agrícolas y además participó como gestor e inversionista de capitales en la construcción de puentes y caminos (Dunque Castro, 2005, 150).

Sería un error de contexto y de perspectiva pensar que lo que se entendía por comerciante y por empresario en las postrimerías del siglo XIX, en un medio con la precariedad del nuestro para la época, en donde la ausencia de fuertes gestos de modernización industrial, sumada a una mínima presencia estatal, eran la constante, equivalía a la connotación económico-jurídica que en la actualidad se le da a estas categorías. Por el contrario, estudiosos a fondo de la historia empresarial y comercial de Colombia, como Carlos Dávila Ladrón de Guevara, han insistido en que la nota predominante que giraba alrededor de estas y otras actividades económicas era la de una diversificación económica.

¿Qué era un empresario colombiano de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX? Con base en el patrón de altísima diversificación económica encontrado, nos proponemos designar estos agentes sociales como *negociantes*. Esta diversificación está dada no solamente por inversiones dentro del comercio de exportación e importación, la agricultura, las finanzas, la ganadería, los transportes, la finca raíz y la industria sino, además, los remates de rentas gubernamentales y la explotación de concesiones estatales y en su muy activa participación en la política.

La categoría de *negociante* parece más adecuada que aquellas de empresario industrial, comerciante o empresario agrícola. Nuestro estudio argumenta que estos ricos y poderosos negociantes constituyen la vanguardia de una clase social

quina pertenecía a la denominada *cúprea lucifolia* o punta de lanza que resultaba ser de alta calidad y que, por lo mismo, se vendía en el mercado a un precio muy aceptable. La anécdota no es gratuita. Lorent ha sido considerado como uno de los más importantes empresarios de esta corteza medicinal. En ese orden de ideas, inauguró bodegas con gran capacidad de almacenamiento para la compra de quina en Bucaramanga, Vélez y Socorro y desplazó para ese fin a un verdadero ejército de cosecheros hasta Barrancabermeja y a las selvas del Opón y del Carare para despojar a los árboles de esta corteza vegetal.

en ascenso que se identificaba con el desarrollo capitalista (Dávila Ladrón de Guevara, 1986, 12).

Geo von Lengerke encarna en sí mismo esta movilidad, esta proclividad a la diversificación económica. Pero su caso no fue ni aislado, ni individual, ni desarticulado. Su caso está fuertemente comprometido e inmerso en ese nuevo y decidido aire que se dio a partir de mediados del siglo XIX con el desarrollo nacional y un proceso e intento de modernización estatal. Algunos identifican este periodo como el antecedente de la revolución anticolonial, revolución que atribuyen a la gestión gubernamental del general Tomás Cipriano de Mosquera. Otros la colocan justo en la mitad del siglo XIX con el gobierno de José Hilario López. En cualquiera de las dos interpretaciones de lo que fue un corte drástico con el sistema social y de valores imperantes en el periodo precedente a dicho momento, se identifica principalmente con la inclusión del país en la economía del mercado internacional a través del librecambio y con la transformación política y social que de ello derivó.

Historiadores como Marco Palacios sintetizan el periodo manifestando que:

Si la primera fase del periodo postindependiente (1820-1850) fue una época caracterizada por la crisis de legitimidad, por la fragmentación política expresada en la persistencia de los focos rurales de poder y por la pugna ideológica en el seno del grupo militar de vocación centralista, a partir de las reformas de medio siglo aparece y se va formando una oligarquía nueva compuesta de *parvenus* y *literati* que a través de la política, los negocios y sus asociaciones con el Estado (tierras baldías, bonos de deuda, financiamiento, etc.) consiguen el ascenso social. (Palacios, 1979, 87)

Bajo este contexto, Lengerke en un tiempo record establece contactos, negocios y asociaciones con los actores principales de la economía santandereana en sus diversas modalidades.

Por nexos familiares o por intereses económicos, después de 1855 en Bucaramanga se comenzó a formar un gremio de comerciantes bien definido en el que, además de Juan Crisóstomo Parra y David Puyana, sobresalían David Figueroa, Luis Francisco Ogliastri, Joaquín París, Pedro María Peralta, Cristóbal García, Adolfo Harker y Geo von Lengerke. Realizar importaciones en forma conjunta fue una estrategia de estos comerciantes para sortear el problema de los altos costos de capital requerido y la fluctuación del costo de las aduanas.

Pero además en el caso de los comerciantes de Bucaramanga se observa el típico comportamiento de formación de redes de familias notables en el que sobresalieron dos clanes principalmente. Por un lado, el que se generó entre los liberales David Puyana, Ulpiano Valenzuela y sus parientes cercanos, incluyendo algunos extranjeros; y por otro, el que formaron conservadores como Adolfo Harker, Juan Crisóstomo Parra, Obdulio Estévez y Reyes González, entre otros. No obstante, los alemanes preferían tener más vínculos entre coterráneos, sobre todo cuando de fundar casas comerciales o de contratar apoderados y dependientes se trataba. Lengerke & Lorent, por ejemplo, desde el principio contaron con Hermann Hederich y los hermanos Christian y George Goelkel como sus más cercanos colaboradores. George Goelkel, por su parte, no solo fue apoderado de Lengerke durante muchos años, sino que paralelo a esa actividad, junto a su hijo Reinaldo trabajó con Guillermo Jones Benítez, César Gómez plata y Temístocles Paredes. Nada extraño, pues además de lazos comerciales y de amistad, los unían vínculos familiares (Duque Castro, 2005, 161).

Más inmigrantes alemanes, aparte de los ya mencionados, llegaron a Santander. Unos, como ya se dijo, fundaron casas comerciales, otros se dedicaron a la exportación de quina, muchos fueron empresarios agrícolas al amparo de la adjudicación de baldíos explotando otras posibilidades vegetales distintas de la lucrativa quina, como el añil, el cacao, el café, el balsa o las diferentes alternativas tales como las pieles de ganado vacuno, de tigres y caimanes, los sombreros de palma, las artesanías, etc. Bastantes de los apellidos de esos migrantes se prolongan hasta el día de hoy en el departamento de Santander y en menor escala en otras regiones, a nivel de sus descendientes: Fritsch, Spiegel, Schrader, Moller, Umbreit, Strauch, Hansen, Müller, Bluhm, Frebert, Hoffman, Hakspiel, Gast, Lubinus, Patersen, Lülle, Beltz, Koop, entre otros.

En orden ya no a proyectos comerciales o agrícolas, sino industriales, se destaca la labor adelantada en esa dirección por Leo Koop, quien en una primera instancia se estableció en la población del Socorro y en 1888 montó, junto con algunos coterráneos, el almacén Fenicia y la cervecería Alemana, preámbulo de la cervecería Bavaria.⁶

⁶ Sobre esta cervecería, fundada en 1889 en Bogotá, por Leo Sigfried Kopp, y caracterizada desde sus inicios por el trípode: la innovación, la alta calificación de sus empleados y la actualización tecnológica, véase al respecto el texto “Historia empresarial de Colombia, 150 años” publicado en *Revista Dinero* en septiembre de 2004.

Sobra decir que hacer un seguimiento sobre el desempeño comercial, empresarial, agrícola e industrial de cada uno de estos y otros inmigrantes alemanes —en lo que sería una investigación de largo aliento, que por cierto se le está debiendo al departamento de Santander y al país en general— excede las pretensiones de este ensayo.

A lo anterior, se suma un factor de orden subjetivo y es el excesivo detenimiento y énfasis de la vida de Geo Von Lengerke, en detrimento de la labor no menos significativa, pero hasta ahora silenciosa, como secuestrada por la historia, de los demás inmigrantes. Se ha privilegiado al individuo y hay, desde luego, motivos para hacerlo, pero en ese proceso, en el de colocarlo como un “hombre representativo”, se ha descuidado todo un contexto y toda una visión de conjunto.

A esa iconización de Lengerke contribuyó, sin duda, la formidable novela *La otra raya del tigre*, en la que su autor, Pedro Gómez Valderrama, privilegia el nombre del comerciante, el empresario y el constructor de caminos, y minimiza la labor no menos tangible y elocuente de los otros alemanes. Pero estaría en su derecho. Suele olvidarse que si bien Gómez Valderrama tuvo acceso a fuentes históricas, no menos cierto es que para alargar el hilo conductor de su bien logrado relato, se valió de una alta cuota imaginativa. De todos modos, y a riesgo de parecer contradictorios, por boca de Lengerke también hablaba la Alemania de su época, la realidad política, económica y cultural de su tiempo.

Hecha esta salvedad, volvemos a citar a Pedro Gómez Valderrama, a propósito de la llegada a Santander de más comerciantes germanos.

La cabalgata produce un soberano estruendo. Llegará a Zapatoca, donde ya Lengerke ha establecido la casa de comercio. El ruidoso grupo bebe brandy, va poco a poco saliéndose de sus cabales, y la cabalgata seguirá por años sobre los caminos de Santander. Llegaron los alemanes. Primero Rafael Lorenz, el primo de Lengerke; después Struch, Nortenos, Goelken, Hansen, Hederich, en la caravana bulliciosa de conquistadores pacíficos.⁷ Edificaban casas distintas, las decoraban con desnudos, traían de Europa frescas telas que convertían en cortinas, en edredones, en sábanas voluptuosas; traían porcelanas, arcones y cristal.

⁷ Los otros conquistadores, los que pisaron suelo santandereano en el siglo XVI no eran tan pacíficos. No los Alfinger o los Federmann. Véase: Arciniegas, 1941.

Al principio pareció absurdo a todos que tuvieran que sacar una botella de brandy para hablar de negocios; después en el club⁸ esa era la regla de oro del buen comerciante. En las afueras existía una casona, la quinta de Dohnsen, cuyo propietario vivía solo y había organizado un lugar de placer o coto de caza, donde en las horas nocturnas, al son de músicas fastuosas, se practicaban, según se murmuraba, ritos mágicos en los cuales interrumpían desnudas las mujeres de la alegre compañía que los alemanes habían integrado. En esas reuniones se sabía que bebían los licores que importaban y los que el país producía.

Los alemanes seguían llegando en la caravana continua. Unos se radicaban en Bucaramanga, otros dirigían sus pasos hacia Zapatoca o San Gil, orientados por la visión experta de Lengerke; su poder crecía, en poco tiempo Santander sería una de las regiones de más alto progreso. Soberbios trabajadores estos hombres. Algunos siguieron trabajando con Lengerke; otros se emanciparon y fundaron sus propias factorías.

Los que llegaban después seguían la caravana, se dirigían a Santander, unos traídos por el propio Lengerke, otros por amigos o parientes. En diez años la cabalgata colmó las provincias de Soto y del Socorro, de los hombres silenciosos y rubios que procreaban infatigablemente, regando ojos azules y matas de pelo dorado sobre la población. Los alemanes estaban en Santander, y se iban adhiriendo cada vez más, con compañeras, con hijos, con tierras a la vida de la región (Gómez Valderrama, 1977, 59-60).

Montebello o el poder hecho morada

A inicios de los sesenta, alternando simultáneamente con sus actividades comerciales en Bucaramanga, Lengerke se encuentra ya radicado en la población de Zapatoca. Cuna de sacerdotes, educadores, historiadores, periodistas, ingenieros, médicos, comerciantes y empresarios. Zapatoca ha hecho de la tradición un concepto dinámico y de su espíritu austero, previsor, ahorrativo y práctico, un propósito colectivo. En efecto, la actitud de sus habitantes ante la competencia económica, su temperamento de negociantes natos —agudos, perspicaces, recursivos y creativos—, su espíritu emprendedor, su consagración total y sin desmayos al trabajo, al punto de ser elevado casi a la dignidad de un sacramento, harían pensar (pese al calificativo de la “ciudad levítica” como también se

⁸ Probablemente el novelista se refiere al club de Soto, hoy Club del Comercio, del cual Lengerke fue uno de los fundadores y principales accionistas.

conoce a Zapatoaca), a nombre de un ejercicio asociativo, en una serie de valores y virtudes inherentes al protestantismo en general y al calvinismo en particular.

¿Suena disparatado pensar que Geo Von Lengerke percibió en este grupo humano parte al menos de los valores, virtudes y estereotipos que se consideran modélicos del alemán de ayer, de hoy y probablemente hacia futuro? ¿Acaso practicidad, laboriosidad, olfato comercial y espíritu empresarial, no formaban parte sustancial de su propio programa de vida, incluidos los amplios espacios, concedidos a la lectura, la música, el refinamiento y la ensoñación?

Al margen de eventuales antagonismos entre creencias religiosas, logra Lengerke con los pobladores de esta y otras regiones santandereanas un “acuerdo en lo fundamental” convirtiéndose, a fuerza de una coincidencia de objetivos, en uno de los principales intérpretes y dinamizadores del tesón santandereano. En verdad, este tesón legendario ya estaba más que de cuerpo presente en el pueblo santandereano de aquellos días, y lo que hizo Lengerke fue despertarlo, aprestarlo para metas más ambiciosas, desatarlo del nudo rural y provinciano en el que palpitaba oscuramente su corazón por entonces (Ortiz, 2008).

Si aceptamos que hay sueños que pueden llegar a ser realidad, la hacienda Montebello constituye un magnífico ejemplo. A medio camino entre una concepción feudal y renacentista de la existencia, Montebello, la otra *Icadia*, pretendió ser por parte de Lengerke la simbiosis no siempre afortunada entre romanticismo y pragmatismo. En esa simbiosis, la hacienda transmitía un mensaje de fondo: la invitación al progreso, a la angustiada urgencia de progreso. Bajo esta perspectiva, la hacienda no fue pensada como un escenario para el aislamiento, para que allí medrara a la manera de un “lobo estepario” su propietario, sino como un centro de poder en lo cultural y lo comercial. Montebello se constituirá así en el otro norte progresista que competirá en pleno de vasos comunicantes, mundano y secularizante, que competirá en mecanismos de control, cohesión y expansión con el otro norte: el de la parroquia. Una parroquia que lo dominaba y lo controlaba todo. En otras palabras, la región, la nación, la hicieron las sotas. La determinaron, la registraron, la estudiaron e influyeron poderosamente sobre ella. Tuvieron casi tres siglos para hacerla antes de que cualquier autoridad política de una importante envergadura lo hiciera. Ese otro norte, rígido, estático, que actuaba con profunda fuerza desde la tradición, era de hecho la antinomia, de los ideales impetuosos que encarnaba Geo von Lengerke, que al decir de Pedro Gómez Valderrama había sido “carbonario en Alemania y masón en Colombia” (Ortiz, 2008, 266).

Lo cierto es que los cuadros dirigentes del liberalismo radical —haya pertenecido Lengerke o no a esta *“fraternidad de ayuda”*— sí lo fueron, sí estuvieron adscritos a esta modalidad de *“secretismo”*, a esta fraternidad de corte internacional, a esta forma de sociabilidad que inculcaba y sigue inculcando entre sus miembros, la tolerancia, la rectitud moral, la prudencia, el rechazo frontal a todo tipo de discurso fundamentalista. Su ideal supremo: la libertad de culto, el de la razón. Su aristocracia: la de la inteligencia. Su objetivo de fondo: fomentar el crecimiento espiritual y material de la humanidad. Masones fueron entonces: José Hilario López, José María Melo, José María Obando y Tomás Cipriano de Mosquera, entre otros. Dentro del contexto regional que aquí interesa destacar, masones fueron: Eustorgio Salgar, Solón Wilches, Aquileo Parra, aparte de los principales comerciantes santandereanos. Núcleo este con el que Lengerke se interrelacionó de tú a tú. De otro lado, la constitución de 1857, mediante la cual se crea el estado soberano de Santander, entre otros estados, es de inequívoca filosofía masónica de acuerdo a la consagración de los siguientes derechos: la vida, la libertad personal, la libertad de cultos, la libre asociación, la libre empresa, la propiedad, la inviolabilidad del domicilio y la libertad de educación.

A mediados del siglo XIX, apareció una francmasonería vinculada al liberalismo radical inspirado en la revolución de 1848 en Francia, que implicó un ataque frontal a las prolongaciones del poder del catolicismo. En esta última etapa nació una red de logias y un espectro de sociedades de ideas que promovieron la separación entre la Iglesia católica y el Estado, el fomento de sistemas laicos de educación. Esta fue la etapa del liberalismo radical que aupó un conflicto a la vez social, económico, político y religioso. Un conflicto en que participaron por lo menos tres fuerzas históricas de la sociedad latinoamericana de aquella época: de una parte, la élite reformista liberal; de otra, la Iglesia católica aliada con el laicado conservador; y el artesanado urbano que hizo alianzas episódicas y traumáticas con las otras dos fuerzas. A ese conflicto —en medio de la divulgación por parte de la masonería de determinados valores de la democracia moderna, como las libertades de expresión, de asociación y de afiliación religiosa— perteneció la situación colombiana. Fue también la masonería expresión de cosmopolitismo en las élites hispanoamericanas, como centro de proyección, de propósitos secularizadores, como núcleo de una red de sociabilidad cultural y como actividad organizativa y hegemónica de círculos restringidos de individuos (Loaiza Cano, 2004, 125).

Volvamos a Montebello. Queremos ver en dicha hacienda, ubicada en las riberas del río Chucurí o Sogamoso, el amplio espacio concedido a un proyecto modernizador. Pero quizás lo más importante es que Lengerke quiso hacer de Montebello un espejo hecho a su imagen y semejanza. En esa intencionalidad, la mejor biografía de este inmigrante la hará su propia casa, su propia hacienda. Oswald Spengler, el controvertido autor de *La decadencia de Occidente*, sabía a ciencia cierta lo que a nivel físico, simbólico y humano, significan las casas, determinadas casas, por aquello de que el “alma de los hombres y el alma de sus casas son una y la misma” (Spengler, tomo II, 1983, 145). Casa entendida en últimas como “morada primordial del ser”, como prolongación de una corporeidad y de una memoria, de ciclos vitales interrumpidos o de largo aliento. Casas en que sus cimientos, muros, techos y paredes son a la par que recios y consistentes, coherentes y consecuentes con un discurso, con unos códigos ancestrales transformados por otras vías —tal es el caso de Montebello— en largos corredores, en Zaguanes, en solares y caballerizas y numerosas habitaciones.

Casa con alma. Alma para la ensoñación y alma para la acción; alma asumida como pura fuerza de ser y alma asumida como arrolladora fuerza expansiva. Alma impregnada en ocasiones de templanza, voluntarismo y austeridad, y otras, de boato y voluptuosidad. Alma para permitirse albergar la molicie, y alma diseñada para la productividad. Alma y casa leídas como totalidad: abrigo, memoria, lugar del tedio y escenario de pasiones, nombrables unas, innombrables otras, espacio de confesión y de transgresión, estatismo y danza, una casa inseparable de los contactos íntimos de la alcoba invitando a darle cabida a los más atrevidos y temerarios encuentros sexuales.

Hay un hecho singular en la existencia de Lengerke: la fundación de Montebello. Lengerke importó para montar en Montebello una de las más grandes maquinarias de ese entonces, aspirando a la fabricación de azúcares y chocolates, a la destilación en gran escala de alcoholes y de todas clases, pilanza de arroz y de café, molida de toda especie de granos, aserraderos de madera, etc. En Montebello se formó pronto una numerosa población urbana, con capilla católica, cementerio general, hospital, hostería, tiendas, cantinas y muy buen mercado público. Mantenía Lengerke en esa hacienda una trescientas mulas para movilizar la numerosa carga de mercancías extranjeras con las que proveía sus depósitos y almacenes de Zapatoca, San Gil, Socorro y Bucaramanga, a la vez que para conducir a Barrancabermeja, en vía para el exterior, sus grandes cargamentos de tabaco en rama, sombreros de jipijapa, café, tagua, cacao, anís, añil, otros

tintes vegetales y, desde luego, la corteza de la quina (Ardila Díaz, “Prólogo”, en Serrano, 1948, 112).

Pero no fue Montebello la única posesión que tuvo Lengerke. También fue propietario de la hacienda “Del corregidor”, de la hacienda de “El florito”, de la hacienda “Mayoría” de “Bahado-hondo” en Girón dedicada a la explotación de tabaco. Otra de sus propiedades fue “El potrero de Marta”, que colindaba con los caminos de Sogamoso y Lebrija. En 1870, en orden a lograr más prontitud en el despacho de sus variadas cargas de productos, el alemán mandó construir la bodega de Sogamoso, dada su posición estratégica, como correspondía a su cercanía con el río Magdalena. De hecho, el extranjero, con gran visión y también con gran oportunismo, aprovechó que Montebello se hallaba ubicada geoestratégicamente en el corazón mismo de sus actividades comerciales y de exportación, pues desde ella podía acceder al río Magdalena fácilmente por Barrancabermeja, a través del río Sogamoso. Lo cual con otras palabras significa que convirtió esta hacienda en un eje central para dirigir, usufructuar y controlar gran parte del territorio ubicado particularmente en las cuencas de los ríos Sogamoso y Lebrija.

Contra el aislamiento

Independientemente de los altos beneficios personales que ciertamente Lengerke pudo obtener por cuenta de las tierras próximas a Montebello, o del privilegio de cobro que obtuvo de los derechos de peaje a los usuarios de la vía, cumplida la etapa correspondiente a la apertura de los caminos, no menos cierto es que Lengerke —quien de tiempo atrás disfrutaba de una bien conquistada aureola de prestigio, sumada a los votos de confianza que las élites locales le extendían y le renovaban, por parte sobre todo de Solón Wilches— tuvo por estas y otras razones, merecedoras algunas de controversias, y aun de pleitos judiciales, la exclusividad de una gama de contratos y licencias para construir y reconstruir vías de comunicación denominadas de utilidad pública. Teniendo en cuenta estos antecedentes, Lengerke tenía ahora la oportunidad de materializar lo que en su caso tenía características de obsesión: liberar a Santander del “síndrome del caracol”, o del de *Robinson Crusoe*, al construir como construyó vías de acceso al río grande de la Magdalena, como lo llamaron durante largo tiempo los españoles. Con o sin incumplimientos, con o sin retardos, con o sin la utilización de “prácticas distractivas”, haciéndose acreedor o no a multas por estos motivos, Lengerke tiene perfectamente claro lo siguiente: estas vías, la construcción o reconstrucción de ellas, tienen que estar previstas en orden a impulsar el inter-

cambio comercial, conduciendo simultáneamente, como dice la historiadora santandereana Clara Inés Carreño Tarazona, varias veces citada, a “los diferentes grupos de comerciantes nacionales y extranjeros desde y hacia la costa Caribe a través del río Magdalena” (2009, 23).

¿Si ese hombre, que como el santandereano es esencialmente *carácter*, y si desde ese carácter, es a la manera de un acto reflejo, un hombre fuerte, de “valor” como hacer, parece preguntarse Lengerke y el resto de alemanes que lo secundan en sus proyectos, para que pueda emerger airoso de su trágico aislamiento individual y colectivo? La respuesta explícita a ese dilema la dará el propio empresario levantando puentes y construyendo caminos, con el fin de que ese *carácter*, de que eso que es “pura fuerza de ser”, se irradien desde la externalidad. Por eso, aparte de la intencionalidad puramente práctica y funcional, los caminos son para Lengerke caminos “civilizadores” (Ortiz, 2008, 102).

Permeado a fondo por la cultura, la cotidianidad y el temperamento santandereano (Sombard, 1972) este burgués culto como pensado por Werner Sombard en su ya clásico texto, no puede sin embargo prescindir de una visión eurocentrista (y no se trata además de que prescindiera radicalmente de ella) y de la que participaba también la dirigencia local y nacional en el sentido de crear a través de sus obras de infraestructura, realizadas a nombre de la organización y el progreso, una suerte de “geografía simbólica de Europa”, de una Europa en donde para esas fechas, la política, las letras, la industria y el comercio estaban a la orden del día.

Larga es la lista de los caminos que en el espacio de veinte años construyó este infatigable obrero del progreso en territorio del estado soberano de Santander. El primer contrato lo celebró el 2 de enero de 1860 con el ayuntamiento de Zapatoca para reparar y rectificar completamente la vía entre esa población y el punto de Naranjito pasando precisamente por San Vicente de Chucurí.

Precisamente entonces funda en Naranjito, que desde entonces pierde ese nombre, su famosa hacienda de Montebello. Este contrato fue la base para que tres años más tarde celebrara con el Gobierno del estado para construir el camino de Zapatoca a Barrancabermeja. La historia de los caminos construidos por Lengerke se inicia con la invitación hecha a los ciudadanos que quisieran obtener privilegio sobre ellos, hecha por el secretario general del estado don Miguel Leonidas Gutiérrez, desde el Socorro en abril 2 de 1863, y publicada en el No. 167 de la *Gaceta de Santander*. Desde entonces, el señor Lengerke contrató, construyó y obtuvo privilegio sobre los siguientes caminos: el de Zapatoca a Barrancaber-

meja, que se llamó de cañaverales, partiendo desde un punto intermedio entre Bucaramanga y Rionegro, hasta el puerto de Botijas sobre el río Lebrija; el de Girón a la Ceiba; el que partiendo del caserío de Lincoln o aguada en dirección al tablazo, unió el camino de Sogamoso con el de Barrancabermeja; el de Girón al puerto de Marta en el río Sogamoso, y además un puente de alambres sobre este último río y el famoso, primero del país en su tiempo, que lleva todavía el nombre de puente Lengerke, sobre el río Suárez (Rodríguez Plata, 1968, 108-109).

Este mismo autor da fe del proceso de transculturación sufrido por Lengerke, de un Lengerke que de tiempo atrás había dejado de sentir que estaba de paso y que, por el contrario, se había integrado a lo nuevo y diferente que Santander le ofrecía.

Su mesa era abundante y espléndida pero sus comensales tenían que estar alerta, porque preparaba unas salsas en que el ají estaba listo a dar su más desesperante picor, que a veces mezclaba hasta en el chocolate. En todos sus famosos cocteles reunía todas las capas sociales, pues en una totuma grande vertía el rubio champán, el rosáceo coñac, los exquisitos vinos del Rhin y el indígena y popular guarapo. Amaba entrañablemente a su madre, pero ella tampoco se libraba de los sobresaltos que le daba, enviándole pieles de culebras, de tigres, al lado de cuadros de mariposas y exóticas aves disecadas, así como artefactos hechos por los indios. Hablando de indios, a los diez años de haber culminado la construcción del camino a Barrancabermeja tuvo que sucumbir ante unos indígenas que defendieron su tierra a sangre y fuego: los feroces yariguíes. En efecto, para 1878 el camino estaba completamente abandonado (Rodríguez Plata, 1968, 107).

El otro rostro de la vorágine

Dueños de un valor fuera de serie, los yariguíes hicieron del coraje una religión: la ciega y sangrienta religión del coraje. Ni la cruenta España de la conquista, ni la república lograron permearlos. En sus enclaves naturales, a lo largo de las riberas de los ríos Opón y del Carare, y como haciendo otra lectura de *La vorágine* de José Eustasio Rivera, el tema de los yariguíes nos sumerge en un gran interrogante: ¿cómo invadir sin traumatismos las selvas del Opón y del Carare para extraer de ellas la quina, el caucho o la tagua silvestre —con la pretensión de acceder posteriormente con estos nuevos y prometedores productos a los mercados europeos—, cuando los seres humanos, en este caso los yariguíes, viven en un lugar, la selva, bajo una concepción mítica, mágica, sin testigos, sin luz del sol; cuando las relaciones entre estos seres humanos y los que intentan

invadir sus territorios, pueden describirse en términos de presa y depredador? ¿No tiene acaso la selva su propia psique, sus propias leyes, sus propios procesos? Desde luego, estas son interpretaciones, y ya se sabe que el verbo interpretar con frecuencia es traicionero. Aquí solo caben las dicotomías con su inevitable carga de arbitrariedad, de preconceptos, de categorías que hicieron posible el mundo occidental, pero que aquí en la espesura de los bosques vírgenes enmudecen y pierden vigencia ante lo que siempre se ha llamado el misterio. Y el misterio aquí es la selva. El misterio son los yariguíes. Lengerke no puede evitar incurrir desde su eurocentrismo, parcialmente atenuado desde la simbólica y romántica recreación del “mito del buen salvaje”, dados los incesantes ataques de los indígenas contra sus buscadores de quina, y sus obreros, rompiendo la selva para trazar los caminos, aplicando el conocido esquema de civilización versus barbarie. ¿Qué es para él la barbarie? Lo que se opone desde su cartografía mental, desde una razón instrumental a la noción del progreso, lo que se opone a la penetración económica de regiones pobladas por “salvajes”, por razas “inferiores”.

...Yo no estoy en posesión actual del privilegio que se me concedió para la apertura de aquel camino (del camino de Zapatoca a Barrancabermeja); ¿y por qué? Porque los salvajes de los desiertos que habitan en los bosques que atraviesa el camino se han apoderado de él y en él han sacrificado a pasajeros jornaleros, razón por la cual desde enero del presente año (1878) no he encontrado ni a peso de oro jornaleros ni arrieros que quieran trabajar ni conducir arrias por aquel camino, por temor de ser sacrificados por las flechas de los salvajes. Razón por la que hoy me veo en la imprescindible necesidad de renunciar, como formalmente renuncio, al privilegio que tengo en el camino. (Aprile-Guiset, 1992, 373-374)

Con relación al tema de los yariguíes, la historia no ha sido indulgente, ni puede serlo con Lengerke. A ese respecto, estudiosos como Jacques Aprile-Guiset no vacilan, aunque con exageración, en colocar al empresario alemán como uno de los principales exterminadores de esta aguerrida etnia, haciéndolo portavoz para fundamentar esta condenable acción de un engranaje ideológico que en últimas llevó a la creación de una concepción eurocéntrica del mundo, a un proceso de legitimación, justificación y magnificación de la superioridad de los pueblos civilizados de Occidente. A nombre de un discurso centrado en el capitalismo mercantilista europeo del siglo XIX —compartido, por cierto, por

el grueso de la élite comerciante y política del estado soberano de Santander— Lengerke no ahorra calificativos despectivos, racistas y excluyentes al referirse a estos pobladores de las selvas del Opón y del Carare, como tampoco desestima la confrontación armada para neutralizarlos.

Os pido que autoricéis al poder ejecutivo para que de acuerdo con empresario del camino a Barrancabermeja, dicte todas las medidas necesarias para reducir o ahuyentar las tribus salvajes del Chucurí, y para impedir en lo sucesivo nuevos atentados. Debéis autorizarle para que haga los gastos que tales progresos exijan, sino deseáis que se arruinen todos los establecimientos del Chucurí, y que vuelva a dominar en aquellas regiones la barbarie, a la cual con el camino al Magdalena había ya reemplazado la civilización. Si queréis evitar la ruina de la empresa y la pérdida del comercio en los departamentos de Guaneté, Socorro y Soto, dictad, ciudadanos diputados las providencias que respetuosamente solicito. Socorro, octubre 18 de 1869. Geo Von Lengerke.

Cierto es que Lengerke se preocupó por estudiar las costumbres de estos indígenas, al punto de publicar en la revista *Zeitschrift für ethnologie* de Berlín, correspondiente al año de 1878, una serie de palabras propias del dialecto de esta etnia. Gesto que sin embargo no logra minimizar su lamentable protagonismo en lo que a la larga resultó ser el total aniquilamiento de este grupo humano. Contó para ese accionar con el beneplácito, el concurso en hombres y en armas, el apoyo y el respaldo de la dirigencia política y regional. Esto para no mencionar los daños ambientales ocasionados en la que fuera su amplia expansión territorial. Su frío, utilitario y positivista razonamiento no entendía cómo un grupo minoritario de “salvajes”, “barbaros” y “caníbales” pretendía impedir la llegada del progreso a una región que según cálculos estaba rodeada por miles y miles de hectáreas fértiles. Aquí se pronuncia, pues, un hombre y con él muchos que consideraban que los yarigués no eran un linaje capaz de mejorar, y que por lo mismo su desaparición de la familia humana no sería gran pérdida para el mundo.

Del cenit al ocaso

1878... Solo le quedaban a Lengerke cuatro años más de vida. Tres sucesos dramáticos en sus respectivos escenarios lo sumieron en un profundo desaliento: el primero como consecuencia de las tensiones sociales que venían incubándose

de tiempo atrás y que estallaron con furia incontenible en la ciudad de Bucaramanga los días 7 y 8 de septiembre de 1879. Los protagonistas de este desborde popular fueron los miembros de la sociedad democrática más conocida como “La culebra pico de oro”, sociedad que fue pensada para proteger los intereses del sector artesanal. Esta sociedad, que también llegó a tener redes clandestinas, le atribuía su bancarrota, y en toda su acusación hay verdades completas, parciales o ninguna, con respecto a la inundación de importaciones que siguió a la liberalización del comercio, hecho que llevó a la quiebra a muchos artesanos incapaces de enfrentar ese desventajoso nivel competitivo. Vistas así las cosas, desde la óptica del sector artesanal y manufacturero, por cuenta de los comerciantes bumangueses y alemanes corría la “maldición de la riqueza”, es decir el monopolio de la economía. Más allá de las desigualdades raciales, sociales y de castas y de los alardes de arrogante superioridad de los comerciantes alemanes y bumangueses, no se puede afirmar de plano que el liberalismo económico fuera necesariamente un elemento regresivo desde el punto de vista económico o que impidiera el tránsito hacia el capitalismo en Colombia. Dicho capitalismo representaba una opción fundamental, toda vez que pretendía romper con los esquemas tradicionales de unas fuerzas productivas atrasadas y una organización servil y/o familiar del trabajo. No obstante, vale la pena subrayar que no siempre los procesos económicos se corresponden con lo que sucede en el terreno de la política.

La época liberal que se inicia en 1850 fue interpretada como una seria amenaza para su supervivencia. Los sectores artesanales, representados en las sociedades democráticas, reflejaron la imposible alianza entre las expresiones del capital comercial —de Lengerke, libertario y antifeudal que sin embargo aceptaba las sociedades basadas en las grandes haciendas y reglamentadas por la Iglesia— y los amplios sectores del pequeño artesanado de Bogotá y Bucaramanga que de hecho demandaron la igualdad política como medio para salvar las bases de su vida económica. Evidentemente, el artesanado de la década del cincuenta lucha por su derecho al trabajo, del que los desplazaba la gran industria inglesa al cambiar tabaco, añil, algodón y oro por textiles de uso popular y por los otros artículos de consumo de lujo que exigían los terratenientes y comerciantes de la época. Estos pretendían igualar a la burguesía europea en su tren de vida sin tener que hacer mayores esfuerzos en la producción. Por tal razón, a estas redes dominantes les pareció un gran despropósito las medidas proteccionistas que reclamaban los artesanos, pues atentaban contra sus lujos, y menos les gustaron

las propuestas tributarias de gravar tanto las exportaciones como el patrimonio de las personas.

Lo que salta a la vista en esta situación es que un pequeño sector del pueblo, que ha escapado en una u otra forma de una servidumbre rural que arrancaba desde la colonia y encontrado un oficio en aquellas ciudades, y que ahora se dedica a la confección manual de mercancías, es progresivamente arruinado por la desprotección estatal de sus actividades frente a la competencia de la gran industria febril europea. Si se hubiera tratado de proteger la artesanía, la política tendría que haber ido mucho más lejos, como en algunas ciudades de Europa donde los gremios artesanales eran muy poderosos. Allí no solo se prohibieron las importaciones y se fijó un arancel protector contra la competencia externa, sino que se crearon monopolios de producción y ventas, se reglamentaron las licencias de producción, se proscribió emplear personas no integrantes de los gremios, o sea se frenó la conformación de un asalariado libre y no solo contra la competencia externa sino contra las que suponen los métodos de producción manufactureros y fabriles (Kalmanovitz, 2005, 139-140).

La anterior cita, a pesar de la solidez argumentativa que la enmarca (de ahí que haya sido valorada y tenida en cuenta), no puede evitar, sin embargo, una tendencia generalizada en este punto: la de descalificar a los exponentes del librecambismo y la de magnificar al bando contrario, el de los artesanos. ¿Quién ha dicho —preguntamos— que el proteccionismo por sí mismo tenía la virtud de hacer desarrollar una industria manufacturera o artesanal? ¿Se han detenido los detractores del libre cambio a reflexionar en el hecho, por cierto primario, de que el proteccionismo concedía privilegios sin el esfuerzo de mejora continua que exige la competencia industrial obligando a los consumidores a pagar altos precios por los productos? ¿Cómo podía pretender, entonces, un país como Colombia vender sus productos al exterior si a su vez no adquiría e importaba productos de los países extranjeros?

Dos días que se escribieron con sangre

Obviamente no era la lógica que se impuso durante los días 7 y 8 de septiembre de 1879. La que se impuso, si es que eso es una lógica, fue la de la violencia, la de las consignas xenofóbicas, la del asesinato, la de la destrucción de establecimientos comerciales, la del saqueo. La de acusar a los alemanes de “mantener latente a todas horas la pasión de la lujuria que los domina y de propalar la embriaguez de tal modo en Bucaramanga, que hoy la juventud está aquí completamente

perdida”. En efecto, en esos dos días muere asesinado el coronel Obdulio Estévez, de filiación conservadora; igual suerte corrieron los ciudadanos alemanes Christian Goelkel y Germán Hederich. Otros dos ciudadanos germanos, Ernesto Müller y Alberto Fritsch, fueron el uno gravemente herido y el otro, golpeado salvajemente. La consecuencia inmediata y también hacia futuro como resultado de los enfrentamientos entre los “pico de oro” y los empresarios y comerciantes extranjeros y bumangueses, fue la de un visible atraso en las actividades económicas que afectó a las partes en conflicto. Más de un comerciante santandereano emigró, como en el caso de José María Valenzuela, otro tanto hizo Guillermo Schrader con su esposa Isabel Valenzuela, mientras que sus hijos optaron por radicarse en Alemania. Lo propio hizo también Leo Koop, que se radicó en Bogotá, lo mismo hizo Santiago Samper Bruschi y, en igual emulación, entre muchos otros, los hermanos Mariano y Federico Tovar. Como suele ocurrir en este tipo de enfrentamientos, el malestar se habría podido conjurar si se hubiera permitido la mediación de la cordura y la moderación.

Conflicto de intereses

El segundo factor que afectó en materia grave a Lengerke fueron los constantes pleitos que mantenía con Manuel Cortissoz, dado el interés común que ambos habían demostrado por la explotación de la quina a gran escala.

Las ya varias veces citadas historiadoras Clara Inés Carreño Tarazona y Cintya Alexandra Maldonado Cruz proporcionan una versión documentada y puntual sobre esta fuerte rivalidad:

Cortissoz era dueño de la hacienda la paz, sobre el camino de Barrancabermeja, y Lengerke poseía la hacienda de Montebello, con un área cercana a las 12.000 hectáreas de extensión, dos puntos estratégicamente situados en medio de los bosques donde se encontraba la quina. Esto explica la demanda que interpuso la casa comercial Lengerke por daños y prejuicios ocasionados por la retención de numerosas cargas de quina a manos de los peones de Cortissoz durante el año 1881, los constantes pleitos entre los dos empresarios obligaron a Lengerke, con todos los traumatismos económicos que implicaba, trasladar continuamente su movimiento mercantil desde Montebello hacia el camino a Barrancabermeja o a Sogamoso. De manera que el monopolio de las rutas quínicas fue el que originó la disputa, durante años, entre Lengerke y Manuel Cortissoz. (Carreño & Maldonado, 2009, 30)

El tercer factor de crisis, estrechamente conectado con el segundo, y que afectó tanto a Lengerke como a Cortissoz, fue la vulnerabilidad de la quina frente a las oscilaciones del mercado mundial donde simultáneamente crecía la oferta de la corteza y bajaban los precios. Como puede apreciarse, esta corteza medicinal dejó de ser un negocio rentable, dejando en empresarios como Lengerke, un bagaje de ilusiones perdidas, y de cuantiosas pérdidas materiales. Esta baja sensible del precio de la quina en el mercado internacional coincide con un Lengerke deteriorado físicamente y entregado de tiempo completo al consumo de bebidas alcohólicas. Así las cosas, el cuatro de julio de 1882, falleció en Zapatoca, en una antigua casona de su propiedad. A continuación, fue sepultado en lo que hoy se conoce como el cementerio antiguo de esta población. Allí reposan sus huesos. En una de las más formidables expresiones del territorio santandereano. Tierra, paisaje y alma colectiva que él, Georg Ernst Heinrich Von Lengerke, amó hasta el *delirium tremens*. Paz en su tumba. Paz en las tumbas de Abraham y Emilie, los progenitores de un hombre de excepción al que ellos y Alemania procuraron educar en la “dignidad del peligro”, en la “dignidad del esfuerzo”, y en la “la dignidad del trabajo”.

A manera de conclusión

Lengerke, como la gran mayoría de los alemanes que pisaron suelo santandereano a mediados y en las postrimerías del siglo XIX, más que la pretensión de ser terrateniente (aunque en honor a la verdad también lo fueron), tuvo el indiscutible acierto de haber abierto los ojos del santandereano de la época hacia el mundo exterior, impulsando el comercio, la industria, la educación y las vías de comunicación. En el fondo, estos hijos de la segunda unificación del Imperio Alemán, quisieron demostrar en pleno auge del liberalismo radical su fe en la razón, la ciencia y el progreso, unida al testimonio de adhesión frente a las innovaciones técnicas y científicas, advertido en su compenetración y participación activa con la “cultura de los ferrocarriles”, con la de las “máquinas cosechadoras”, con la de la “navegación a vapor”. En ese contexto y beneficiado, y a la vez promotor de “redes de contactos”, Lengerke casi desde el momento mismo de su llegada a Santander muestra en sus no siempre transparentes actividades económicas, la intención de forjar, a partir de su experiencia europea, unas herramientas de progreso y de comunicación para la agreste y aletargada región. No dejan de parecer, como por acertadas nos parecen, inspiradas desde

la parábola vital de Lengerke, las profundas y comprometedoras palabras que en alguna ocasión pronunciara Tomas Edward Lawrence:

Todos los hombres sueñan, pero no todos lo hacen del mismo modo. Aquellos que sueñan de noche en las polvorientas recámaras de sus mentes se despiertan de día para darse cuenta de que todo era una vanidad, pero los soñadores despiertos son peligrosos, ya que ejecutan sus sueños con los ojos bien abiertos, para hacerlos posibles. (Lawrence, 2005, 49)

Una vez más, paz en su tumba. Paz a quien en vida encarnó con mayúscula las antinomias inherentes a todo ser humano de carne y hueso que se respete y en donde unas merecen más indulgencias que otras: luz y sombra, armonía y desorden, placer y hastío, cumbres y abismos, soberbia y humildad, amores y desamores, libertad y fatalismo, vida y muerte, silencio y grito. Paz a quien actuó bajo el marco de una pedagogía liberal y modernizante destinada a interpretar y dinamizar el proverbial tesón santandereano. Bajo ese norte, no le importaron, como dice Horacio Rodríguez Plata, “los límites artificiosos que le imponía una sociedad pacata ni tampoco lo detuvo la conformidad ambiental, chocó contra una tradición de fuerte trasfondo hispánico y sin violentarla pudo modificarla en gran parte” (Lawrence, 2005, 125).

A la pregunta por su descendencia, aparte de los numerosos hijos naturales que se le atribuyen, Lengerke tuvo dos como resultado de su unión con Benita Vargas: Guillermo y Federico. Este último murió trágicamente en Bucaramanga en 1926,⁹ pero ha llegado su descendencia hasta nuestros días.

En otro contexto, la historia de vida de un hombre como Geo von Lengerke sujeta al ritmo del hacerse y del deshacerse, en constante claroscuro, unas veces elevada y renovada y otras aniquilada desde la base misma, reclama un guión cinematográfico diferente a los que con mayor o menor fortuna¹⁰ se han hecho

⁹ Policía departamental de Santander. Oficina de investigación criminal. Causa seguida contra Elías Reyes, por el delito de homicidio de Federico Lengerke, legajo n.º 24, Fl. 60, 12 de mayo de 1926.

¹⁰ Entre los intentos más dignos de mención figura el documental *Licht verlenerer Wege. Die Kolumbianische legende Geo von Lengerke* (*Luz de caminos perdidos. La leyenda colombiana de Geo von Lengerke*), Anita Avproduktion, Berlín, 1997, un film de Mechthild Katsorke. En efecto, dicho documental con buen criterio, realizó tomas que muestran los caminos de Lengerke, por supuesto, con recuas de mulas cargadas y conducidas por arrieros; rústicas y hermosas casas de haciendas; sembrados de café y tabaco, además del trabajo manual y del tejido del sombrero, sacándole al fique todo el provecho posible. El documental privilegió además el testimonio oral desprendido de entrevistas efectuadas a personas residentes

sobre el personaje en cuestión. Uno de los intentos más desafortunados fue el seriado televisado que se basó en la novela *La otra raya del tigre* (1993). Esta historia, de formidable fuerza expresiva, poder descriptivo y aguda penetración psicológica en el texto de Pedro Gómez Valderrama, fue adaptada desarticulada y simplistamente en la versión para la pantalla chica, y llevó al televidente a hacerse cómplice involuntario y descontextualizado de ese montaje desarrollado de una forma insustancial, sin fluidez, ni emoción, privilegiando las proezas sexuales del protagonista, relatado con prisa, con amarillismo y con frivolidad. Ojalá un director de cine al estilo de Herzog, Saura o Almodóvar, y un protagonista, del corte de un Klaus Kinsky, den fe de este empresario y aventurero de excepción y del núcleo humano y regional que lo acogió. No es casual entonces que luego de su muerte las autoridades locales del estado soberano de Santander honraran su memoria y ejecutorias mediante el siguiente acto protocolario:

El presidente del estado soberano de Santander; considerando: que es un deber de los gobiernos tributar el homenaje de su reconocimiento a los obreros del progreso y del engrandecimiento de los pueblos. Que el caballero alemán, Geo von Lengerke fue en los treinta y dos años de su mansión en Santander, activo y perseverante, sustentador de varias obras de importancia para el progreso material del estado, debiéndole las ciudades de Bucaramanga y Zapatoca, donde fijó su residencia, gran parte de su mejora local y el notable desarrollo que ha alcanzado el comercio de aquellas secciones del estado, decreta: Art 1º- Siendo motivo de justa condolencia el fallecimiento del señor Geo von Lengerke, acaecido en la ciudad de Zapatoca, la tarde de ayer, el gobierno recomienda a la gratitud de los pueblos su memoria, por haber sido entre los hijos del viejo mundo, venidos a este país, el primero entre ellos que consagró su capital y poderoso espíritu progresista al más alto desarrollo del comercio, de la agricultura y de varias mejoras materiales. Art. 2º- Las bandas de la fuerza pública del estado ejecutarán una retreta fúnebre en la plaza principal de esta ciudad, el jueves próximo, en honor a la memoria del señor Lengerke. Art. 3º- Dos autógrafos de este decreto se remitirán, uno al ministro residente del imperio alemán en Bogotá para

hoy en los diferentes lugares que hicieran las veces de vivienda transitoria o permanente del alemán tales como Zapatoca, Galán, La Fuente, Betulia, Guane, Barichara, Bucaramanga y el Socorro, quienes desde la mitificación o la realidad, se pronunciaron sobre la impronta de este personaje.

que sirva hacerlo conocer a la familia del finado, y otro al señor cónsul de la misma nación en Bucaramanga. Publíquese y ejecútese- Dado en el Socorro, a 5 de julio de 1882- Solón Wilches.- El secretario de gobierno, Ignacio B. Caicedo.¹¹

De esta manera, el estado soberano de Santander reconocía y destacaba en tono solemne y grandilocuente las ejecutorias de un hombre que había estado motivado en vida bajo la convicción de que la tecnología y el conocimiento aplicado a la productividad conducirían al colectivo hacia el progreso, hacia la libertad y hacia el bienestar. Ese convencimiento no era solo de él. Es la ideología que subyace en todo pragmático que se precie de serlo (Martínez González, 1994, 65). Lo cual, sin embargo, nos obliga a hacer una vez más la siguiente salvedad: desde todos los tiempos personalidades como las de Lengerke se han negado a toda forma de encajonamiento o de esquemas de tendencia reduccionista. En esos gestos hay grandeza y, a veces, el temple de una tragedia.

Bibliografía

Fuentes primarias

Gaceta de Santander. Socorro: 1864-1886.

Gaceta de Santander. Socorro. Viernes 7 de julio de 1882. N° 1580.

Policía departamental de Santander (oficina de investigación criminal). *Causa seguida contra Elías Rey S. por el delito de homicidio de Federico Lengerke*. Bucaramanga: 12 de mayo de 1926, legajo No. 24, Fl 60.

Bibliografía primaria

AA.VV. *Fotografía en el gran Santander. Desde sus orígenes hasta 1990*. Bogotá: Banco de la República, 1990.

Acevedo Díaz, Mario. *La culebra pico de oro*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.

Aprile-Guiset, Jacques. *Génesis de Barrancabermeja*. Bucaramanga: Instituto Universitario de la Paz, Departamento de Ciencias Sociales, 1997.

———. *La ciudad colombiana. Siglos XIX y XX*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1992.

¹¹ Gaceta de Santander (Socorro), viernes 7 de julio de 1882 N° 1850.

- Arciniegas, Germán. *Los alemanes en la conquista de América*. Buenos Aires: Losada, 1941.
- Ardila Díaz, Isais. *Zapatoca*. Bogotá: Ariel, 1982.
- Arenas, Emilio. *La casa del diablo. Los puyana: tenencia de tierras y acumulación de capital en Santander*. Bucaramanga: Impresores colombianos, 1982.
- Biermann Stolle, Enrique. *Distantes y distintos. Los inmigrantes alemanes en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2001.
- Dávila Ladrón de Guevara, Carlos. *El empresariado colombiano. Una perspectiva histórica*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1986.
- Escobar, Alberto. “La cicatriz de Lengerke”. *Barichara: 300 años de historia y patrimonio*. Alberto Escobar y María Soledad Reyna (eds.). Bogotá: D’Vinni, 2005.
- Gallo M., Luis Álvaro. *Personajes extranjeros llegados a Colombia*. Luis Álvaro Gallo Martínez (ed.). Bogotá, 2009.
- García Estrada, Rodrigo de J. *Los extranjeros en Colombia*. Bogotá: Planeta, 2006.
- Gaviria Liévano, Enrique. *El liberalismo y la insurrección de los artesanos contra el libre comercio*. Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2002.
- Gómez Valderrama, Pedro. *La otra raya del tigre*. Bogotá: Siglo XXI, 1977.
- García, José Joaquín. *Crónicas de Bucaramanga*. Bogotá: Imprenta y librería de Medardo Rivas, 1896.
- González de Cala, Marina. *El club del comercio y Bucaramanga. 125 años de historia*. Bucaramanga: Club del Comercio de Bucaramanga, 1997.
- Gavassa, Edmundo. *Reminiscencias del comercio bumangués*. Bucaramanga: América Editorial, 1983.
- Harker Valdivieso, Roberto. *Bucaramanga. Los inmigrantes y el progreso, 1492-1992*. s.l., s.e, s.f.
- Martínez González, Serafín. *La imaginación liberal: hipótesis para una lectura de “La otra raya del tigre”*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1994.
- Ortiz, Álvaro Pablo. *Geo von Lengerke, constructor de caminos*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2008.
- Rodríguez Plata, Horacio. *La inmigración alemana al estado soberano de Santander en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Kelly, 1968.
- Rueda Cáceres, Liliana. *En cuerpo y alma: casas bumanguesas 1778-1966*. Bucaramanga: Editorial UNAB, 2005.

- Serrano Gómez, Luis. *Geo von Lengerke*. Bucaramanga: Imprenta del Departamento, 1946.
- Silva Rangel, Heriberto. *Barichara. Retazos históricos de mi pueblo*. Bucaramanga: La Bastilla, 2001.
- Valbuena, Martiniano. *Memorias de Barrancabermeja*. Bucaramanga: El Frente, 1947.
- Valderrama Benítez, Ernesto. *Real de minas de Bucaramanga 1547-1945*. Bucaramanga: Imprenta del Departamento, 1948.
- Volkening, Ernesto. *Evocación de una sombra*. Bogotá: Ariel, 1998.
- Wolf, Reinhard. *100 Jahre deutsch-kolumbianische beziehungen 1845-1945: Kolumbien*, Druckerei Ftalgraff, S.A, Erste Ausgabe Bogotá, 1974.

Bibliografía complementaria

- Constaín, Juan Esteban. *La formación del mundo contemporáneo*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2005.
- Grinberg, León & Grinberg, Rebeca. *Psicoanálisis de la migración y del exilio*. Madrid: Alianza, 1984.
- Lawrence, T.E. *Los siete pilares de la sabiduría*. Barcelona: Sidesa, 2005.
- Loaiza Cano, Gilberto. *Manuel Ancizar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*. Medellín: Eafit, 2004.
- Londoño, Julio. *Nación en crisis*. Bogotá: Biblioteca de Autores Contemporáneos, 1955.
- Martínez, Frédéric. *Nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.
- Múnera, Alfonso. *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía colombiana en el siglo XIX*. Bogotá: Planeta, 2005.
- Palacio, Germán (ed.). *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850-1995*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia: 1850-1970*. Bogotá: Norma, 1979.
- Kalmanovitz, Salomón. *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Bogotá: Norma, 2005.
- Kinsky, Klaus. *Yo necesito amor*. Barcelona: Tusquets, 1992.
- Safford, Frank. *El ideal de lo práctico. El desafío de armar una élite empresarial en Colombia*. Bogotá: Áncora, 1989.

- Spengler, Oswald. *La decadencia de Occidente*. 2 tomos. Madrid: Espasa-Calpe, 1983.
- Sombart, Werner. *El burgués*. Madrid: Alianza, 1972.
- Valencia Villa, Hernando. *Cartas de batalla. Una crítica del constitucionalismo colombiano*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC, 1997.

Publicaciones periódicas

- Carreño Tarazona, Clara Inés y Cintya Alexandra Maldonado Cruz. “¿Espíritu visionario? Geo von Lengerke: proyectos comerciales y caminos en la segunda mitad del siglo XIX”. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. Universidad Nacional, Departamento de Historia. Vol. 36, No. 2. Bogotá: julio-diciembre, 2009.
- Duque Castro, María Fernanda. “Comerciantes y empresarios de Bucaramanga (1857-1885). Una aproximación desde el neoinstitucionalismo”. *Historia crítica*. No. 29. Bogotá, 2005.
- Martínez Garnica, Armando. “Guarapo, champaña y vino blanco. Presencia alemana en Santander en el siglo XIX”. *Boletín cultural y bibliográfico*. Vol. XXXIX, No. 29. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, 1992.

La recepción de la filosofía alemana en Colombia. Breve historia del profundo impacto del pensamiento alemán en la conciencia filosófica nacional

Enver Torregroza Lara*

Javier Cárdenas Díaz**

Para la conciencia filosófica nacional colombiana del último siglo, el arribo de la filosofía alemana ha representado la llegada del pensamiento moderno al ambiente intelectual y académico del país. Hasta tal punto esto es así que se ha llegado a pensar que el mismo acto de hablar sobre la recepción de la filosofía alemana en Colombia equivale a describir la acogida de la filosofía en cuanto tal (Hoyos, 2010).¹ Así como en el esquema popular con el que se suele describir el desarrollo de la historia de la filosofía occidental —dividida en tres periodos: Antigüedad, Medioevo y Modernidad—, la Modernidad ha representado para algunos la superación de las tinieblas en las que supuestamente nos habría introducido la Edad Media, la aparición del pensamiento filosófico alemán en la escena intelectual colombiana ha sido incluso caracterizada, en algunos relatos de nuestra historia filosófica, como una feliz emancipación de la herencia hispánica y su cultura barroca, como si esta fuese incompatible esencialmente con

* Profesor-Investigador de las Facultades de Ciencia Política y de Relaciones Internacionales de la Universidad del Rosario.

** Joven Investigador de la Facultad de Ciencia Política de la Universidad del Rosario.

¹ Agradecemos la participación del profesor Guillermo Hoyos, quien amablemente nos reveló los caminos a través de los cuales fuese posible rastrear una recepción de la filosofía alemana en Colombia.

la filosofía. Por supuesto que semejante esquema es, por lo menos, una exageración. Sería una rotunda equivocación creer que antes de desarrollarse el proceso de acogida de la filosofía alemana en el siglo xx no había filosofía en lo que hoy llamamos Colombia. Sin embargo, el que se haya cultivado esa descripción es un signo inequívoco de la profunda importancia que ha tenido para el pensamiento filosófico colombiano la influencia de la filosofía desarrollada en lengua alemana. En el lapso de un siglo, varias de sus más representativas figuras (Kant, Hegel, Marx, Nietzsche, Freud, Husserl, Scheler, Heidegger, Habermas, entre otros), se han convertido en los referentes obligados de los debates filosóficos colombianos. Y no sería en cambio una exageración decir que, en ese diálogo más allá de las épocas y las naciones, que caracteriza a la filosofía desde sus inicios, tales nombres representan a los verdaderos interlocutores de las más grandes figuras filosóficas colombianas del último siglo.

Como ejemplo de lo que ha llegado a representar para la conciencia filosófica colombiana la acogida de la filosofía alemana, basta reconstruir la descripción de ese proceso que hizo en su momento uno de los más renombrados filósofos colombianos del siglo xx, quien asistió a las clases de Martin Heidegger tras la Segunda Guerra Mundial y fue uno de los fundadores del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional: el caldense Danilo Cruz Vélez (1920-2008), autor entre otras obras de *Filosofía sin supuestos* (Buenos Aires, 1970), una interpretación de los proyectos filosóficos de Edmund Husserl y de Martin Heidegger. En un artículo titulado “Nuestra presunta normalidad filosófica”, Cruz Vélez afirmaba que “la exaltación pública de la filosofía es tan inusitada en Colombia, que lo primero que a uno se le ocurre en este caso es plantear la pregunta por su justificación” (Vélez, 1986). Para Cruz Vélez hacer filosofía en Colombia nunca fue una actividad normal, que hubiese tenido tiempo de desarrollarse: “En el iv Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana, reunido hace poco en Bogotá, me tocó hablar, por iniciativa de sus organizadores, de la recepción de la metafísica contemporánea en Colombia. En mi perplejidad ante semejante tema, en el primer momento pensé que lo único que podía decir sobre él era que dicha recepción no había existido” (Vélez, 1986). Con el sosiego que representa ubicarse en un período de tiempo posterior y la serenidad que procura el necesario reposo de las ideas, no resulta para nada descabellado considerar tales descripciones sobre el tratamiento de la filosofía en Colombia como desproporcionadas. Negar la existencia de la filosofía en la Colonia y en la vida republicana nacional resulta una sentencia arriesgada y cuestionable. Si bien no

es el propósito de este texto poner a prueba tales suposiciones, estas expresiones esbozan parte de los prejuicios a partir de los cuales se interpretó en Colombia la aparición de las ideas filosóficas cultivadas en lengua alemana como el arribo del pensamiento moderno.

En sus comienzos, el pensamiento filosófico en la Colombia del siglo xx estuvo caracterizado por el dominio del neotomismo como corriente que tuvo como propósito fundamental contrarrestar la influencia que hacia finales del siglo xix había ejercido la entrada del utilitarismo y del positivismo en el país. La aparición de los textos de Jeremy Bentham en Colombia, en el siglo xix, terminaron por delinear la arena de la contienda política nacional a tal punto que se podría afirmar, sin temor a mayores equívocos, que fue su aparición un factor decisivo en la configuración de los dos grandes partidos políticos colombianos: el de los liberales, defensores de su doctrina, y el de los conservadores, surgido como reacción a los desafueros de las ideas radicales utilitaristas. No resulta extraño que en esta descripción la filosofía apareciera fuertemente vinculada a la justificación ideológica de ambos bandos y que, en consecuencia, los observadores pudiesen hablar de una “filosofía oficial” desde entonces. Producto de la enorme influencia que tuvieron las congregaciones religiosas en la formación de los dirigentes políticos nacionales, así como en la producción y difusión del conocimiento, las universidades y colegios constituidos por tales cofradías resultaron ser instituciones decisivas tanto en la profundización del tomismo, que fue cultivado tanto para contrarrestar los efectos del utilitarismo, como en la difusión del utilitarismo mismo. A finales del siglo xix, la Regeneración propuesta por Rafael Núñez y el control concedido a la iglesia católica sobre el contenido de la educación nacional, le dieron su carácter definitivo a una etapa decisiva en la formación de los agentes políticos colombianos, así como a la manera en que el cultivo de la filosofía habría de ser realizada en los centros educativos. El papel del monseñor Rafael María Carrasquilla sobre este último asunto fue decisivo en la medida en que renovó el desarrollo de la filosofía tomista y articuló sus contenidos a la realidad política del país.

Sin embargo, para Cruz Vélez, el rasgo sobresaliente de estos dos siglos de existencia histórica nacional es la *anormalidad filosófica*, producto del repliegue de un Imperio que le habría dado la espalda al resto de Europa, y cuya consecuencia fue la omisión deliberada del nuevo horizonte de la metafísica moderna trazado por los trabajos de Bacon y Descartes: “En el caso de la filosofía en nuestra América, tal anormalidad es un hecho histórico inconcuso. Desde los

comienzos de nuestra historia hasta muy entrado el siglo xx, vivimos en la anormalidad filosófica. Pero esta fue una anormalidad heredada. Nuestra anormalidad filosófica fue la que trajeron los españoles al Nuevo Mundo” (Vélez, 1991). En otro de sus trabajos, Cruz Vélez también apuntaría que “la metafísica moderna no llegó a nuestro territorio sencillamente porque los españoles no la trajeron, pues ellos eran los únicos que la podían traer en ese momento. Y los españoles no la trajeron porque no la tenían. Y no la tenían, porque no la querían recibir” (Vélez, 1986). Desde esta perspectiva, la España del siglo xvii habría dedicado todos sus esfuerzos a conservar y custodiar el saber medieval tanto en su propio suelo como en el de sus colonias. La anormalidad filosófica, o lo que es lo mismo, la postergación de la modernidad, habría tenido como razón de ser un filosofar que no planteaba el abordaje de problemas filosóficos sino la propagación del cristianismo; una empresa muy laudable, pero que para Cruz Vélez no tiene que ver con la filosofía en sentido estricto.

Más allá de las exageraciones del esquema explicativo de la historia de la filosofía colombiana propuesto por Cruz Vélez, sí es cierto que el predominio en el ámbito intelectual nacional del utilitarismo benthamista y del tomismo, desde los inicios de la República hasta los primeros años del siglo xx, no fue un escenario propicio para la recepción abierta y oficial de la filosofía alemana. No debe parecer extraño, en consecuencia, que tengamos la impresión de que la filosofía alemana fue introducida en el país de una manera no institucional, es decir, subrepticamente, producto de la conjugación de felices e intempestivas circunstancias, como son las de un poeta colombiano que se vio atravesado por la filosofía intempestiva nietzscheana, en la última década del siglo xix. En efecto, los testimonios de Baldomero Sanín Cano (Rionegro, Antioquia, 1861; Bogotá, 1957), literato colombiano y en su momento redactor del diario *La Nación* de Buenos Aires, sobre cómo llegó a saber de la existencia de Friedrich Nietzsche a través de José Asunción Silva son reveladores al respecto. Sanín Cano nos cuenta así la historia:

Un día vino Silva a verme con un número de la *Revista Azul* (*Revue Bleue*) de París, para hacerme leer un artículo de Theodor Wyzéwa, escritor francés de origen polaco, cronista literario durante muchos años de la mencionada revista, acerca de un filósofo alemán de nombre Federico Nietzsche. Comentamos la noticia con grande interés. Había citas curiosas de aforismos del atrevido pensador y nos dimos a buscar la manera de procurarnos sus

obras. Silva tenía relaciones con casas editoras francesas, de quienes recibió información de no haber sido traducidas en francés las obras del inmisericorde. Las pedí a los libreros alemanes y me llegaron oportunamente. (B. Sanín Cano, 1949, 4; Rukser, 1962, 42)

El artículo mencionado por Sanín Cano, y que Silva le facilitó, es una de las primeras interpretaciones francesas de la filosofía de Nietzsche.² Como cuenta el mismo Sanín Cano, además del artículo mencionado, con unos pocos fragmentos de *Jenseits von Gut und Böse*, Silva se impregnó de la filosofía del alemán. La importancia que para entonces iba tomando la figura del filósofo alemán sobre el notable poeta colombiano la describe Sanín Cano así:

(...) Volvamos a Silva. En sus últimos días no nos veíamos con frecuencia. A veces nos juntaba la casualidad. A veces solíamos buscarnos. En noches tranquilas, lejos de los penosos oficios a que los dos estábamos uncidos por un burlón determinismo, solíamos comentar lecturas, sucesos; asesinar esperanzas; analizar hombres y tiempos con la libertad que dan el silencio y la confianza. Nietzsche nos ayudaba en estas funciones. El espíritu libérrimo y audaz del que se llamó a sí mismo “el crucificado” y el transvalador de todos los valores, suministraba contenido y base para nuestras inocuas especulaciones de rebeldía. Me sorprendió que en adelante, sin conocer de Nietzsche más que esas lecturas fragmentarias, hiciera sobre la obra general del solitario pensador observaciones profundas y sobre todo acertadísimas. (Cano, 1991)

Como lo apunta Bruno Berg, la lectura que hace Silva de Nietzsche no es propiamente filosófica, no es crítica, sino “intuitiva”. Sobre la influencia de Nietzsche en los versos de Silva se han dedicado algunos esfuerzos, tales como el de Berg, quien subraya en un fragmento de la novela de Silva *De sobremesa* una señal inobjetable: “¿En qué creerás, alma mía, alma melancólica y ardiente, si los hombres son ese miserable tropel que se agita, cometiendo infamias, buscando el oro, engañando a las mujeres, burlándose de lo grande, y si ya murieron los dioses?” (Berg, 1992).

² El artículo es “Frédéric Nietzsche, le dernier métaphysicien”, publicado en el número 48 de 1891 de la *Revue Bleue* de París.

Parece ser que los primeros destellos de la recepción de la filosofía alemana en Colombia fueron inducidos más por el ímpetu de las emociones que por un decantado proceso de elaboración crítica. Algo así habría ocurrido también con los escritos de Karl Marx, ya que habrían encontrado suelo nacional casi de una forma tan espontánea como sucedió con la obra de Nietzsche. Según Antonio García, en *Gaitán y el camino de la revolución en Colombia* (1955), la historia de esta recepción fue como sigue:

Nadie estaba preparado en la universidad colombiana de la primera post-guerra (...) para entender la filosofía dialéctica, el materialismo histórico y la economía marxista: de ahí que solo se hubiese tenido una concepción escolástica del marxismo. (...) Ninguno de los marxistas de entonces conocía la obra científica y filosófica de Marx, Engels, Lenin, Kautsky o Trotsky. Su débil información económica no alcanzaba para estudiar directamente *El capital* o *La historia crítica de la teoría de la plusvalía*, ni para determinar el trecho ideológico que va de la economía clásica liberal a la economía marxista; su muy delgada y precaria información sociológica no bastaba a comprender la trascendencia y limitaciones de *El origen de la propiedad privada, la familia y el Estado*, de Engels; que va de la filosofía clásica alemana a la filosofía dialéctica materialista (...) (García, 1974, p. 86)

Se puede inferir que para García más que escuela universitaria o lectura crítica, la acogida efervescente del marxismo en Colombia a comienzos del siglo xx habría estado marcada por el ímpetu político, por el ansia de reivindicación social.

El mismo Baldomero Sanín Cano es una figura significativa en la recepción de la filosofía alemana en Colombia. Como lo reconoce el mismo Rafael Carrillo (Atanquez, Cesar, 1907-1996), fundador del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, fue Sanín Cano “quien me puso, signo de su proverbial generosidad, en comunicación epistolar con el profesor Romero” (Olivera, 1993, 6). El profesor Romero no puede ser otro que Francisco Romero, el personaje más importante de la escena filosófica hispanoamericana de la primera mitad del siglo xx, filósofo argentino, profesor en Buenos Aires y traductor de múltiples obras filosóficas del alemán al castellano, acuñó el término de *normalidad filosófica* para describir el ingreso de la filosofía como “una función ordinaria de la cultura”, es decir, como una actividad que ha sido asimilada por

la sociedad y cuya manifestación por excelencia es la institucionalización de la disciplina (fundación de facultades, producción académica publicada en revistas o editoriales y profesionalización de la actividad filosófica). No resulta extraño que Rubén Sierra Mejía (Salamina, Caldas, 1937),³ otro de los notables filósofos colombianos, quien también estudió en Alemania, y quien ha dedicado buena parte de sus esfuerzos a la generación de una autoconciencia filosófica nacional, haya utilizado criterios similares a los propuestos por Romero para examinar el estado de la actividad filosófica a principios del siglo pasado; de la misma forma que tampoco debe asombrar que el juicio de Cruz Vélez haga uso de la etiqueta de “anormalidad filosófica” para describir el panorama intelectual de la época precedente a la institucionalización de la filosofía en Colombia; institucionalización que se la hace coincidir con la llegada de la filosofía alemana al país. Cruz Vélez reconocería que Romero llenó el vacío que había dejado la *Revista de Occidente* tras los acontecimientos de la Guerra Civil Española, al crear la Biblioteca Filosófica de la Editorial Losada en Buenos Aires, un fondo bibliográfico que acopió un importante número de textos filosóficos europeos. Baldomero Sanín fue, en consecuencia, un puente intelectual entre el mayor exponente de la filosofía latinoamericana de la época y uno de los mayores protagonistas de la “normalización” de la “filosofía moderna” en Colombia.

Según Rafael Gutiérrez Girardot (Sogamoso, 1928-2005), la institucionalización y la renovación del estudio de la filosofía fueron llevadas a cabo en gran medida por Danilo Cruz Vélez y Rafael Carrillo. Pero tampoco hay que desconocer la influencia de *Lógica, fenomenología y formalismo jurídico* (1942) de Luis Eduardo Nieto Arteta (Barranquilla, 1913-1956) una obra cuya influencia en el ambiente académico fue notable y cuyo efecto no podría ser evaluado por el número de personas que tuvieron acceso a ella. Así como no podemos dejar de reseñar las interpretaciones de Immanuel Kant y de Ernst Haeckel elaboradas por Julio Enrique Blanco de la Rosa (Barranquilla, 1890-1986), en el marco de la revista *Voces* de Barranquilla y en intercambios epistolares posteriores con su amigo Luis López de Mesa (Donmatías, Antioquia, 1884-1967), junto con múltiples textos publicados en otras revistas o inéditos. Julio Enrique Blanco representa no solo una seria objeción a la forma tradicional de narrar la historia

³ Sus obras más representativas sobre el tema que estamos tratando son *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, así como su ya reconocido texto “Temas y corrientes de la filosofía colombiana en el siglo XX” publicado en principio en la *Revista Eco* y después como un capítulo de sus *Ensayos filosóficos*.

de la recepción de la filosofía alemana en Colombia y la historia de la filosofía en Colombia en general, sino que además es quizás el más desconocido de los más grandes filósofos colombianos (Núñez Madachi, 1985). Blanco también protagonizó junto con Nieto Arteta un intercambio epistolar sobre la obra de Heidegger registrado ampliamente en las páginas de *El Heraldo* de Barranquilla.⁴

Si las instituciones educativas del imperio español dejaron por fortuna como huella en estas tierras la conservación del pensamiento medieval, al mismo tiempo que impulsaron la experiencia hispánica de una forma barroca de modernidad que tuvo, poco a poco, y de forma violenta y dolorosa, que conjugarse con versiones noreuropeas de la modernidad con las que difícilmente era compatible, desde sus comienzos la recepción del pensamiento alemán que experimentó el mundo de habla española en el siglo xx obligó a la filosofía hispánica en su conjunto a repensar sus fundamentos a la luz de esta nueva influencia cultural. Ya sea por la profundidad teológica de la filosofía alemana moderna, profundidad que sobresale sobretodo en sus arrebatos antiteológicos, o ya sea por su voluntad de comprensión histórica global de la complejidad de la existencia humana, que desconfía del empirismo ingenuo, las abstracciones nominalistas o las limitaciones positivistas, lo cierto es que la profundidad de la recepción de la filosofía alemana en el siglo xx en el mundo hispánico es un hecho generalizado, para nada exclusivo de Colombia. Basta recordar como ejemplo destacado la figura de José Ortega y Gasset quien vivió en carne propia, en su obra filosófica, las implicaciones de la acogida del pensamiento filosófico alemán. La *Revista de Occidente*, fundada en 1923 por Ortega y Gasset, fue el medio principal a través del cual los países hispanoparlantes tuvieron acceso a la filosofía moderna de origen alemán. Para el filósofo colombiano Cayetano Betancur (Copacabana, Antioquia, 1910-1982), fundador de la revista *Ideas y Valores*, el principal órgano de difusión institucional universitaria de la filosofía colombiana, el papel de Ortega fue definitivo:

⁴ El intercambio epistolar comenzaría por una carta escrita por Nieto Arteta a Julio Enrique Blanco hecha pública en la revista *Cultura Caribe* en un día de noviembre de 1953. Posteriormente, Nieto Arteta escribiría una carta a Julio Enrique Blanco cuyo título es “Heidegger, el existencialismo y la cultura contemporánea”, hecha pública por *El Heraldo* el 22 de mayo de 1954. Blanco daría una respuesta y Nieto Arteta contestaría en “Respuesta de Nieto Arteta” [en el homenaje ofrecido por los intelectuales barranquilleros] registrado por el mismo diario el 2 de junio de ese mismo año. El 12 de julio Nieto Arteta le escribiría a su colega “La existencia, el lenguaje y la ontología” registrada también por *El Heraldo*. Hasta aquí llegó su intercambio postal, aunque Julio Enrique Blanco escribiría “Nieto Arteta y la muerte” el 10 de mayo de 1956, unos días después de la muerte temprana y trágica de su colega.

Ortega nos dejaba solo los libros y ensayos a cuya lectura nos llevaba con tan diestra exigencia. Y sin embargo, hoy comprendemos que esos libros de la *Revista de Occidente* eran, en general, los que más nos convenían como guía certera de acceso al pensamiento moderno. Y esos libros y ensayos fueron en su gran mayoría de origen alemán. Creo que muy otra sería la suerte de nuestra actual cultura de no haber tenido desde 1923 a nuestro alcance la biblioteca de la *Revista de Occidente*. (Betancur, 1961, 410)

Las traducciones de los libros y de los ensayos que se hacían en la Revista eran en su mayoría de autores de origen alemán (Betancur, 1961). Al respecto, pueden reseñarse los trabajos de Tönnies, Stieler, Fichte, Driesch, Sombart, Pfänder, Müller, Hessen, Messer, Simmel, así como las obras determinantes de Husserl y Scheler. Dice Betancur:

De tres grandes maestros alemanes publicó la Revista obras de mayor aliento. *La sociología* de Jorge Simmel, junto con sus sutiles y maravillosos ensayos estéticos... Otra fue la monumental *Investigaciones filosóficas*, de Husserl, apenas ahora vertida al francés, y los cinco o seis libros de Max Scheler que, como *El resentimiento en la moral* y *El puesto del hombre en el cosmos*, nadie puede olvidar. (Betancur, 1961)

Sobre el papel del pensamiento alemán en la experiencia hispánica del mundo moderno, puede que sea pertinente, tal como lo hizo en su momento Cayetano Betancur, recordar algunas palabras de Ortega y Gasset:

Cuando yo era muchacho leía, transido de fe, los libros de Menéndez Pelayo. En estos libros se habla con frecuencia de las “nieblas germánicas”. Yo me sentía, de una parte, profundamente halagado; de otra, me nacía una compasión hacia estos pobres hombres del norte, condenados a llevar dentro una niebla... Más tarde he podido averiguar que se trata simplemente de una inexactitud, como otras tantas con que se viene envenenando nuestra raza sin ventura.

No hay tales “nieblas germánicas”, ni mucho menos tal “claridad latina”. Hay solo dos palabras que, si significan algo concreto, significan un interesado error. Existe, efectivamente, una diferencia esencial entre la cultura germánica y la latina; aquélla es la cultura de las realidades profundas, y esta

la cultura de las superficies. En rigor, pues, dos dimensiones distintas de la cultura europea integral” (Ortega y Gasset, 1987, 88).

En la concepción que ha desarrollado Rubén Sierra Mejía de la historia de la filosofía en Colombia, el lugar que ocupa Ortega y Gasset en el estímulo del cultivo de la filosofía en Hispanoamérica no es otro que poner en español el pensamiento alemán (Sierra, 1978). No hay ningún filósofo de aquella brillante generación de intelectuales colombianos —Abel Naranjo, Nieto Arteta, Betancur, Carrillo, Cruz Vélez, Vélez Sáenz— que indujeron la “normalización” filosófica en el país, que desconozca el papel que jugó la *Revista de Occidente* en la penetración de la filosofía alemana en Colombia. Gutiérrez Girardot destaca este acercamiento apelando a una consigna que, como tal, no refleja el destino del pensamiento intelectual colombiano, pero sí refleja el impacto del conocimiento de la filosofía alemana en nuestro país: “(...) El primer contacto con los alemanes nos enseña una cosa: que ha muerto en nosotros la escolástica”. Cayetano Betancur, más apegado a la realidad, no podía expresar con mejores palabras aquél influjo:

Esta trasvasación de la cultura alemana a los odres hispánicos tal vez no tenga, en su dimensión y proporciones, otro antecedente que el que Cicerón y sus sucesores realizaron del mundo cultural griego a los moldes latinos. Roma recibió la filosofía griega, a su manera tal vez la empobreció, pero permaneció fiel a sus más hondos destinos. Así nosotros, leales a nuestra más íntima realidad espiritual, estamos recogiendo esencias filosóficas de las “nieblas germánicas”, todo con el fin de que se asegure y se acreciente el haz de luz que cae sobre nuestra actual humanidad. (Betancur, 1961)

La empresa editorial de José Ortega y Gasset puede ser entendida como un fenómeno sintomático de lo que para entonces se apreciaba en los círculos académicos del país: la divulgación del pensamiento filosófico europeo a través del desarrollo de la industria editorial de los países hispanoamericanos, la profesionalización del cultivo de las ciencias y de la filosofía en los centros universitarios y la aparición de una nueva conciencia política (Sierra, 1978). Rafael Carrillo llama la atención sobre el nuevo espíritu que albergaba a los estudiantes de la Universidad Nacional: “La filosofía, los grandes representantes de la filosofía de todos los tiempos, y en especial del pensamiento filosófico alemán moderno,

constituían el centro de interés de algunos estudiantes que se convirtieron en autodidactas del saber filosófico” (Olivera, 1993). Al respecto, Rubén Jaramillo Vélez también ha descrito el conjunto de factores que gestaron los primeros pasos para la institucionalización de la filosofía en Colombia, pero cuyo alimento habría sido la filosofía de origen alemán:

La reforma universitaria de 1935, la fundación de la Escuela Normal Superior en 1938, el establecimiento de las facultades antes dispersas en la Ciudad Universitaria, sede de la Universidad Nacional; la reorganización de la Biblioteca Nacional y la edición de algunas colecciones oficiales de literatura colombiana (...) tenían que incidir favorablemente en el desarrollo espiritual de los jóvenes que por entonces frecuentaban las aulas universitarias. (Jaramillo, 1986, 209)

En efecto, a la lectura del mundo alemán a través de la *Revista de Occidente* se incorpora la creación de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, foco de transmisión de la filosofía contemporánea. La estructura curricular de esta dependencia, asociada a la Facultad de Derecho de esa misma universidad, estuvo orientada en sus inicios por una concepción epistemológica de corte husserliano. “Para ampliar su radio de influencia, aquella Facultad fundó en 1950, como órgano suyo, la revista *Ideas y Valores*, cuyo nombre es una evocación de los dos polos de investigación fenomenológica, que en este momento aparecería como la filosofía predominante” (Sierra, 1978, 98). La perspectiva intelectual estaba dominada por los discípulos de Husserl en la medida en que las raíces de los nacientes panoramas filosóficos, como la Escuela de Frankfurt, habían tenido que ser trasladadas a otros escenarios tales como los Estados Unidos. En ese sentido, como lo supone Jaramillo Vélez (1998), ni Marx ni Freud eran objeto de estudio académico en las universidades alemanas, razón por la cual su tratamiento también será objeto del mismo retraso en nuestro país.

Un común denominador de la progresiva institucionalización de la filosofía en Colombia es que esta fue cultivada por personas que tuvieron contacto directo con el entorno intelectual alemán. Rafael Carrillo permaneció un largo tiempo en Heidelberg, Danilo Cruz pasó por Friburgo de Brisgovia, así como Rafael Gutiérrez Girardot, habiendo podido el primero escuchar a Karl Jaspers y a Martin Heidegger. Lo mismo sucede en los casos de Jaime Vélez Sáenz (Manizales, 1913-1990) y Ramón Pérez Mantilla (Bucaramanga, 1926-2008).

Sin embargo, un leve retroceso respecto a este proceso de institucionalización filosófica sucedió bajo el retorno al poder del partido conservador en la figura de Laureano Gómez, gobierno que de nuevo polarizó las discusiones políticas en el país y a cuyo influjo no podía escapar el destino y la naturaleza que debía tener la educación colombiana. Al respecto, Rafael Gutiérrez resalta el hecho de que “para establecer una relación entre Universidad y sociedad en los países hispánicos, es necesario demostrar a esas sociedades que el saber científico no es comparable con un dogma, que es esencialmente antidogmático” (Gutiérrez, 1986, 65). Para entonces el papel de la universidad en la sociedad colombiana se encontraba en juego, puesto que aparecía de nuevo el deseo de la restauración de la escolástica como abierta contraposición al ideario moderno. Entre 1946 y 1957 el cultivo de la filosofía moderna no fue tan dinámico como había ocurrido en la década pasada. Dado que el papel de la educación fue objeto de debate político y el discurso de las ciencias sociales se radicalizó, la mayoría de los filósofos y académicos decidieron actualizar su conocimiento en Alemania, lo que trajo consigo la exploración pormenorizada de Husserl, Heidegger y Nietzsche, así como la incorporación de Marx y la Escuela de Frankfurt como nuevos referentes para el tratamiento filosófico.

Según Danilo Cruz Vélez, la recepción de la fenomenología alemana estuvo sometida a circunstancias paradójicas a lo largo del siglo, ya que mientras nuestro entrono cultural acogía las obras de los textos de Scheler, Geiger, Conrad-Martius y Pfänder, por señalar algunos de los discípulos más importantes de Husserl, este último retornaba a la tradición metafísica moderna edificada por Descartes y Kant, cuyo resultado fue la concepción de una fenomenología de carácter trascendental. Al respecto, Cruz Vélez señala:

En la época en que Ortega ejerció una indiscutible jefatura intelectual en todo el mundo hispano, aproximadamente entre 1920 y 1936, lo que nos llegó de España fue una forma de la fenomenología eidética. Quizás el representante de esta corriente que mayor influjo ejerció sobre nuestros incipientes filósofos, fue Max Scheler, espléndidamente traducido al español por los discípulos de Ortega que integraron la escuela de traductores de la *Revista de Occidente*. Bajo su inspiración se cultivaron entre nosotros, con entusiasmo y cierta continuidad, la filosofía de los valores, la filosofía de la cultura, la antropología filosófica y la filosofía jurídica, campos en los cuales se produjeron algunas obra meritorias. (Vélez, 1991)

Entre las obras de las que habla Cruz Vélez se destacan: *Ambiente axiológico de la teoría pura del derecho* de Carrillo, la *Ilustración y Valoración* de Abel Naranjo Villegas y la *Nueva imagen del hombre y de la cultura* del propio Cruz Vélez. Sin embargo, dice Cruz Vélez, “la fenomenología trascendental, en cambio, la tuvimos olvidada durante mucho tiempo. Solo después de la Segunda Guerra Mundial entramos en contacto con ella con cierta intensidad. Esta tardía recepción comenzó en Hispanoamérica, sobre todo aquí en Colombia” (Vélez, 1991).

Para Cruz Vélez, el silencio parcial del desarrollo de la fenomenología trascendental en Colombia, de una fenomenología que ponía su acento en el papel del sujeto en contraposición a la esencia de las cosas mismas (el *eidós* platónico), representó un gran impedimento para una adecuada recepción de la “última peripezia de la metafísica occidental”, protagonizada por la ontología de Martin Heidegger. Los esfuerzos destinados por este último para superar la metafísica de la subjetividad, esfuerzos cuyo propósito era descubrir y hacer brillar la pregunta que había sido olvidada por la filosofía moderna, aquella que interrogaba por la estructura existencial del hombre y las cosas, la pregunta por el *Dasein*, habrían tenido una recepción tardía en el país. En *Ser y Tiempo* de Heidegger se anunciaba ya como propósito la destrucción de todas aquellos sedimentos metafísicos que impedían la pregunta por el ser, entre ellos el *ego cogito* cartesiano, la subjetividad empírica de los ingleses (Hume), el yo trascendental de Kant, el yo absoluto de Fichte, el espíritu dialéctico de Hegel, la voluntad de poder de Nietzsche y el yo puro de Husserl (Vélez, 1991). Pero esos “sedimentos metafísicos”, si estaban presentes en nuestra tradición filosófica lo era por otros cauces y de otras formas, puesto que la lectura de Heidegger se fue desarrollando en nuestro país de manera paralela a la de Husserl y a la de Nietzsche, junto con una no menos significativa recepción tardía de Kant, de Hegel y de otras filosofías modernas que no encontraron eco en estas tierras en su momento de producción. Solo hasta que personajes como Danilo Cruz Vélez, Rafael Gutiérrez Girardot, Ramón Pérez Mantilla, Carlos B. Gutiérrez, Jaime Hoyos Vásquez, Guillermo Hoyos Vásquez, Rubén Jaramillo Vélez, Rubén Sierra Mejía y el propio Rafael Carrillo, retomaron o continuaron su preparación académica en Alemania, pudo registrarse en Colombia en toda su dimensión lo que representaban Friedrich Nietzsche, Edmund Husserl y Martin Heidegger para el panorama contemporáneo de la filosofía, y el peso histórico de la obra de Kant, Hegel y Marx en el desarrollo de la filosofía occidental de los últimos tiempos.

En la década de los años sesenta aparecen obras que toman como objeto de investigación las filosofías de Husserl y Heidegger, tales como *Filosofía sin supuestos* de Cruz Vélez, en la que se discute la estirpe científica que Husserl otorga a la filosofía, así como la siempre discutible relación o divorcio entre metafísica y ciencia. En *Intentionalität als Verantwortung*, Guillermo Hoyos Vásquez lee la teleología de la historia —problema tematizado en algunas obras de Husserl— a la luz de la responsabilidad autónoma de los individuos. Por su parte, Daniel Herrera Restrepo, en *Hombre y filosofía*, explora la realización completa del hombre en la filosofía, tomando como referencia la estructura teleológica del hombre en Husserl. *Die Kritik des Wertbegriffes in der Philosophie Heideggers*, de Carlos B. Gutiérrez, explora el desarrollo de la analítica existencial en Heidegger en contraposición a la metafísica kantiana. De igual manera, tanto en Rafael Gutiérrez Girardot como en Danilo Cruz, aparece la influencia de la ontología heideggeriana, en el *Fin de la filosofía y otros ensayos*, así como en la *Nueva imagen del hombre y de la cultura*, respectivamente.

Nietzsche también ha sido objeto de diversos e intensos estudios desde los sesenta. Rafael Gutiérrez Girardot estudió el papel de Nietzsche en la filología clásica en un texto publicado en 1964, mientras Cayetano Betancur analizó la crítica nietzscheana al cristianismo, tomando como referencia el protestantismo luterano, en *Nietzsche y el hombre como cultura*. Ramón Pérez Mantilla exploró en 1969 la crítica nietzscheana a la metafísica, tomando como referencia el papel de la moral en el desarrollo del pensamiento filosófico occidental. En *Nietzsche según Heidegger*, Carlos B. Gutiérrez interpreta la lectura heideggeriana sobre el predominio de los valores en la lectura de la metafísica propuesta por Nietzsche. En ese mismo sentido concuerda Danilo Cruz Vélez, en *El puesto de Nietzsche en la historia de la filosofía*, texto en el que ubica la disputa nietzscheana respecto a la filosofía occidental en el terreno de la metafísica, es decir, en el campo en el que este puede ser accesible a través de la analítica existencial.

El tratamiento filosófico del marxismo tuvo como pionero a Estanislao Zuleta (Medellín, 1935-1990) cuyo papel en la recepción del pensamiento de Sigmund Freud es también destacado por todos. A través de la revista *Estrategia*, junto a Mario Arrubla (Medellín, 1939) y otros colaboradores, se encargó de poner en discusión las temáticas marxistas respecto a las diversas problemáticas latinoamericanas. No se trataba simplemente de activismo y adoctrinamiento, sino de poner en juego las ideas marxistas en un campo crítico, provocando una serie de disertaciones en las que se involucraban a autores como Freud, Husserl

y Sartre. *Marxismo y psicoanálisis* es prueba de ello. Otra gran referencia sobre el estudio crítico del marxismo en nuestro país es Francisco Posada, autor de *Lukács, Brecht y la situación del realismo socialista*, obra en la que explora las implicaciones estéticas de las ideas de Marx.

Producto de la polarización política e intelectual, algunos trabajos fueron observados con menosprecio e inclusive sirvieron como elemento de estigmatización. Al respecto, Abel Naranjo (Abejorral, Antioquia, 1910-1992) recuerda lo siguiente sobre un trabajo suyo titulado *Estética en Karl Marx, estudio sobre la plusvalía*: “[Fue un] artículo que no me produjo ningún beneficio y sí me encasilló, porque sin haber sido jamás militante del Partido Comunista, una revista mexicana me citó como el fundador del marxismo en Colombia” (Olivera, 1993, 2). Lo mismo ocurrió con los primeros trabajos de Nieto Arteta, quien, según Naranjo, “fue injustamente acusado por el movimiento macartista que había en esa época. Lo persiguieron por marxista y él ya no lo era; más que marxista era ‘marxiólogo’, y conocía muy bien el marxismo; pero es que aquí confunden marxiólogo con marxista” (Olivera, 1993, 3).

Este rechazo inicial al marxismo sería matizado por el compromiso de la iglesia católica, ya finalizando la década de los sesenta, de combatir las desigualdades sociales presentes en los países subdesarrollados. Las obras de Luis Enrique Orozco, *Marxismo y compromiso cristiano*, así como de Alfonso López Trujillo, *La concepción del hombre en Marx*, son símbolos del contexto social y político de un personaje como Camilo Torres y un contexto mundial como el de la teología de la liberación.

Hay que destacar la significativa difusión del pensamiento alemán que se logró en Colombia gracias a una de las mejores revistas que han sido producidas en el país: la *Revista Eco*, donde se reseñaron y publicaron los avances más notorios del contexto académico alemán tanto en las ciencias sociales, como en la literatura y las ciencias exactas. Jaramillo le hace justicia cuando indica que “en los inicios de la década de los sesenta, [aparece] en Bogotá, con el apoyo de la República Federal de Alemania, una excelente revista: *Eco*, editada por la librería Buchholz y cuyo comité de redacción integraron inicialmente los dos filósofos colombianos mencionados [Cruz Vélez y Carrillo] y el lingüista Carlos Patiño Rosselli (también formado en Alemania), al lado de Karl Buchholz, Hans Herkrath, Hasso Freiherr von Maltzahn y Antonio Zubiaurre, a los cuales se sumaron con el tiempo otras prestantes figuras del pensamiento y cultura nacional” (Jaramillo, 1998, 127). En *Eco* se apreciaron las obras de Hölderlin, Trakl,

Lasker-Schüler, Böll y Günter Grass. Respecto a la filosofía alemana, la revista hizo también referencia a los escritos poco conocidos de Heidegger, Adorno, Bloch, Benjamin, Marcuse y Habermas, por destacar algunos pocos.

Para la década de los setenta la actividad filosófica universitaria se hace estable, lo cual se confirma con el desarrollo de los primeros congresos de filosofía en Colombia. Desde ellos es posible percibir cuál es el ambiente intelectual que impregna el debate filosófico en nuestro país. En ese sentido merece la pena resaltar el creciente interés que ha adquirido la filosofía hegeliana, en la medida en que “políticamente” esta aproximación estaría en el polo opuesto a las consideraciones sobre la autonomía de todo individuo respecto a cualquier contexto social que lo ate. La ética hegeliana, en efecto, se aproxima a una visión holística de la sociedad, en la que el individuo es el componente de un todo integral. De hecho, la noción misma de individuo en el horizonte hegeliano podría resultar poco apropiada. Pensar a Hegel desprevenidamente da cuenta de una maduración filosófica que en otra situación pasada quizás no hubiese sido posible. *Los estudios sobre Hegel*, de Jorge Aurelio Díaz (1937), quien ha ejercido un papel notable en la vida filosófica nacional en las últimas décadas, dan cuenta de ello.

A los debates ya clásicos en torno a Kant, Heidegger, Husserl y Scheler, se ha unido al repertorio de la recepción colombiana de la filosofía alemana, el neomarxismo de la Escuela de Frankfurt con las figuras de Adorno, Horkheimer y Benjamin, así como su derivación en una ética discursiva ejercida por Habermas y Apel. Sobre Habermas también se extiende el asunto de la filosofía política, problema que ha resurgido con vigor en el debate nacional desde la entrada en escena de John Rawls y todos los debates posteriores entre liberales, comunitaristas, feministas y republicanos, entre los cuales también tienen lugar los trabajos de Offe y Wellmer.

También hay que hacer mención de la positiva recepción que se ha hecho recientemente de las obras de Hannah Arendt, Carl Schmitt y Leo Strauss.⁵ A pesar de que todos ellos escribieron sobre la mitad del siglo xx, su obra ha adquirido una trascendencia internacional que no ha sido ajena a Colombia. En efecto, cada vez son más los estudios y las reseñas que se hacen sobre estos tres

⁵ Muestra representativa de ello es el reciente simposio sobre *Hannah Arendt, violencia política y memoria* realizado en el marco del tercer Congreso Colombiano de Filosofía (2010) llevado a cabo en la Universidad del Valle, así como al progresivo interés que ha despertado el estudio de la filosofía política, cuya manifestación efectiva se hace patente en los espacios destinados a la publicación de tales investigaciones en los más recientes congresos de filosofía nacionales y latinoamericanos.

filósofos y sus ideas son cada vez más conocidas por los estudiantes de filosofía. Parece ser que el enorme influjo que tuvo tanto Nietzsche como Heidegger sobre la filosofía desarrollada en el siglo xx, provocó en su momento el descuido de los aportes de otros pensadores que, como los anteriormente reseñados, progresivamente van ocupando un lugar importante en la historia de las ideas. Ni hablar, por ejemplo, del renovado interés por el psicoanálisis y Freud, cuyas ideas no son del todo incompatibles con las desarrolladas en su momento por Nietzsche. Cada uno de ellos, ciertamente, merece un estudio particular y pormenorizado.

El estudio entusiasta de las denominadas filosofías estructuralistas y posestructuralistas en el panorama filosófico contemporáneo colombiano, cuyos representantes más significativos son Foucault y Derrida, significa también un nuevo aire para el cultivo de la filosofía en Colombia en la medida en que han extendido el legado de la genealogía de la moral de Nietzsche y la deconstrucción heideggeriana de la metafísica. Al respecto, resultan reveladoras las declaraciones de Foucault, que la *Revista Nouvelles* publica en el año de su muerte, y que cita Ramón Pérez Mantilla en 1984 cuando es interrogado por las circunstancias y los autores que influyeron en su iniciación filosófica:

Ciertamente Heidegger ha sido siempre para mí el filósofo esencial. Comencé leyendo a Hegel, después a Marx. De 1951 o 1952, me puse a leer a Heidegger y en 1963 o 1952, yo no me acuerdo, leí a Nietzsche. Todavía tengo aquí las notas —toneladas— que tomé con ocasión de la lectura de Heidegger; ellas son mucho más importantes que las que tomé sobre Hegel o Marx. Todo mi futuro filosófico ha estado determinado por la lectura de Heidegger. Pero reconozco que es Nietzsche el que ha terminado por ganar. Mi conocimiento de Nietzsche es mejor que el de Heidegger, pero de todos modos ellos son las dos experiencias fundamentales que he tenido. (Olivera, 1993, 58).

Como en el caso del gran pensador francés, los filósofos colombianos no han escapado ni a la necesidad ni al gusto de acoger, divulgar, interpretar y criticar la filosofía alemana de los dos últimos siglos.

Finalmente, la sensatez académica no podría obviar la presencia de una figura del talante de Nicolás Gómez Dávila (Bogotá, 1913-1994) en un estudio que pretende brevemente trazar y documentar el papel de la filosofía alemana en Colombia. Gómez Dávila no es solo un ejemplo de la recepción de la filo-

sofía alemana en nuestro país,⁶ sino que sería un ejemplo de la recepción de la filosofía colombiana en Alemania. Sus escolios, críticos de la modernidad, pero a su vez, profundamente impregnados de ella, han tendido significativa acogida en Europa (Reinhart, 1991; Kinzel, 2002, 2003, 2004; Reinhart, 2003; Hösl, 2003; Nemoianu, 2004).⁷ Como parece lógico, Gómez Dávila no puede ser encasillado dentro del proceso de “normalización” de la filosofía en Latinoamérica. El lugar común es encasillarlo al no querer encasillarlo, como un filósofo *sui generis*, lo que no constituye un gran avance en la comprensión de su legado, ya que es difícil encontrar el filósofo que no sea *único en su género*. Lo cierto es que la filosofía de Gómez Dávila, radicalmente hispánica, profundamente latina y católica, es al mismo tiempo, la más seria y elevada comprensión hecha en Colombia de esa filosofía moderna alemana que muchos han considerado opuesta a nuestras tradiciones culturales configuradas siglos atrás. Habiendo superado con creces “la mayoría de edad” antes de nacer, pues se da el lujo de ser deconstructiva y post-nietzscheana hasta el tuétano, hasta el punto de hablar con la transparencia propia del más decantado de los escritores latinos, la filosofía de Gómez Dávila afortunadamente no se ajusta a los habituales esquemas de interpretación de nuestra historia filosófica, contruidos a partir de oposiciones que aún están por ser pensadas.

Bibliografía

- Arteta, L.E. “Lógica, fenomenología y formalismo jurídico”. *Revista Universidad Católica Bolivariana* 7 (23). Medellín, 1941.
- Berg, W.B. “Nietzsche (en) *De sobremesa*. Modernidad y decadencia en la novela de José Asunción Silva”. *Scriptura* 8-9, 1992.

⁶ Cabe examinar los artículos al respecto de Guillermo Hoyos Vásquez, Carlos B. Gutiérrez y Juan Fernando Mejía, sobre la obra de Gómez Dávila: C.B. Gutiérrez, (2008). La crítica a la democracia en Nietzsche y Gómez Dávila. *Ideas y Valores*, 56 (136); Hoyos, G. (2008). Don Nicolás Gómez Dávila, pensador en español y reaccionario auténtico. *Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura*, (734), pp. 1085-1100. Mejía, J.F. (2007). Nicolás Gómez Dávila (1913-1994), en: Hoyos, G., Millán, C. y Castro-Gómez, S. (eds.), *Pensamiento colombiano del siglo XX*, T. I, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.

⁷ Reseñamos también las obras traducidas del castellano al alemán de Gómez Dávila: Gómez Dávila, N. (2007). *Es genügt, dass die schönheit unseren Überdruß streift: Aphorismen. Ausgewählt und herausgegeben von Michael Klonovsky*. Stuttgart: Philipp Reclam; Gómez Dávila, N. (2005). *Notas: Unzeitgemäße Gedanken; mit einem Essay von Martin Mosebach und einem Nachwort von Franco Volpi; aus dem spanischen von Ulrich Kunzmann*. Berlin: Matthes&Seitz; Gómez Dávila, N. (2003) *Texte und andere Aufsätze*. Wien: Karolinger, 2003.

- Betancur, C. "Edmundo Husserl". *Revista Universidad Católica Bolivariana* 2(6). Medellín, 1938.
- . "El mundo alemán a través de la *Revista de Occidente*". *Eco* 3(4). Bogotá, 1961.
- . *Filósofos y filosofías*. Bogotá: Kelly, 1969.
- Cano, B.S. *De mi vida y otras vidas: extractos*. Bogotá: Colcultura, 1991.
- Carrillo, R. *Ambiente axiológico de la teoría pura del derecho*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1947.
- Cataño, G. *Luis Eduardo Nieto Arteta: Esbozo intelectual*. Bogotá: Instituto de Estudios Constitucionales Carlos Restrepo Piedrahíta, 2002.
- García, A. *Gaitán y el camino de la revolución colombiana*. Bogotá: Ediciones Camilo, 1974.
- Gutiérrez, C.B. *La crítica del concepto de valor en la filosofía de Heidegger*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, 2008.
- . "La crítica a la democracia en Nietzsche y Gómez Dávila". *Ideas y Valores* 56 (136). Bogotá: Universidad Nacional, 2008.
- . "Nietzsche según Heidegger". *Texto y contexto* 27. Bogotá: Universidad de Los Andes, 1995.
- Gutiérrez Girardot, R. *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989.
- . "Universidad y Sociedad". *Universidad y sociedad*. Bogotá: Fundación Editorial Argumentos, 1986.
- Herrera, D. *Hombre y filosofía*. Cali: Universidad del Valle, 1970.
- Hoyos, G. (6 de Septiembre de 2010). *Recepción de la filosofía alemana en Colombia*. (E. Torregroza & J. Cárdenas, entrevistadores).
- . "Elementos para una fundamentación filosófica de la lógica en la fenomenología de Edmund Husserl". *Cuadernos de Filosofía y Letras* 4 (3-4). Bogotá, 1981.
- . *Intentionalität Verantwortung*. La Haya: M. Nijhoff, 1976.
- . *Los intereses de la vida cotidiana y las ciencias: Kant, Husserl, Habermas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1986.
- . "Medio siglo de filosofía moderna en Colombia: reflexiones de un participante". *Revista de Estudios Sociales* (3). Bogotá, 1999.
- Jaramillo, R. "Introducción de la filosofía en Colombia". *Universidad y sociedad*. Bogotá: Fundación Editorial Argumentos, 1986.
- Kinzell, T. "Ein kolumbianischer Guerillero der Literatur. N. G. D.s Ästhetik des Widerstands". *Germanisch-Romanische Monatsschrift*. 2004.

- . *Nicolás Gómez Dávila. Parteigänger verlorener Sachen*. Schnellroda, 2003.
- . “Vom Sinn des reaktionären Denkens. Zu Nicolás Gómez Dávilas Kulturkritik”. *Philosophisches Jahrbuch*, 2002.
- Nemoianu, V. “Nicolás Gómez Dávila: Parteigänger verlorener Sachen (review)”. *MLN*, 119 (5), pp. 1110-1115. 2004.
- Núñez Madachi, J. “Julio Enrique Blanco: La dimensión metafísica de la inteligencia”. *Huellas* (14). Barranquilla: Universidad del Norte, 1985.
- Oliveira, N.A. *Rafael Carrillo: Pionero de la filosofía moderna en Colombia*. Bogotá: Ediciones Universidad del Atlántico, 1997.
- . *Reportaje a la filosofía*. Bogotá: Punto Inicial, 1993.
- Reinhart, K.M. “Reaktionäre Postmoderne - Zu Nicolás Gómez Dávila”. *Aufklärung und Postmoderne - 200 Jahre nach der französischen Revolution das Ende aller Aufklärung?* Berlin: J. Albertz. 1991.
- . Ausnahmslose Gleichheit? Die Ausnahme denken (FS Kodalle), 2, 165-176. 2003.
- Restrepo, D.H. (s.f). *La filosofía en Colombia. Bibliografía 1627- 1973*. Cali: Univalle.
- Rusker, U. *Nietzsche in der Hispania - Ein Beitrag zur hispanischen Kultur - und Geistesgeschichte*. Bern: Francke Verlag, 1962.
- Sierra, R. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá: Universidad Nacional, 2002.
- . *Ensayos filosóficos*. Bogotá: Editorial Andes, 1978.
- . *La filosofía en Colombia: siglo XX*. Bogotá: Procultura, 1985.
- Vélez, D.C. “¿Por qué no hubo metafísica moderna en Colombia?” *Correo de los Andes* (39). Bogotá, 1986.
- . *Filosofía sin supuestos: de Husserl a Heidegger*. Buenos Aires: Suramericana, 1970.
- . “Nuestra presunta normalidad filosófica”. *Correo de los Andes* (36). Bogotá, 1986.
- . *Tabula Rasa*. Bogotá: Planeta, 1991.
- Vélez, R.J. *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Editorial Argumentos, 1998.
- Villegas, A.N. *Ilustración y valoración*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1952.
- . *Ortega y Gasset en Colombia*. Bogotá: Editorial Kelly, 1956.

Vittorio, H. “Variationen, Korollarien und Gegenaphorismen zum ersten Band der ‘Ecolios a un texto implícito’ von Nicolás Gómez Dávila”. *Die Ausnahme denken*. 2003.

Zuleta, E. “Marxismo y psicoanálisis”. *Estrategia* 3. Bogotá, 1964.

Este libro fue compuesto en caracteres Adobe Garamond 11.5 puntos, impreso sobre papel propal de 70 gramos y encuadernado con método Hot Melt, en el mes de mayo de 2012, en Bogotá D.C.,
Colombia
Javegraf